

EN CLAVE PSICOANALÍTICA

Nº 24 · Diciembre 2024

Monográfico Parentalidad



asociación escuela de clínica psicoanalítica
con niños y adolescentes

Os presentamos...

... un número monográfico donde la autoría corre a cargo del cuerpo docente de AECPNA. Hemos elegido, en esta ocasión, escribir sobre la parentalidad y ofrecer un arco de temáticas entorno a los aspectos inherentes al hecho de ser padres. Cuestiones que involucran nuestra escucha no solo ante la búsqueda de comprensión del caso que nos llega cuando atendemos a niños y adolescentes, si no también cuando trabajamos con adultos o parejas.

Nuestro agradecimiento a todos los docentes participantes por la acogida de la propuesta.

Por otra parte, encontraréis en nuestra sección Psicoanálisis y Cultura, tres interesantes títulos de reciente publicación, cuyos autores han participado en nuestras actividades: Verónica Buchanan, Luciano Lutereau y Juan del Olmo.

El equipo de En Clave Psicoanalítica os desea una feliz lectura en el marco de unas muy buenas fiestas navideñas y un 2025 bien aventurado.



2. Artículos

2.1 Iluminada Sánchez. *El terapeuta, los padres y el niño interno redivivo. Algunas reflexiones introductorias*

Página 5

2.2 Freya Escarfellery. *Hadas, brujas ... ilusiones, temores y proyecciones meciendo la cuna. La escucha de padres en la escuela infantil*

Página 11

2

2.3 Belén Alonso. *Fortaleciendo vínculos. El trabajo con padres durante el período de latencia*

Página 17

2.4 Luisa Marugán Sáenz. *¿Y los padres en la adolescencia de los hijos? La dialéctica adolescencia - envejecencia*

Página 23

2.5 A. I. Perales, R. Bilbao, E. Bokler. *De la doble escucha a la escucha grupal. Trabajo con padres en la institución*

Página 30

2.6 Beatriz Azagra. *El deseo de hijo y la trasmisión psíquica*

Página 35

2.7 G. Ianni y N. Sánchez-Grande. *El padre contemporáneo. Entre Edipo y Héctor*

Página 39

2.8 Elena Traissac López. *La familia*

Página 45

2.9 Ileana Fischer. *Adolescencias, parentalidades y filiación*

Página 52

2.10 A. Galiano y M. Serrano. *Escuela y familia ante la infancia. Las preguntas que no se hacen*

Página 55

2.8 Adriana Szlifman. *Una habitación impropia*

Página 61

3. *Psicoanálisis y cultura*



Libros

3.1 Verónica Buchanan. *Por amor al padre. Del trauma a la piedad.* Qeja Ediciones. Colección Ensayo. Buenos Aires. 2024

Página 64

3.2 Juan D. del Olmo. *La clínica con Winnicott. Elementos para un psicoanálisis contemporáneo.* Entreideas Ed. Buenos Aires. 2023

Página 66

3.3 Luciano Lutereau. *El hijo deseado. Psicoanálisis del niño y sus vínculos.* LetraViva. Buenos Aires. 2024

Página 68

Actividades permanentes
AECPNA

Página 70



El terapeuta, los padres y el niño interno redivivo. Algunas reflexiones introductorias



*Iluminada Sánchez**

“La llegada de un niño plantea un interrogante a ambos padres: así, desde antes mismo de su nacimiento, se estructura ya cierto destino para él.”

Maud Mannoni

Llega un niño a la consulta Traen un niño a la consulta.

Como analistas de niños y adolescentes tenemos que asumir una necesaria, importante y específica labor, la de una Doble Escucha: a ellos, nuestros pacientes, y también a sus padres. Tenemos, como punto de partida, que el paso a consultar viene dado por los progenitores (o quienes lleven a cabo las funciones parentales); son ellos quienes traen al niño.

Hablamos de una labor necesaria e importante junto a los padres por ser quienes construyen la demanda, quienes acuden en busca de ayuda - (¿para quién? ¿para qué? ¿con qué expectativas?) -, los que ostentan el poder de cualquier decisión sobre nuestro paciente. Un poder que, además, excede el marco de la voluntad consciente de ellos. La indefensión del niño les otorga ese poder y, a la vez, son las figuras cuyo deseo es un referente vital, un *leitmotiv* fundamental en la vida psíquica del hijo, en su subjetivación. Los padres son esos otros significativos quienes lo preceden y marcan simbólicamente.

Este poder de los padres, determinante en muchos planos, no lo podemos obviar sino considerarlo parte de lo que concierne al abordaje del caso. No podremos dejar fuera a aquellos que le han dado la posibilidad de existir, insertándolo en un contexto y dinámica relacional presente, otorgándole pertenencia y el sentido de ser; de ser, primero su majestad el bebé, para ellos, sus majestades los padres, para en un futuro, tras los avatares del desarrollo, poder pasar a ser para sí mismo una vez perdidas las majestuosidades; aquellos en cuyos brazos este niño ha constituido los fundamentos de su psiquismo prosiguiendo su constitución junto a ellos. Habiendo de añadir que, son ellos, los padres, quienes tendrán que acompañar el proceso terapéutico, atravesando momentos en que experimentarán sentimientos de distinta índole hacia la terapia y el terapeuta (dudas, temores, molestias, esfuerzos, rivalidades...). Afectos éstos que estarán vinculados a transferencias y resistencias.

Todo esto son razones de peso para tenerles presentes - prestarles una escucha comprensiva de los lugares

que componen y dan a su hijo en la historia que se está escribiendo (y que comenzó antes de que ellos mismos llegaran al mundo) -, y, constituir una alianza de trabajo para ayudar a su hijo. Darles un espacio de escucha a su parentalidad, sus angustias, culpas y preocupaciones.

Orientados por lo que vislumbró Freud, lo adecuado es tenerles como aliados y alejarnos de todo lo que sugiera culpabilizaciones o cuestionamientos que les haga sentirse juzgados.

Conocedores de que no hay tarea sin vicisitudes, es desde un espacio adecuado como podremos afrontar las situaciones propias de cada andadura terapéutica con un niño o adolescente que resuenan en las reacciones de sus padres y convertirlas en medios para clarificar y propiciar reflexiones, así como elaboraciones favorables para el proceso de nuestro paciente. De modo ilustrativo expongo brevemente una viñeta clínica:

Es el caso de un niño de dos años y medio que presentaba retención de heces. Realizadas todas las exploraciones médicas pertinentes, fue derivado a mi consulta. Al final de una de las entrevistas preliminares con los padres, la madre, sabedora de que ejercía en dos ciudades, siendo fechas navideñas, me pidió que le trajera un décimo de lotería de la otra ciudad. Le contesté que no sería posible. Marcharon. Al cabo de un par de horas me llama la madre indignada, tachándome de mala persona, que “algo así no se le niega a nadie”, que no seguirían viniendo. Expliqué que había razones para mi negativa y que sería importante que lo tratáramos tranquilamente en un encuentro. Accedió. Este “incidente” nos permitió hablar del porqué de mi negativa y de su intensa reacción e indignación frente a ella. Desde ahí hubo ocasión de señalar cómo sus expectativas parecían cargadas de exigencia e idealización. A su vez, el padre introdujo sus observaciones: “ella nunca acepta un no por respuesta, hace eso con todos; nos machaca a todos”. Los dos rieron ante estas palabras. En este punto, se les ofreció una reflexión sobre esto vinculándolo a la “negativa” del niño a hacer cacacas; dirigiéndome a la madre:

“Tal vez Ud. esté viviendo la dificultad del niño como una negativa a su petición”.

Silencio. *Y, ¿Cómo lo ve? ¿Podría ser que tal vez el niño esté mostrando un “no” a la insistencia de su mamá, como si le dijera “las cacacas no te las doy, son mías”?*

La madre me mira desconcertada y el padre dice: “es que no le deja ni a sol ni a sombra, está obsesionada con las cacacas del niño desde el principio”.

En este punto le pregunto al padre: *Y Ud. ¿cómo considera que podría ayudarla con esa obsesión?* - Se miran, se sonríen, me miran.

Y el padre dice: “No sé... yo procuro no meterme, ella es la madre, no le voy a decir cómo hacer con esas cosas, ella es la que sabe. Además, se irrita muchísimo

cuando está así preocupada. ¡Cualquiera le dice nada! Trato de dejarla tranquila.”

“Se hace a un lado, no se cree necesario, la teme” - le digo.

Padre: “dicho así suena raro, como si no me implicara”.

Madre: es que no te implicas.

Padre: nunca me has dicho nada, pensé que era lo que correspondía, la madre es la que sabe de los niños pequeños ¿No?

Madre: no sé, yo también creo que soy yo la que tiene que saber qué hacer.

Digo: *¡Ahhh! Entre los dos componéis algo que os aleja. Y ella se queda sola con las dudas. Los dos sois necesarios. Ni el hombre ni la mujer nacen sabiendo qué hacer en cada cuestión con un hijo. Un hijo plantea muchas dudas y preocupaciones. Cuando uno se obsesiona con algo, a lo mejor el otro da una visión diferente. ¿O no?*

Padre: *Yo creo que sí, y en muchas cosas del trabajo o de la familia lo hablamos y hacemos eso... aunque yo estaba tranquilo pensando que era ella la que sabría qué hacer. Hasta me extrañé que quisieras que viniéramos los dos.*

Señalo: Claro, a veces es uno el que tiene que ayudar al otro en situaciones que desbordan... tal como lo dice. Pero con el hijo parece que ocurren cosas diferentes...

De ahí derivó un diálogo fecundo para el caso sobre la relación de los tres - padre, madre y niño-; sobre las reacciones de ambos y las dificultades de separarse del niño. Algo, que a su vez, hizo surgir la relación de ellos con sus propias madres y la historia personal de la madre donde, su padre que pasó una larga etapa de adicciones, propició que ella adoptara un papel de protección continua de su madre y el escrutinio continuo de su padre, ocupando así un lugar con mucha carga, exigencia y control de los miembros de la familia, acarreándole un sentimiento de nunca haber podido ser niña, sino cuidadora de todos, con la continua obsesión de que nada se le escapara no fuera a suceder algo trágico. Narra la necesidad de controlar, para evitar el maltrato a su madre. Pudimos desde ahí ver los temores que recaían sobre su hijo, sus posiciones ante la parentalidad y la repetición de elementos de sus historias en el vínculo con su pequeño.

Retomando lo que decía al comienzo, la tarea con los padres es, además, una labor específica. Y es así porque la pareja parental no estará en tratamiento, no serán nuestros pacientes. Nuestra tarea terapéutica estará centrada en nuestro paciente niño o adolescente. De no ser así, se crearían interferencias; se confundirían lugares, sería invasivo y agresivo para quienes no han pedido tratamiento, aparte de ser omnipotente pretender ir más allá de lo que Freud llamó “un cierto influjo terapéutico” refiriéndose a nuestra labor con

los padres. Nuestras intervenciones habrán de ir hacia la búsqueda de reflexiones que arrojen luz sobre qué le pasa a su hijo y a ellos en su relación con él y el ejercicio de la parentalidad. Es una tarea que convoca una especificidad teórica y clínica.

Dicha especificidad estará en que nuestro quehacer y nuestra función han de ser diferentes a lo que es la labor terapéutica propiamente dicha donde nos adentraríamos en un territorio bien distinto. En la tarea con los padres todas nuestras intervenciones van dirigidas con un objetivo: el niño. Si hablamos de ellos, de las informaciones que recogemos sobre la pareja, de las historias familiares de cada uno y demás áreas de la vida interrelacional familiar, es para comprender la situación, el contexto, la dinámica de los lugares que se ocupan, el ejercicio de las funciones materna y paterna, las transmisiones, los lugares en la tríada, los intercambios, las angustias y expectativas en juego, las dificultades ante la diferencia de ese otro que es el hijo, las conductas y reacciones... siendo que todo ello es lo que “respira” nuestro paciente; el contexto donde está inserto. Aparte de los encuentros preliminares, necesitaremos encuentros con ellos a lo largo del proceso del niño para seguir pensando juntos, así como para salir al paso de todo lo que pueda interferir el proceso del pequeño: transferencias, resistencias, rivalidades, ...

En la pequeña viñeta clínica anterior podemos ver que las intervenciones están dirigidas a comprender junto a los padres aquello de ellos que se va revelando como no resuelto o interferente, que circula y se enlaza sosteniendo la sintomatología que el niño muestra en esa etapa donde el control de esfínteres está en trámites. Y observamos ahí cómo a través del abordaje de la transferencia negativa, para limpiar de interferencias el campo reflexivo, surge la posibilidad de *construir un enlace* entre las vivencias de la madre relativas a su historia familiar, así como su lugar en aquella dinámica, y las repercusiones de ello en el ahora de su vínculo con el hijo. Y cómo el padre adoptaba el lugar de observador pasivo, casi un niño más que no estaba calificado para junto a su mujer afrontar las dificultades de la crianza, quedando desvitalizado en su función de tercero efectivo.

Dicho lo anterior, subrayo la necesidad de una doble escucha para una doble función en nuestra tarea cuando somos analistas de niños y adolescentes: una función de analista, ante la tarea terapéutica con el niño y, otra analítica con intervenciones ceñidas al objetivo-niño, en el quehacer con los padres. Cómo llevar a cabo esta doble función y el modo de intervenir en la tarea con los padres, aparte de lo brevemente ilustrado con la viñeta anterior, son materias para otro desarrollo. En esta ocasión baste reseñar la especificidad que entraña dicha labor sin la cual todo trabajo con niños o adolescentes puede verse dificultada o, cuando menos, mermada.

Cuestión aparte serían las condiciones de viabilidad para esta tarea. Hay casos donde no se ven posibilidades de abrir un espacio de reflexión con quienes ejercen

la parentalidad. Sin embargo, como mínimo hemos de procurar una alianza que dé contención para que sea posible la tarea con el chico. Cuando el terapeuta encuentra recurrentemente dificultades que no sean objetivables o rechazo a dar ese lugar a los padres, habrá de preguntarse a sí mismo por ello (a no ser que desempeñe su labor profesional en un entorno institucional donde los protocolos o el tipo de casos lo hagan impracticable).

El terapeuta ante los padres. La contratransferencia

Lo contratransferencial se podrá contemplar, de modo global, al menos en dos vertientes que suelen estar imbricadas: la personal y la sociocultural.

Recibir a la pareja parental puede promover resistencias y ansiedades al terapeuta. Es un encuentro susceptible de convocar a las antiguas figuras de autoridad, juicio y presiones; el temor a no contentar, a no satisfacer, el temor a la descalificación o insuficiencia, pueden surgir ante esos padres que nos consultan por su hijo. Necesitaremos escucharnos a nosotros también.

Por otra parte, si escuchar es ir más allá de reconocer unos sonidos, escuchar psicoanalíticamente es articular nuestros conocimientos para localizar lo latente en el discurso manifiesto. Respetar el material de quien nos habla implica no ponerlo bajo una visión reducida por nuestras recurrentes convicciones; implica abrirse al encuentro con las diferencias de ese otro que nos habla. Cuando atendemos a niños y adolescentes, todos los que acuden sufren: el hijo y los padres. Parece obvio, sin embargo, la alianza que forjamos con el niño desde que nos piden la cita y el influjo de los ideales sociales sobre la parentalidad, y más cuando, la queja y enfado de los padres es recurrente, puede dificultar al terapeuta tener presente que nos traen a su hijo porque ellos también sufren.

Como sabemos, miramos y vemos desde adentro lo de afuera; miramos, desde los cristales de nuestra “ventana”, desde el color de su cristal. Vemos desde lo que somos y desde lo que esperamos, muchas veces sin darnos cuenta; y calibramos las respuestas de los demás desde nuestras expectativas, nuestros ideales y fantasmas. Razones por las que un analista ha de analizarse y estar atento a sus reacciones. Además, estamos atravesados por herencias culturales y sociales, - más allá de las herencias acuñadas en nuestras historias relacionales, familiares y vivenciales. En cada época hay valores, ideales, prejuicios y discursos políticamente correctos. Como se suele decir, somos hijos de nuestro tiempo. Son factores participantes a no desdeñar.

Los ideales de padre y madre, siempre nos acompañan. El buen padre ha de, la buena madre ha de. Habrá ideales y expectativas sociales y personales. Nos manejamos con al menos dos herencias: las que han calado internamente desde nuestros vínculos fundamentales conformando nuestros algoritmos internos y las que nos calan desde los discursos de nuestro tiempo. Y a cualquier sumatoria hemos de añadir como invitadas

de honor a las posibles contradicciones.

La tarea terapéutica se vincula al arte y a la creatividad. Los pre-juicios o juicios anticipados, muchas veces pueden aparecer como automatismos, que nos dificultan “salir de la caja” para mirar con amplitud. No en vano, “salir de la caja”, es una frase surgida entre los creativos y pioneros del pensamiento lateral, ilustrando la necesidad de desafiar los límites mentales, lo preconcebido que restringe nuestra creatividad. En lo que nos concierne se podría aplicar tanto para expandir nuestros puntos de vista al reflexionar como para estar dispuestos a escuchar lo nuevo de nuestros pacientes y sus padres. El psicoanálisis es una labor investigadora que como tal demanda un pensamiento flexible dentro de su rigor.

Interrogantes para la investigación

Los interrogantes son como llaves que pueden abrir puertas por donde pasar a otras estancias de pensamiento. Son promotores y herramientas de trabajo

Toda tarea que se emprende requiere el conocimiento de los elementos que concurren en la misma. Al dedicarnos a la clínica con niños y/o adolescentes necesitamos conocer las diferentes esferas del desarrollo y las teorías, los estudios que nos permiten reconocer y preguntarnos sobre las etapas pulsionales, los conflictos que el nuevo ser en su andadura hacia la subjetivación ha de atravesar y las fantasías que se generan, así como las renunciaciones, pérdidas, duelos y dificultades que suponen los trámites hacia la elaboración y simbolización.

Del mismo modo, para el que hacer con los padres, se hace necesario conocer y preguntarse sobre lo que implica conformar una pareja pasando del tú y yo al nosotros, a lo familiar; el paso de pareja a pareja parental. Conocer y preguntarse sobre el deseo de ser madre y de ser padre; las negociaciones conscientes e inconscientes, tanto en lo personal como conjuntamente, que llevará a la decisión de tener un hijo; sobre qué supone la maternidad y la paternidad (sea cual sea la modalidad de pareja); qué supone la experiencia del embarazo para la mujer y para el hombre el embarazo de su pareja; qué suponen para una mujer el parto y la crianza; qué supone para el hombre la llegada de un hijo; qué es un hijo y cómo es el proceso de filiación; cuál es la función del narcisismo parental; la impronta transgeneracional en el vínculo padres-hijo... entre otras muchas cuestiones que podamos plantearnos en torno a la constitución familiar, los vínculos, los intercambios, las transmisiones, las expectativas, afectos y los lugares dentro de la dinámica familiar a partir de la llegada de un hijo.

Interrogantes que manejaremos desde lo universal a lo particular de cada caso.

En esta ocasión, nos ha parecido de interés preguntarnos sobre qué suponen las travesías del crecimiento de un hijo para sus padres. Los padres se

verán consciente e inconscientemente conmovidos y removidos por las diferentes etapas del crecimiento de su hijo. Cada niño va cambiando y manifestándose de manera diferente según su momento del crecimiento. Los padres también van ajustando su relación con el hijo según las condiciones de la trayectoria de su crecimiento, pero, no solo por las razones evidentes de lo que necesita el hijo en cada etapa, sino porque junto a su hijo vuelven a revivir lo transitado por aquel niño que fueron, por el niño interno que portan.

En la tarea con los padres todo lo anterior cobra fuerza en diferentes sentidos. Ante ellos, aunque no sean nuestros pacientes, seguimos siendo analistas que están investigando sobre lo que le ocurre a su hijo. Hemos de escuchar al hijo que nos traen en su discurso, en sus temores, en sus inquietudes, en sus quejas y proyecciones. En su fantasmática. Todo ello para aportar enfoques reflexivos que les permita una nueva mirada hacia lo que le transmiten y a la relación que han establecido con él. Hemos de mantener todo el tiempo “sobre el tapete” al hijo y lo que circula o incide sobre él. Esto exige una gran delicadeza porque lo que buscamos no es enseñarles a ser padres (como se dijo nadie tiene el patrón) según nuestro criterio, sino que se afiancen y clarifiquen los lugares discriminando sus funciones.

Por parte del terapeuta exige despojarse, en la escucha al menos, de los ideales que portan los conceptos padre y madre, para no sesgarla y sí poder verlos como personas que sufren y quieren vivir mejor con su hijo y ayudarlo a crecer, muchas veces en lucha con las cuentas pendientes de sus niños internos, que en ocasiones habrán de llevarnos a ayudarles a ver la necesidad de una ayuda aparte para ellos con otro profesional.

Los padres de nuestros pacientes, por el mero hecho de ser padres, por el hecho de ser dos, por el hecho de que nos traen su ser más querido, es decir, un alguien que les hizo entrar en otra esfera vital, alguien que ocupa una parte importante de su vida y que está vinculado a sus narcisismos, ... figuras representantes de la máxima autoridad que conoce un sujeto, en tanto representan el máximo poder en los comienzos de la vida, cuando la indefensión es absoluta... aunque acudan asustados y heridos en su narcisismo, esos padres, promueven en el terapeuta reacciones contratransferenciales, en ocasiones, incluso, obstructivas o interferentes de su labor y escucha.

El niño interno redivivo

El niño interno de cada uno de los padres se manifiesta redivivo ante las etapas evolutivas de su hijo, trayendo al presente conflictos, heridas o anhelos pendientes, reactivando memorias afectivas y aspectos de conflictivas no elaboradas que encuentran eco ante la experiencia y encuentro con las diferentes etapas del crecimiento de su hijo. En este resurgir, el pasado inconsciente cobra vigor, influyendo en la manera en que el progenitor percibe, interpreta y responde a las necesidades emocionales en el marco relacional con

su hijo.

Los padres del niño recién nacido

La pareja tras el parto desaparece y apenas se trasluce detrás de la pareja parental que está volcada en su "majestad" que todo lo ocupa: el tiempo, el espacio físico y mental. Padre, madre y familiares están en disposición de función materna. Los abuelos, principalmente las abuelas y otras mujeres de la familia o incluso vecinas, aportan su experiencia a la madre primeriza. La madre desea su privacidad materna y a la vez teme no saber manejarse con su pequeño. Ya no es mujer, es madre. Sumergirse y aflorar. Dos movimientos psíquicos. La necesidad de sumergirse y los temores de perderse como la mujer que era, en esa alienación. Este podría ser un estado. Y para cada mujer que tiene un hijo hay uno en su singularidad.

La indefensión del nuevo ser en sus brazos, la reverberación de las experiencias primigenias remueve y evocan el campo regresivo que permite una unión cargada de emociones de distinta índole, conscientes e inconscientes, donde el padre suele sentirse observador de una escena casi sagrada o excluido y celoso o todo eso a la vez u otras emociones acordes con su trayectoria y singularidad ... El antes y el después de ser madre.

¿Y qué suscita en el varón, o al otro de la pareja, esa unión?

El hombre o el otro/a de la pareja, también atraviesa estados. Nada de lo que ocurre es inocuo para cada sujeto, en el plano individual y en el plano de la pareja. Hay enriquecimiento y pérdida. ¿Cómo transitaron cada uno de éstos los padres que tenemos ante nosotros? ¿Quedaron en uno de los polos? ¿Qué pasó con la pareja? ¿Pudo ser rescatada del lugar tras la pareja parental? ¿Pueden la pareja de padres y la pareja amorosa estar lado a lado? ¿Y el hijo? ¿En qué lugar está?

Los padres del niño edípico

El niño en cada etapa promueve en sus padres el revivir de los atravesamientos de la historia pulsional de éstos. Los progenitores, sean biológicos o no, (progenitores en el sentido del que da vida, vida psíquica en este caso) quedan convocados, removidos y conmovidos los afectos, las fantasías y los conflictos acorde a como fue cada travesía y su elaboración.

De hecho, el deseo y la decisión de concebir un hijo hunde sus raíces en las resoluciones o no, en cómo pudo hacerse la travesía edípica, tanto para el padre como para la madre.

Nos presenta aspectos de estas etapas: FREYA ESCARFULLERY

Los padres del niño latente

Cada etapa nos interroga por las anteriores. De ese modo la consecución hacia la adolescencia está vinculada a cómo se transitó por las resoluciones que se pusieron en juego en todas las conflictivas previas.

La latencia es una etapa fundamental condicionada por la travesía edípica. Llamada latente por su apariencia, promueve aspectos que harán viable la entrada a la tramitación de lo propio.

Los padres del niño latente tienden a centrar sus preocupaciones en el rendimiento escolar. El niño alcanza a esta edad un mayor compromiso con el aprendizaje formal. Cuando esto no se refleja del modo esperado, los padres se angustian. En los padres que consultan debido a los problemas de aprendizaje de su hijo observaremos una gran dificultad para descentrar sus reflexiones de las quejas, exigencias y preocupaciones por las calificaciones. Sienten en riesgo el futuro y sus ideales para con el hijo. Es como si sintieran en riesgo sus propias calificaciones.

Desarrolla sobre el niño latente y sus padres: BELÉN ALONSO

Los padres del adolescente

Contemplar el crecimiento de un hijo supone ver ante sí el tiempo transcurrido encarnado. El crecimiento de los hijos confronta con el envejecimiento. Es una etapa de confrontaciones con el tiempo vivido y el tiempo por delante, con la despedida del niño pequeño - ¿quién es este otro que aflora? -, con la despedida de la pareja joven y pujante, con nuevas formas de relación entre padres e hijos y con los conflictos generacionales. Surgen los temores hacia sus relaciones con los pares y la sexualidad. Nos consultan mostrándose preocupados, impotentes, enfadados, quejosos y alicaídos.

Aborda esta temática: LUISA MARUGÁN

Bibliografía

(algunas obras de referencia):

AECPNA, AMPP, ACCIPIA: Compiladores de textos expuestos en las jornadas científicas anuales organizadas por las tres instituciones - "Clínica psicoanalítica contemporánea" - Editorial Sirena de los vientos (2020)

Aulagnier, P. - "La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado". Amorrortu Editores

Berenstein, I. - "Psicoanálisis de la estructura familiar" - Editorial Paidós

Caellas A. M^a, Kahane S., Sánchez I.: "El quehacer con los padres. De la doble escucha a la construcción de enlaces" - Ed HG (2010)

Dinerstein, A. - ¿Qué se juega en el psicoanálisis del niño? - Lugar Editorial (1987)

Dolto, F. - "El niño, el psicoanálisis y los padres". Editorial Paidós (1971).

Freud, S. - "Análisis de la fobia de un niño de cinco años. El caso Juanito" (1909) - Amorrortu Editores - Tomo V

Freud, S. - "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis" (1932) - Amorrortu Editores Tomo XXII

Lacan, J. - "La familia" - Ed. Homo Sapiens (1977)

Mannoni, M. - "La primera entrevista con el psicoanalista" - Ed. Gedisa (1985)

Winnicott, D. - "El proceso de maduración en el niño" - Ed. Laia (1971)

Winnicott, D. - "Juego y realidad" - Gedisa (1971)

Sobre la autora:

*Iluminada Sánchez es psicóloga, psicoterapeuta y psicoanalista de adultos, especialista en la clínica infantil con niños, adolescentes y trabajo con padres. Psicoterapeuta acreditada por FEAP.

Vicepresidenta, directora del área académica de AECPNA.

Docente del posgrado de AECPNA y del máster AECPNA-UEMC.

Codirectora de la revista digital En Clave Psicoanalítica de AECPNA.

Coautora del libro "El quehacer con los padres. De la doble escucha a la construcción de enlaces" - HG editores

Hadas, brujas ... ilusiones, temores y proyecciones meciendo la cuna. La escucha de padres en la escuela infantil¹



Freya Escarfullery*

*¿Qué es exactamente lo que hay que abandonar para hablar?
Phillips. 1998 (la bestia de la guardería)*

La escucha de los padres... podría parecer que nos encontramos ante un concepto enigmático, elusivo, de una escucha solo pertinente a los psicoterapeutas infantiles. Este título tan sugestivo nace de las experiencias repetidas en el trabajo con niños y padres de niños pequeños, no sólo en consulta, sino también en el trabajo con el niño sano en escuelas infantiles, con pequeñas dificultades que salen a la luz con el progresivo proceso de separación/individuación y de interacción que supone los primeros años de vida.

Cito una frase de Winnicott que piensa al neonato, inevitablemente unido a su madre y en continua interacción con ella, frase que a menudo se sintetiza en: ¿Un bebé, eso qué es? Un bebé es él y su madre² *“corrientemente, la mujer entra en una fase, de la que corrientemente se recupera durante las semanas y los meses después del nacimiento del bebé, en la cual, en gran medida, ella es el bebé y el bebé es ella”*. Esta frase supone una visión del infante humano, que parte

del estado de indiferenciación inicial propuesto por Freud en 1930: *“El lactante no separa todavía su yo de un mundo exterior como fuente de las sensaciones que le afluyen. Aprende a hacerlo poco a poco sobre la base de incitaciones diversas”*³. Desde ahí, transitará por un proceso de estructuración que le permitirá construir un adentro y un afuera, y paulatinamente ir adquiriendo funciones yojicas tales como la motricidad, la percepción, el lenguaje, y en otro orden de cosas, la simbolización, la capacidad de pensar, la identidad.

Todos sabemos el papel primordial que le daba Freud a la madre para el desarrollo del infante, con los cuidados iniciales, la satisfacción de la necesidad, en su función de paraexcitación y en las muchas funciones maternas necesarias para dar continuidad psíquica al neonato. Winnicott matiza lo que tiene que ver con esa “masa de dos” para incluir el aspecto relacional (que a estas alturas entendemos como bidireccional) como algo fundamental para la estructuración: “un

1 Este texto ha sido elaborado alrededor de las fantasías, ilusiones, temores y proyecciones de parejas tradicionales, sobreentendiendo que las mismas situaciones, las mismas hadas, las mismas brujas acompañan lo imaginario y lo fantasmático de las nuevas modalidades de parentalidad, ya sea por ovodonación, inseminación artificial, adopción, y maternidad subrogada, multiplicando hasta el infinito las peculiaridades de cada pareja parental y sus modalidades de relación.

2 D. Winnicott. La madre de devoción corriente. 1964

3 S. Freud, S. El malestar en la cultura. 1929/30

bebé es parte de una relación”.

Por otro lado, R. E. Levín⁴ reflexiona sobre la imposibilidad de acceder a eso vivenciado en la primerísima infancia, ya que el tránsito del niño a ser “sujeto barrado, en tanto división del psiquismo, deja afuera lo que fue hasta entonces dicho niño, el que queda entonces sumergido en un abismo al que solo indirectamente y en ocasiones muy singulares se podrá acceder”.

Pensando en ese infante sin palabras, cito a A.M. Caellas, S. Kahane e I. Sánchez⁵ “No solemos trabajar con bebés en consulta, ya que su aparato psíquico aún se rige por el proceso primario, sin actuación de sus funciones yoicas; porque no coexisten aún el principio de placer y el principio de realidad; porque no hay representación secundaria, y porque no hay lenguaje articulado con carácter signifiante. “. Es decir, son sujetos en proceso de constitución. Y continúan, “Pero sí es posible trabajar con los padres de este bebé, sujeto en constitución, ya que todo ocurre en el marco de la dinámica intersubjetiva, todo ocurrirá no en la tópica sino en procesos de investidura energética; o sea en la dinámica de la relación y la creación”. Esos padres, que también deberán transitar, desde otro lugar, por todo ese proceso que va desde la fusión a la separación.

Para ilustrar la escucha de los padres en la primera infancia, me sirvo del trabajo en la escuela infantil, porque para hablar de estos padres indefectiblemente tendremos que hablar del infante. Se trata de un proyecto que llevé a cabo durante unos 15 años en 3 escuelas infantiles de la comunidad de Madrid, no siempre coincidentes en el tiempo. La tarea suponía reuniones semanales con el claustro de tutores, donde se trabajaba el proceso de maduración infantil de 0-3 años, y el trabajo con padres. Desde esa óptica, los tutores presentaban al claustro los casos que les preocupaban, se organizaban entrevistas supervisadas con los padres, así como observaciones en los distintos momentos de la actividad de la escuela. A partir de las entrevistas y observaciones podíamos elaborar hipótesis que nos permitían pensar estrategias para trabajar con los niños, sus padres y con las dificultades que los tutores presentarían.

La escucha en la escuela infantil. ¿Eso qué es?

Para responder a esa pregunta, una metáfora; una mesa de 3 patas: el infante, sus padres y los tutores.

Como planteamiento general; si un bebé es él y su madre, la situación ideal para el desarrollo de un bebé sería una en la que pudiera permanecer en el entorno familiar, por lo menos durante el primer año de vida, ese primer año primordial que marcará los inicios de su salida al mundo. Pero la realidad es otra;

la estructura socioeconómica actual, ha dado lugar a la necesidad que los infantes lleguen cada vez más pronto a la escuela infantil y que su estancia diaria en la misma se alargue, en algunos casos, hasta coincidir con el horario laboral de sus padres. Esta situación convoca nuevas demandas a las escuelas infantiles; y nos encontramos con que éstas deben tejer una delicada trenza con varios mimbres. Es un modelo de trabajo, que contempla a nuestro sujeto (el infante) como un ser en vías de estructuración, en constante interacción con mamá primero, paulatinamente papá y el medio después, y que no puede dejar de contemplar la interacción con el afuera que supone la escuela infantil, sus tutores y las experiencias que proporciona.

En ese espacio se despliega mucho de ese infante tan unido a la figura maternante, con su cuerpo en movimiento, con sus pulsiones en despliegue, sus descargas, sus mecanismos de sedación, su modalidad de interacción, muy unida a las modalidades parentales, y unos padres sujetos a una serie de emociones a menudo sin palabras, inenunciables, a veces tampoco pensables.

Los padres

Son sujetos que están aprendiendo a ser padres de un hijo en particular, independientemente que hayan tenido otros, ya sea biológico, adoptado, o fruto de una técnica reproductiva. Cada una de esas circunstancias tendrá sus ilusiones, sus temores propios y también sus dificultades específicas.

En el momento de la confirmación que van a ser padres, la mayoría de las parejas se ven inmersos en una sensación ambivalente, por un lado, sentimientos de ilusión y de esperanza, y al mismo tiempo, sentimientos de ansiedad, quizá de inadecuación. A medida que pasan los meses, y ese ser en el vientre de la madre va teniendo presencia, (se mueve mucho, es tranquilo, da pataditas), los progenitores van dando paso a sus fantasías, de cómo y a quién se va a parecer. Poco a poco le van atribuyendo cualidades que lo incluirán en un clan. Es *el niño imaginario*, el niño del embarazo “resultado de la producción de ensueños a las que podríamos denominar fantasías conscientes” (Lebovici, 1988), ilusión compartida por ambos progenitores.

Para compensar la angustia por lo desconocido, por ese ser que pronto llegará a sus vidas aparece la idealización de lo que será esa relación. Todos atravesados por la fantasía de la perfección.

Ser buenos padres, ser buenas madres.... padres perfectos, poniendo el acento en perfectos a menudo olvidándonos del “ser”.

Las futuras madres tienen una gran exigencia, con

4 R. E. Levín. De Pinocho a Toy Story. Psicoanálisis APdeBA - Vol. XX - Nº 2 - 1998

5 A. M. Caellas, S. Kahane, I. Sánchez. El quehacer con los padres. De la doble escucha a la construcción de enlaces. HG Editores. 2010

un ideal de maternidad⁶ que según Silvia Tubert, “proporciona una medida común para todas las mujeres que no da lugar a posibles diferencias individuales con respecto a lo que se puede ser y desear”. Esa exigencia, que tiene una gran carga social, deja de lado un aspecto fundamental; ese que tiene que ver con la larga y compleja historia de cómo ha sido el tránsito de esa mujer con sus padres, como ha sido el paso a la triangulación edípica y como ha resuelto la identificación con su propia madre.

Ese ideal de maternidad, a menudo propicia que obviemos las muchas circunstancias, por las que pasan los padres; ellas con un proceso fisiológico y hormonal, que culmina en el momento del parto, - con la exaltación y pérdida, la experiencia de dolor y sentimientos de omnipotencia y fragilidad que supone - al tiempo en que deberán enfrentarse al *niño real*, al niño de la necesidad.

Lamentablemente, en ocasiones se producen dificultades en la interacción producidas por la introducción de factores no pensados, fruto de sentimientos inconscientes y que tienen que ver con el *hijo fantasmático*, que, según Lebovici, es “*el de la vida anterior, durante la cual intervienen en el psiquismo de la madre las relaciones objetales personales de esta, ... este bebé está ahí para despertar sus conflictos edípicos e incluso preedípicos. El bebe da testimonio de la supervivencia psíquica de los abuelos*”. para Lebovici, estas “*provocaciones fantasmizantes que el bebé pone en marcha en su madre, son mucho más ricas en los primeros meses de vida*”.

Los padres de hoy participan cada vez más en el ejercicio de la “maternidad”, algunos con éxito, aunque en realidad el papel fundamental será el de propiciar la salida al afuera de ese infante que al principio debe transitar por la fusión, proporcionando otras modalidades de interacción que le ayuden a ir discriminándose de mamá, haciendo de tercero en esa relación dual, y cumpliendo la función de sostén de ese vínculo desde el principio.

No han vivido cambios corporales ni hormonales, sus vivencias son otras, a menudo innombrables, de sentimientos de angustia y culpa ante las dificultades del embarazo y parto. Como las madres, relatan un sentimiento de exaltación y de alivio en ese primer encuentro con un bebé que hasta ahora ha sido parte de mamá y con quien deberán iniciar una nueva relación. Ellos tampoco se libran de la presión social, de todo lo que deben ser para ser padres, y también sujetos a todo eso no hablable, no pensable, la forma en que ellos también solucionaron su conflictiva edípica. Ellos tendrán que encontrarse con el niño

real, han compartido con su pareja aspectos del niño imaginario, y como ellas tendrán “*los efectos de la paternidad en su vida fantasmática y sus modalidades edípicas. Allí esta almacenada la identificación con el abuelo paterno, y de ahí la importancia de las recrudescencias conflictuales en el momento de nacer el hijo*”. (Lebovici 1988).

Los niños

Kreisler, Fain y Soulé⁷ nos hablan del sinfín de trastornos que aparecen en la primera infancia, marcando como diría Lebovici, una modalidad de relación *entre padres/bebés* alrededor de temas como la lactancia, alimentación, sueño, cólicos primer trimestre. Hablamos de trastornos presentes en el diario vivir de las madres y los padres en los primeros meses de vida, y que pueden ser abordados desde una óptica que toma en cuenta esos 3 bebés a los que se tienen que enfrentar una vez que nace su tan esperado retoño: *El bebé real, el imaginario el fantasmático*⁸.

En realidad, el relato sobre quién es un infante está presente desde antes del nacimiento, y así como en consulta esperamos poder escuchar eso que está en el imaginario parental, también aparece en la escuela infantil. Antes de llegar ya nos lo presentan, tranquilón, perezoso, inquieto, o alegre, bruto, peleón, no come, no duerme, o duerme mucho y solo con mamá... y hoy en día, con la divulgación de las miles de etiquetas diagnósticas, nos encontramos también con temores sobre hiperactividad, falta de límites, autismo etc. - los diagnósticos precoces abundan y el espectro de los roles trasladados al infante es amplio Es tarea de la escuela tratar de entender quién es ese niño que les llega, ya con su mochila llena de expectativas, y tratar de escapar de esa presentación previa.

Los tutores

¿La escucha de los tutores para qué? No son sus bebés, son profesionales de la educación, tienen muchos chicos en sus salas, ¿están ellos también incluidos en la trenza? Es cierto que la escuela infantil no puede reemplazar la función materna. Winnicott⁹ expresaba en 1991 que la función de la escuela infantil “*no consiste en sustituir a una madre ausente, sino complementar y ampliar el papel que solo la madre puede desempeñar en los primeros años de vida del niño... para reconocer a continuación “que todo niño en el jardín de infancia necesita en la práctica cuidados maternos (y paternos) ... Y en caso de ineficacia materna, el jardín de infancia tiene la oportunidad de complementar la ineficacia de la madre, siempre y cuando no se trate de una falla grave*”.

6 S. Tubert. Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología. Siglo XXI 1991

7 L. Kreisler, M. Fain y M. Soulé. El niño y su cuerpo. Estudios sobre la clínica psicosomática de la infancia. Amorrortu Editores. 1990

8 S. Lebovici. El lactante, su madre y el psicoanalista. Las interacciones precoces. Amorrortu Ed. 1988

9 D.W. Winnicott. El niño y el mundo externo. Ed. Lumen. 1993

Se plantea entonces la necesidad de que los tutores tengan una cierta formación sobre la evolución de los infantes y del trabajo con padres, a fin de poder entender algo de lo que les pasa a los chicos a su cargo. ¿Y emocionalmente? son profesionales, pero también son personas, y como tales también sujetos a la identificación, a la proyección, y por qué no, a sufrir los efectos de sus hadas y brujas particulares en relación con un niño o con unos padres.

La mesa de 3 patas

Una escuela infantil, sería por tanto un espacio que acoge esos chicos en estructuración y a esos padres - con tanta tarea por delante - con la pretensión de acompañarlos en ese camino, respetando, en la medida de lo posible, las circunstancias particulares de cada unidad bebé/familia, incluso con la ambición de que una vez pasado el período de adaptación - que a menudo dura todo un año - la escuela, con sus tutores, sus ritmos, sus repeticiones, sus olores, sus sabores, sus sonidos y sus colores, - siempre estables ahí para sostenerlos - puedan hacer una función de continuidad, que permita que esos bebés, y sus padres, puedan ir superando sus angustias iniciales e invistiendo ese afuera que supone la escuela infantil.

La tarea es poder escucharlos a todos y ayudar, -a través de pequeñas intervenciones, que hacen una función casi terapéutica-, a dilucidar conflictos que tienen que ver con las interacciones imaginarias y fantasmáticas que acompañan al infante y a los padres desde antes de su encuentro. No sin olvidar la importancia de poder trasladar a unos padres angustiados una cierta sensación de normalidad.

Es que mi hija es muy madura

Carolina se incorpora con 7 meses y recién destetada a la escuela. En la entrevista inicial, los padres comentan que es una niña tranquila que solo come y duerme. En la escuela, nos encontramos con una niña sumamente angustiada. El recurso de la comida no le sirve, el momento de los biberones no es placentero, lo rechaza, arquea el cuerpo, no valen canturreos, ni mecerla; llora desesperada, a duras penas toma algo del biberón, y se va calmando con mantenerla en brazos. Además, es una niña que no se gira, no alcanza objetos, no hace intentos por mantener la posición sedente.

Lo que en principio parecía un problema de adaptación, ese no poder obtener momentos de calma - en oposición a la niña descrita por la madre -, pronto nos hizo pensar que había algo más, era evidente que a Carolina en los momentos de angustia no le servía nada de lo que se le ofrecía: silencio, brazos, arrullos, canciones, biberones, chupetes, nada. En el claustro se decide organizar una entrevista con los padres, sobre todo para investigar cómo es eso que en casa solo come y duerme.

En la entrevista con esta madre, que tiene otra niña un par de años mayor, nos habla de su bebé como alguien *“no difícil de calmar, ella la calma con la teta”*.

Se sorprende ante el relato de la angustia de su hija, y dice que no la reconoce; ella *“no necesita calmarla, es muy madura y no necesita peluches, será cosa de la adaptación”*.

Habla de una niña deseada, que tuvo un parto largo y difícil. Su madre había fallecido poco antes de quedarse embarazada. Al volver a casa, se encuentra con el problema de estar pendiente de otra niña aun pequeña, y sin ayuda de su madre ni de su marido, con lo que opta por calmar a la bebé con la teta, y sigue así, aunque nos informa que ya la había destetado; es decir, que ya no tiene leche, y esa teta hace las funciones de chupete.

En esa reunión y en las siguientes, en su discurso es constante la referencia a Raquel y a Carolina, como si fueran dos en una; y apuntando que las dos han tenido problemas con la alimentación. La tutora señala, *“pensábamos que Carolina solo dormía y comía...”* *“Es verdad, reconoce, con el destete está teniendo problemas con la alimentación”*. No le preocupa que no quiera comer en la escuela, como la recogen a las 11:30, en casa ya se alimentará. La percepción del equipo es que esta niña alterna la ingesta con la teta, siendo esa su único elemento calmante; pensando además que el destete no ha sido tal.

En el claustro preocupa, sobre todo, esa percepción de “madurez”, así como la dificultad para ver que su bebé tiene serias dificultades para gestionar casi todo lo que no pase por la teta, además de que presenta cierto retraso en su madurez motriz, que no se está abriendo al mundo, solo parece haber investido la teta de mamá. Hay un cierto rechazo, sobre todo de las tutoras a cargo de Carolina, frente a esa madre que ven como negadora, que no la ve en su necesidad, que no les hace caso en lo que plantean.

Carolina tiene dificultades para aceptar los biberones, los potitos, los pures, ni hablar de las muestras de sólido. Las tutoras hacen especial hincapié de acompañar toda interacción con ella de palabras -se va radiando todo lo que está pasando - *“ahora vamos a darle el bibe a Carolina, parece que no le gusta, ipero veras cuando lo pruebes, Mmmmm!”* se la acuna, se la mece, se le canta... parece que sí, parece que no... no se la fuerza, pero se intenta que esta niña pueda invertir otros aspectos del afuera y otras manera de calmarse que no sea la teta. Sigue habiendo dificultad, pero parece que va por buen camino. Nos preocupa esa percepción de “es muy madura”, por lo que se planifican más entrevistas con la familia, solicitando que el padre se pueda incorporar a los encuentros.

Tres meses después, es difícil que pueda hablar solo de una de sus chicas, sigue hablando de esa niña tan “madura”, se le empiezan a hacer señalamientos “inocentes”:

T. *“es que me lío, cada vez que pregunto por Carolina me habla de Raquel; ya sé que son pequeñas y estás todos muy juntos, pero a mí se me hace a veces complicado entender de quien me está hablando”*.

La madre la mira desconcertada; *“no me había dado cuenta... En realidad, es que estas dos me recuerdan mucho a mi hermana y a mí misma. Carolina es como mi hermana menor, come, pero se alimenta de la teta cuando lo necesita. En lo que no se parece (a su tía) es que es como yo en la madurez, yo de pequeña siempre fui muy tranquila y madura, no daba la lata, me entretenía con puzzles y siempre me ha ido fenomenal en la vida”*.

T. *“Si, pero ¿madura con 10 meses?”*. La madre se sorprende, como si hubiera oído esa frase por primera vez, *“ahora que lo dices, no sé en qué estaría pensando”* ... se echa a llorar... *“Es que mi madre siempre estuvo ahí cuando el primer embarazo... me siento fatal, con Raquel no tuve problemas”*.

T.: *“Es natural, debe de echarla mucho de menos”*, el padre sorprendido la abraza, *“¿por qué no me lo has dicho?, no pensé que lo estuvieras pasando tan mal”*. *“tampoco lo había pensado yo”*, susurra la madre.

Cuántas identificaciones y fantasmas del pasado de mamá en Carolina. Es como la pequeña en eso de la teta – con lo que debe haber sufrido esa madre en la infancia viendo a su hermana pequeña pegada de la teta- colocándola en el lugar ideal que a ella le hubiera gustado tener; pero no solo eso, también la ve con una madurez que tal vez la salvó a ella para diferenciarse y tener un lugar propio. En realidad, no es capaz de ver a su niña y su necesidad.

En el claustro, no dudamos de su amor por sus hijas, pero pensamos que al tener una segunda niña – esta vez sin el acompañamiento de su madre- no ha podido evitar repetir la angustia de sus primeros años. ¿A ella quien la va a cuidar?, ¿le va a pasar como en el pasado, apartada de la teta de mama, adoptando una “madurez” que le ha servido en la vida, pero que ahora le impide ver las necesidades de su pequeña?

Con estos mimbres, para Carolina iba a ser difícil aceptar otros mecanismos calmantes ofrecidos por un afuera, representado por la tutora, que además también estaba sintiéndose cuestionada por esta niña, que lo “está haciendo aposta”, y que con sus gritos la pone en evidencia frente a los otros y frente a ella misma. Era una tutora muy contenedora, y esta niña se había convertido en una afrenta narcisista, “¡que yo no puedo calmarla!”: había caído atrapada en una distorsión de la interacción con Carolina.

Aquí tenemos en pleno despliegue las 3 patas de nuestra mesa. Carolina, con su angustia, mamá con su incapacidad de ofrecer otros elementos calmantes que no fueran la teta, y la tutora atribuyendo a la niña una intencionalidad que en realidad no tiene y poniéndose, ella también, en una situación que no le permite ayudarle.

Carolina, sujeta a sensaciones corporales, que llora desesperada ante situaciones de malestar, intentando sacarlas fuera de sí de forma no eficaz, pero la única que tiene: llorando y pateando. Si mamá se hubiera

dado tiempo para “ver y escuchar” las demandas de su bebé, si hubiera podido discriminar que no era madura, sino inexpresiva, poco estimulada, ésta hubiera podido ir llenando su mochila emocional – le llamo mochila, pero en realidad es una especie de reserva de sensaciones opuestas: hambre/saciedad, frío/calor etc., asociadas a sus correspondientes mecanismos calmantes: leche, caricias, arrullos, palabras, Carolina hubiera podido almacenar distintos mecanismos de sedación, dependiendo de la necesidad/angustia que tuviera en cada momento.

Pero esto no funcionó así, mamá hizo una primera interpretación errónea de lo que iba a ser su relación con Carolina, *“es como Raquel, pegada todo el rato a la teta, y además se parece a mí en la madurez”* y en vez de proporcionar a su hija y a ella misma un abanico de mecanismos calmantes, que les permitiera a los dos inaugurar un diálogo en el que las situaciones de frustración/satisfacción reaseguraran tanto a una como a la otra “que lo estaban haciendo bien”, se instauró una modalidad de relación ineficaz para los dos. No veía ni escuchaba a Carolina, sino que la interacción estaba atravesada por fantasías y fantasmas de otro momento, de otros actores. No cumplía su función de aliviar la necesidad primero para convertirse en algo placentero después. sino que se convirtió en una modalidad distorsionada de la relación ... y dejaba sin respuesta otras demandas de la niña.

La intervención

En realidad, se pone en marcha desde el momento que solicitamos las entrevistas sucesivas con los padres, de manera que:

- permite que estos puedan escucharse a sí mismos y mutuamente desde otro lugar,
- propicia que la tutora, al tener una hipótesis de lo que le pasa a la niña y la madre, puede apartar su sensación de ineficacia que le hacía ver a Carolina como una afrenta. Ya no es tan difícil mantener a esa niña en brazos, para que desde ahí pueda ir atendiendo a pequeños estímulos del afuera que, sin alharaca, puedan llamar su atención, además de ir paulatinamente fomentando pequeñas adquisiciones motrices que a la larga permitirán a Carolina poder irse autonomizando.
- A medida que pasaban las semanas y los meses, se fue fomentado en Carolina el gateo, la curiosidad, el jugar con el bol de la papilla. Como decía Winnicott, a veces la mejor forma de alimentar es no alimentar, en otras palabras, esperar.

¿Y con los padres? La situación es diferente. La escuela infantil no es un espacio terapéutico, no es el lugar para hacer ningún tipo de interpretación sobre el inconsciente de los padres. No podíamos ni teníamos las herramientas –no es nuestra función– para entrar en las motivaciones inconscientes que habían propiciado esta distorsión en la calidad de esa relación. Lo que si ofrecemos es un espacio para la escucha que no juzga

y que, en cualquier caso, intenta tranquilizar.

Sin entrar en los motivos últimos que provocaban esta situación, el señalamiento sobre la forma de hablar de sus chicas, como dos en una, así como la pregunta sobre la madurez, obró como si encendiéramos una luz, que dio voz a otros silencios, y permitió que saliera la angustia, los malentendidos, “*es como yo, es muy madura ... echo de menos a mamá*” para que tanto uno como el otro pudieran al menos entender que algo ahí no funcionaba, y que tenía que ver con ellos y su relación con su bebe.

Cayeron en la cuenta de que solo la calmaban con brazos y con teta y que, además, Carolina solo tenía 7 meses cuando nos la presentaron, ¿de qué madurez estaban hablando? Ni la madre ni el padre tuvieron espacio para sus inquietudes, necesidades ni duelos, inmersos en la inmediatez de cuidar a dos niñas pequeñas, la madre con un duelo sin resolver, los dos recién salidos de un parto difícil y con una experiencia previa de haberlo hecho bien. No había palabras para sus angustias, mucho menos para las de Carolina.

No queríamos darles pautas, pero les contamos lo que nos proponíamos hacer, adelantándoles que era un ensayo, que simplemente íbamos a intentar la calma, en principio con brazos y desde ahí ir ofreciendo y hablando de otros aspectos del entorno: íbamos a poner palabras y que estábamos seguros que ellos, que sabían cómo hacerlo, podrían encontrar las propias.

Fue una intervención sencilla que no solucionó todos los problemas de la diada Carolina/mamá, en realidad, había mucha tarea materna/paterna por delante, pero que contribuyó a la comprensión de lo que estaba pasando y que pudiésemos modificar esa percepción de Carolina como tirana que iba a distorsionar gran parte de su paso por la escuela y en el que todos, familia, bebé, tutora, estaban involucrados. Sabemos que la madre de Carolina solicitó, tiempo después, ayuda terapéutica para gestionar el duelo por la pérdida de su madre.

De la escuela infantil a la Doble Escucha:

He querido poner el foco en la primera infancia; esos padres de los que tenemos noticia a través de las entrevistas que tenemos tiempo después. Llegarán más tarde a nuestras consultas quejándose de problemas escolares, de comportamiento, de lenguaje, de atención, de relación y poco a poco irán relatando una historia de larga duración, que parte del necesario momento de investimento narcisista inicial, portador de los deseos inconscientes parentales, y que atravesará por diversas vicisitudes para llegar -a través de un proceso psíquico de renuncia- y de la mano del Edipo, a la diferenciación, al tránsito del yo ideal al ideal del yo. Con cada hito evolutivo se removerán en los padres la manera en que ellos mismos transitaron por ahí, en especial por la conflictiva edípica que hará que reverdezcan antiguos conflictos, y de ahí en adelante, también será así en la pubertad y en la adolescencia.

Los terapeutas infantiles estamos entrenados para escuchar ese discurso parental sesgado por sus fantasías, temores, e identificaciones, que siempre están presentes y, en ocasiones, pueden determinar el lugar que ocupa un infante en la estructura familiar. De ahí la necesidad de la doble escucha, “*que incluye al hijo y a los padres*” “*cuando hablamos de la escucha de los padres nos estamos refiriendo a la escucha de las trasferencias y resistencias, a la escucha del narcisismo y de las identificaciones, la escucha de las repeticiones, de las funciones parentales, del síntoma, del Edipo y la castración*”¹⁰

Lo que presento aquí es en cierto modo una extensión de la doble escucha: la del infante sin palabras, solo con cuerpo, y la de los padres, con dificultades para escucharse, con demasiadas emociones mudas que impiden a veces poder “hablar”. Las intervenciones con padres de niños pequeños tienen resonancias muy facilitadoras para la andadura del crecimiento.

¹⁰ A.M. Caellas, S. Kahane, I. Sánchez: El quehacer con los padres. De la doble escucha a la construcción de enlaces. HG Editores. 2010

Sobre la autora:

*Freya Escarfullery es psicóloga, psicoterapeuta de niños, adolescentes y padres en consulta privada. Asesora sobre evolución psíquica de 0-3 en EEII de la Comunidad de Madrid durante los años 1999 a 2014. Ex miembro de la comisión directiva y actual docente de Aecpna.

Fortaleciendo vínculos. El trabajo con padres durante el período de latencia



*Belén Alonso**

Los profesionales que nos dedicamos al trabajo con niños y adolescentes, además de la necesidad de comprender la etapa por la que atraviesan nuestros pacientes, tenemos también la siempre difícil y complicada tarea de cómo acoger y escuchar a sus padres. Lejos de otras posturas donde quedaban fuera del tratamiento de los hijos como Melanie Klein que entendía que eran meros portadores y su inclusión podía interferir en el tratamiento del niño, hoy entendemos la importancia de la inclusión de los padres en el proceso terapéutico de sus hijos por varias razones. Sabemos que éstos, a diferencia del adulto, se están constituyendo como sujetos y los padres juegan un papel esencial en esa construcción del psiquismo a través de dos funciones imprescindibles, la función materna como portadora del afecto y contención y la función paterna que a través de la ley permite la separación entre madre e hijo posibilitando la salida al mundo. La sintomatología presente en el niño generalmente vendrá determinada por las deficiencias en ambas funciones.

No obstante, aun siendo conscientes de ello, este papel importante de los padres hace que el trabajo se complejice haciendo que a veces nos sintamos tentados a excluirlos o no hacerles partícipes del proceso todo lo que deberíamos.

Freud (1933) ya alertaba de que en el tratamiento con niños nos encontraremos con los padres como portadores de las resistencias, haciéndose necesario

algún influjo analítico sobre ellos para que la meta del análisis del niño no peligre. Pese a esas resistencias y lejos de sucumbir a esta tentación sabemos que, sin una buena alianza terapéutica con los padres, el tratamiento del hijo puede verse entorpecido o, llegado el caso interrumpido, impidiendo así que el proceso terapéutico llegue a buen puerto.

Sabedores de este papel esencial de los padres y de nuestras resistencias en el trabajo con ellos por todo el entramado transferencial y contratransferencial que se pone en juego, desde nuestra escuela en Aecpna trabajamos con un método específico que nos guía en esta tarea. Porque sabemos, que no incluir a los padres puede implicar que se sientan excluidos del proceso y provocar la interrupción del tratamiento. Pero también porque incluir a los padres y recorrer con ellos ese camino en el que puedan ir entendiendo la relación e implicación que ellos tienen en lo que le pasa a su hijo, también lo facilita y enriquece otorgando mejores resultados.

Los padres llegan a la consulta atravesados por el deseo de que se les restituya al hijo que se ha alejado de sus expectativas y dominio narcisista. Tendremos que manejar dos aspectos importantes que se movilizan en el proceso de pedida de ayuda. Por un lado, la herida narcisista que representa reconocer que alguna cosa no funciona bien en el hijo o con el hijo. Y, por otro lado, el miedo a ser culpabilizados en sus funciones

parentales por nosotros como profesionales. Todo esto da cuenta de un trabajo especialmente complicado en la escucha de los padres que consultan.

A lo largo del proceso iremos transitando con ellos un camino que nos ayudará a saber quién y cuál es su demanda, quiénes son estos padres y cuáles han sido sus historias también como hijos, cuál es la dinámica familiar y qué lugar han dado a su hijo sabiendo que viene a cumplir con una función establecida de antemano en la que, algo del deseo de los padres, está involucrado.

Si no tenemos en cuenta todos estos aspectos, nuestro trabajo con ellos puede convertirse en un simple intercambio de información donde se atiende a la demanda de los padres ubicada en lo sintomático, en vez de poder ofrecerles una apertura para entender su implicación en la problemática del hijo.

En los primeros encuentros es necesario trabajar sobre esa demanda porque en muchas ocasiones nos encontramos con padres perdidos que vienen “traídos” por otros (profesores, pediatras...) que son los que alertan de la necesidad de consulta con un profesional. En esos casos tendremos que ayudarles a construir y hacer suya dicha demanda. Este objetivo imprescindible que vamos consiguiendo a través de nuestras intervenciones y poniendo el foco en cuestiones que van más allá del síntoma, permite que se puedan establecer las relaciones intersubjetivas en la causa de los conflictos emocionales. De esta manera, será más fácil que los padres se sientan incluidos en el proceso, y podrán entender que lo que le pasa a su hijo está relacionado con sus propias historias no sólo de ellos como padres, sino también como hijos.

Por lo tanto, pondremos el énfasis en la necesidad no solo de conocer el momento vital en el que se encuentra ese niño o adolescente, sino también tener presentes que cada una de esas etapas reactivan también cosas diferentes en los padres. No es lo mismo la relación con un hijo en edad infantil que los retos que se presentan cuando llega a la adolescencia, al igual que las necesidades tampoco serán las mismas en cada etapa. Esos retos, por tanto, no serán solo del hijo sino también de unos padres que tendrán que acompañar ese proceso con sus incertidumbres, angustias y sus propias historias que se entremezclan con la de su propio hijo.

Cuando un niño llega a la etapa de la latencia, ya ha realizado un pequeño recorrido junto con sus padres, ya han pasado la etapa del encuentro inicial, del ajuste familiar necesario en esos primeros momentos y se enfrentan ahora a nuevos retos donde se precisará a unos padres capaces de sostenerlos.

Freud (1905) considera la latencia como un tiempo en el que las pulsiones sexuales están latentes o “en descanso” pero no se suspenden, sino que perduran ofreciendo un acopio de energía que en su mayor parte se emplea para otros fines distintos de los sexuales. Por un lado, para aportar los componentes

sexuales de ciertos sentimientos sociales, y por el otro (mediante la represión y la formación reactiva), para edificar las ulteriores barreras sexuales. Así, a expensas de la mayoría de las mociones sexuales perversas, y con ayuda de la educación, se edificarían en la infancia los poderes destinados a mantener la pulsión sexual dentro de ciertas vías.

Es un período que se instala a partir de la disolución o sepultamiento del Complejo de Edipo hasta la pubertad (aproximadamente entre los 6 y los 12 años) y es un período clave preparatorio para las vicisitudes de la adolescencia. En esta etapa, los niños experimentan una disminución en las pulsiones sexuales y una mayor fijación en actividades cognitivas, afectivas y sociales. Freud señala que, durante la latencia, la represión de los impulsos sexuales se fortalece y se da un aumento en la sublimación, es decir, los deseos instintivos se desvían hacia actividades socialmente aceptables como el juego, el estudio o el desarrollo de habilidades siendo una fase crucial para la formación de la personalidad.

Para Rodolfo Urribarri (1999) este periodo formulado por Freud como un receso en la evolución sexual hasta el advenimiento puberal, ha sido el menos estudiado y comprendido psicoanalíticamente y se ha definido más por aquello que deja de ocurrir, que por lo que surge y se complejiza. Sin embargo, él denomina a este momento vital como *Trabajo de la Latencia* “en el sentido del esfuerzo que realiza para la organización, diferenciación, complejización y ampliación del aparato psíquico; y también en cuanto a la exigencia de tramitar la pulsión en un nuevo ordenamiento dinámico y estructural del aparato. Trabajo y no período, enfatizando la importancia y el eje central en las modificaciones y neogénesis en el aparato y no centrado en lo cronológico”.

Entendería así que lo característico del trabajo de latencia es la concurrencia de diversos mecanismos al fin sublimatorio y que más allá de lo cronológico, se pone el énfasis en la importancia de este nuevo ordenamiento intrapsíquico producto de la resolución edípica (con la concomitancia inclusión del superyó) e incitado culturalmente, lo que obliga al yo a buscar nuevas maneras de canalizar el impulso en su labor mediatizadora. Esto es lo que caracterizaría a la latencia normal donde se da una configuración dinámica, una reorganización operativa y el balance intersistémico.

Durante esta etapa podemos encontrar sintomatología diversa que va desde dificultades en las relaciones, fobias, miedos, inhibiciones, los siempre recurrentes diagnósticos de TDHA, y en muchos de esos casos aparecen los problemas de aprendizaje o retrasos en el ámbito académico como hilo conductor de todos ellos. Porque es en esta etapa de latencia donde los procesos de aprendizaje van a adquirir una gran importancia gracias a la represión de las pulsiones parciales que logran encauzarse para tal fin. Y será en este ámbito del aprendizaje donde encontremos muchos de los problemas en esta etapa, o digamos, que será el contexto donde se pongan de manifiesto la mayoría de la problemática.

Como sabemos, el fracaso escolar puede no coincidir con dificultades intelectuales y ni siquiera responde siempre a conflictos o déficits intrapsíquicos, sino que hay una multiplicidad causal. Para Beatriz Janin (2000) aprender supone un trabajo psíquico, un rendimiento en el que se entrecruzan los deseos y sus avatares, el yo y los ideales. Para poder aprender el niño tiene que poder apoderarse de algo, poder investir, representar, transformar y armar nuevos recorridos y para ello necesita poder atender, concentrarse y sentir curiosidad. En definitiva, es necesario un apoderamiento de aquello objeto de aprendizaje y eso requiere e implica que el niño sea activo.

Durante la adquisición de los primeros aprendizajes se necesita la presencia de alguien que haya libidinizado y proporcionado una imagen totalizadora, pero a la vez que no haya estado omnipresente para que el deseo pueda instaurarse.

Si un niño no puede ejercer ese poder que supone apropiarse, dominar aquello que necesita aprender y se queda atrapado en una posición pasiva frente al otro, presentará dificultades para adueñarse de sus movimientos para escribir, para armar y desarmar palabras y sonidos y romper saberes previos para adquirir otros nuevos.

Este tipo de dificultades tiene su correlato en padres cuyos vínculos con sus hijos no favorecen la consolidación de estos hitos a nivel de aprendizaje porque perpetúan vínculos infantiles que obturan cualquier tipo de deseo de crecer e impiden asumir un papel activo en el aprendizaje. Los procesos de simbolización requieren haber pasado por una experiencia de ausencia, pero en la realidad a menudo nos encontramos madres que lo ocupan todo y que más que acompañar en el crecimiento, se anticipan rellenando cualquier agujero que supone la presencia de ese hijo como un otro diferente, haciendo que cualquier demanda por parte de él quede borrada o fusionada a la suya.

Para llevar a cabo sus funciones correctamente, los padres tienen que poder permitir un adecuado proceso de triangulación que ordene las relaciones intrafamiliares. Una dialéctica adecuada entre ambas funciones es posible cuando hay un padre que transmite una función de corte en esa relación de goce entre la madre y el hijo y a su vez una madre dispuesta a renunciar a ese idilio con su hijo, permitiendo que éste ocupe un lugar de exclusión de esa pareja que permita el establecimiento de la diferencia generacional.

Sin embargo, observamos con bastante frecuencia una alteración de esos lugares en dinámicas familiares donde los hijos no ocupan ese lugar del tercero excluido quedando atrapados en las relaciones parentales y dando lugar a situaciones, por ejemplo, donde el hijo duerme con su madre y cuyo padre queda fuera de esa pareja madre-hijo. O hijos en posición de adultos cuidando de unos padres-niños. Situaciones todas que responden a una falta o ausencia de Ley. Como se señala en el "Quehacer con los padres":

...muchas veces no está la función que ordena y discrimina y nos encontramos a un padre como observador pasivo que no impone la interdicción, que no impone la Ley, ni destrona al hijo, porque a través de la unión de éste con la madre, logra la restitución de aquel narcisismo perdido (Caellas et al., 2010).

Como consecuencia de ello nos encontramos, por un lado, a hijos con dificultades para tolerar la frustración, la espera, que se vuelven tiranos porque no han podido acceder a esa primera exclusión necesaria para la estructuración de cualquier psiquismo; y por otro, a padres indefensos, incapaces de asumir un lugar de autoridad y que refuerzan los vínculos narcisistas con sus hijos a la vez que manifiestan un sentimiento de culpa asociado a ello. A niveles extremos esta problemática no resuelta dificultaría la capacidad sublimatoria y el desarrollo de procesos secundarios del pensamiento y del lenguaje necesarios para entrar en la latencia.

Y aquí es donde nuestro trabajo con ellos tiene gran importancia al poder profundizar sobre las historias de estos padres como hijos. Gracias a la construcción de enlaces podemos entender lo que se repite de sus propias historias, ahora en la relación con su hijo/a. Siguiendo al "Quehacer con los padres":

Construimos enlaces y deconstruimos el tejido de la filiación que es un entramado simbólico complejo, por cuanto abarca varias generaciones sucesivas, movidas todas por el encuentro entre el deseo y la ley [...] será de crucial importancia el desmontaje de los emparejamientos y relaciones que dejan atrapado al hijo en el narcisismo dificultando el pasaje a la castración y el Edipo (Caellas et al., 2010)

Las hipótesis que iremos generando con ellos a través de la reflexión, permitirá a estos padres conectar con una mirada diferente sobre el padecer del hijo, permitiéndoles diferenciar lo que pertenece al hijo de lo que les es propio como producto de transmisiones transgeneracionales.

En esta etapa comienza a cobrar importancia la salida a lo exogámico. Tras el desenlace edípico, afirma Urribarri que el Trabajo de la Latencia es el primer movimiento exogámico ya que el niño tiene que renunciar al deseo incestuoso. Este proceso de desplazamiento e inserción en lo social implica la gradual separación de los padres.

En situaciones normales, la experiencia edípica tiene como consecuencia la renunciar a ocupar un lugar que no corresponde al niño. Esta frustración que supone una pérdida y que es fundante de psiquismo, se hace posible gracias a la función paterna que permitirá la salida al mundo a través del deseo, un mundo que se va volviendo más atractivo para el niño.

Pero a veces, encontramos dificultades para poder hacer esa renuncia y ese movimiento hacia afuera se vuelve amenazante y peligroso. Ese es el caso de Rodrigo, de 11 años que ante cualquier posibilidad de

quedar y salir con amigos lo vivía con mucho miedo sintiendo que todo era peligroso. Me decía:

¿cómo voy a salir?, ¿y si me roban o me secuestran?

Porque para poder salir de casa se necesita poder renunciar a lo que pasa dentro, en este caso, un adentro con hermanos con los que tenía que compartir a mamá. La dificultad para poder desinvertir parcialmente los objetos primarios debido a una relación muy fusional con la madre, hacía muy difícil poder redirigir lo pulsional a otras relaciones fuera de ella. Los padres comentaban:

¡Nosotros hacemos todo lo posible para que salga, pero él no quiere!

Porque si no ayudamos a los padres a poner el foco en aspectos de los cuales ellos no son conscientes, no podremos desarticular aquellas cuestiones del vínculo que perpetúan esas conductas como la de Rodrigo. No era suficiente con animarle a que pasase la tarde con amigos fuera de casa, sino que había un trabajo más profundo que ellos tenían que hacer y que pasaba por ordenar los lugares en una familia cuya función paterna estaba muy ausente. Una función paterna que dejaba vía libre para que Rodrigo fuera la pareja de mamá. ¿Por qué salir a buscar fuera cuando uno lo tiene todo dentro? La posibilidad de reubicar los lugares fue posible cuando pudimos establecer las conexiones con sus propias historias donde ellos, al igual que Rodrigo, habían sido pareja con sus respectivas madres y donde encontrábamos también padres ausentes. La comprensión de esa repetición y la reubicación de los lugares por parte de los padres permitió, no sólo este pasaje hacia fuera por parte de Rodrigo, sino el empoderamiento de unos padres que se sentían muy perdidos. El caso de Rodrigo es el caso de tantas familias donde no está instalada la ley que prohíbe la satisfacción incestuosa del deseo permitiendo vehiculizar ese deseo hacia otros objetos.

Pero también encontramos familias cuyos hijos empiezan a mostrar signos de separación, de querer estar más con amigos y son los padres los que dificultan ese deseo. Padres que no toleran estar excluidos en nada que tenga que ver con sus hijos y mantienen una actitud controladora a través del teléfono móvil, con geolocalización o mensajes continuos, padres sobreprotectores con dificultades para excluir al hijo, pero también para estar ellos excluidos dificultando cualquier experiencia extrafamiliar de sus hijos. También en relación con la terapia donde vemos la dificultad de los padres para estar fuera del espacio terapéutico de sus hijos. En este sentido podemos encontrar manifestaciones de la rivalidad con nosotros que tendremos que poder escuchar y desarticular para que no se actúe por parte de los padres y pueda ser motivo de interrupción.

Todas estas cuestiones que iremos detectando durante las entrevistas, serán parte del trabajo que realizaremos con ellos. Durante el proceso terapéutico los acompañaremos y acogeremos sus angustias para

que puedan ir atravesando el duelo ante la pérdida que supone permitir el crecimiento del hijo. Los padres tienen que favorecer este proceso de autonomía a través de la transmisión de afecto y límites. Este proceso que aúna la prohibición, pero también la seguridad, permitirá que el niño se sienta confiado en otros contextos extrafamiliares como la escuela o en las relaciones entre iguales sin angustias ni ansiedades.

En la actualidad, tal y como señalan diferentes autores, como Joseph Knobel (2017), encontramos que la latencia llega tarde o con muchas dificultades porque no se instaló la represión necesaria y las fases previas de la libido no terminan de estar latiendo, manifiestas, en su vida cotidiana. Como consecuencia nos encontremos con latentes hiperexcitados. Los casos más frecuentes son aquellos niños que se engloban bajo el diagnóstico de trastornos por déficit de atención e hiperactividad. En todos ellos encontramos fallos en la estructuración de la subjetividad como dice Janin, y una incapacidad para controlar los impulsos sexuales.

Para Freud (1905) el Yo en el Periodo de Latencia tiene la tarea de empezar a regirse, en el aparato psíquico, por el predominio del principio de realidad. Sin embargo, en estos casos vemos como el principio de placer prevalece sobre el de realidad encontrándonos un aparato psíquico con problemas para descargar por medio de la sublimación, quedando así un malestar a consecuencia de la libido que queda flotando en el aparato y que termina desplazándose a otras conductas.

El caso de Luis de 11 años es un ejemplo de tantos niños diagnosticados de TDH con una conducta muy disruptiva. La madre comentaba entre risas las ocurrencias de su hijo cuando, a modo de seducción, le mostraba lo que le había crecido el pene, o en otras ocasiones cómo le declaraba su amor por ella como si fuera una niña de su edad. Ante estas conductas la reacción de la madre sin ser consciente de lo que suponía, era dejarse seducir y aunque regañaba a su hijo, no lo hacía con la firmeza necesaria para dejarle claro que ella no podía ser la destinataria de ese deseo. Los problemas de pareja también suelen estar en la base de vínculos familiares donde nadie está donde debería, dejando una brecha por donde los hijos se cuelan y que producen un emparejamiento con alguno de los progenitores. En el caso de la madre de Luis las carencias afectivas derivadas de una relación de pareja insatisfactoria, provocaba que éste ocupara un lugar que no le correspondía, provocando una erotización en la relación madre e hijo y la hiperexcitación asociada a ello. Nuestro trabajo en estos casos pasará por transmitir a los padres la importancia de que los hijos no ocupen el vacío que deja una relación de pareja cuando hay conflicto entre ambos progenitores, evitando que los menores hagan pareja con alguno de ellos y eso les coloque en un lugar que no les corresponde.

Encontramos multitud de relatos donde uno de los padres, generalmente la madre, mantiene una relación con el hijo claramente erotizada, donde no se ha puesto un límite a la pulsión sexual para que pueda quedar

reprimida y orientada a otros objetos. Una madre me contaba que solía invitar a su hijo a su cama cuando el padre no estaba y que a veces le saludaba dándole una palmada en el culo, a lo que el niño le respondía, con mucha lógica, que por qué él no podía hacer lo mismo con ella. A través de esta erotización de la relación con el hijo, éste quedaba sin la protección que otorga la función paterna para evitar quedar atrapado en un lugar de objeto de satisfacción de la madre con la sobreexcitación correspondiente. Conductas como estas y que los padres cuentan de manera espontánea en las sesiones, no son inocuas y nos dan información de cómo es el tipo de vínculo, un vínculo que será objeto de reflexión con ellos.

Freud (1917) señala que la sociedad tiene la tarea de domeñar la pulsión sexual con el objetivo de posponer su desarrollo pleno hasta que el niño haya alcanzado cierto grado de madurez intelectual. Pero vemos como en muchas familias esto no es posible como decíamos, porque no se ha puesto límite a la satisfacción incestuosa que tiene como destinatarios los objetos primarios papá y mamá. A la vez también encontramos hoy en día un exceso de estímulos erotizantes presentes en la sociedad y cuya cultura avala y rodea al niño con contenido sexual, como por ejemplo la facilidad para acceder al consumo del porno en edades cada vez más tempranas.

En definitiva, en la actualidad vamos a encontrar un Período de Latencia que se encuentra sobreexcitado y que va a dificultar la tarea de sublimar debido a la ausencia de los diques anímicos necesarios que ayuden a canalizar los impulsos sexuales. A través de esta sintomatología se manifiesta la demanda inconsciente del niño que busca una vía para poder ser escuchada. Y en muchos casos, serán los problemas de aprendizaje los que, acompañados de esa hiperexcitación, actuarán como señal de alarma porque el fracaso escolar se hace más intolerable y fácil de detectar para los padres que el proceso psíquico causante de esa conducta.

También encontramos períodos de latencia donde todo está mudo, niños calificados por los padres como *“que no dan ningún problema, son buenos, estudiosos, no se enfadan...”* y que, sin embargo, necesitan hacer síntoma para poder ser escuchados.

El proceso terapéutico ayudará a construir una identidad más allá de toda sintomatología, que arrasa con la subjetividad y que reduce al niño a una identidad alienante. Por su parte, el trabajo con los padres pondrá las bases para una nueva relación con el hijo, les ayudará a entender cuáles son sus necesidades afectivas y la función que cumple la sintomatología, sabiendo que generalmente viene a mostrar aquello reprimido en los padres y que ahora vuelve en forma de síntoma, un síntoma intolerable para ellos.

Más allá de todas las cuestiones relacionadas con lo que pasa durante el período de Latencia, debemos tener en cuenta también lo que pasa dentro de la terapia durante este proceso. Por una parte, nos encontramos al latente que generalmente no tiene conciencia del

problema y son los padres los que consultan haciendo que se sienta poco motivado. De parte de los padres, si no ofrecemos una perspectiva diferente a lo que le pasa al niño ayudándoles a comprender el proceso psíquico que hay detrás, en los casos donde haya problemas escolares, las entrevistas con ellos pueden ser complicadas porque supeditarán la continuidad de la terapia a la mejora académica. Por eso es tan necesario que la demanda inicial de ayuda vaya modificándose a medida que pongamos el foco en otras cuestiones más allá del síntoma y si no es así, nos encontraremos en un futuro cercano, en un callejón sin salida con ellos. Cuando les ayudamos a entender más allá de la sintomatología, es más fácil para ellos entender y confiar en el proceso.

Como conclusión, podemos afirmar que el trabajo con los padres necesita de un tiempo imprescindible para que los cambios puedan realizarse. Por nuestra parte, los acompañaremos para que puedan ir tolerando esos cambios que su hijo vaya realizando, y que les colocará en otro lugar como padres. Un lugar que no sea fijo, que sea maleable, flexible y que vaya respondiendo a las necesidades que el hijo va requiriendo en cada etapa. En este proceso esperamos que ellos puedan ubicar a su hijo como alguien diferente a ellos, con un espacio propio para poder ser, favoreciendo nuevas identificaciones, necesarias en este período, con otras figuras (maestros, pares...) porque el trabajo de latencia es un momento para el enriquecimiento del tramado identificatorio.

El camino a recorrer no será fácil, será necesario un buen vínculo de trabajo con ellos que permita pasar de un primer momento de incertidumbre y angustia a otro donde la comprensión de la situación les permita tener un rol más activo, con herramientas para poder pensar sobre la relación con ese hijo.

Bibliografía

Caellas, A. M., Kahane, S., & Sánchez García, I. (2010). *El Quehacer con los padres* (HG Editores, Ed.).

Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual: Vol. VII* (Amorrortu).

Freud, S. (1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III): Vol. XVI* (Amorrortu, Ed.).

Freud, S. (1932). *Conferencia Nº 34. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis: Vol. XXII* (Amorrortu Editores, Ed.).

Janin, B. (2000). El aprendizaje y los trastornos de atención, memoria y elaboración. *En Actualidad Psicológica, Nº 282*.

Knobel Freud, J. (2017). Cuando no se instala la latencia: niños hiperexcitados sexualmente. *Revista de psicoanálisis con niños Fort-Da, Nº 12*.

Urribarri, R. (1999). Descorriendo el velo sobre el trabajo de la latencia. *Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina (A.P.A.), 56-Nº1*.

Sobre la autora:

*Belén Alonso es Psicoterapeuta psicoanalista acreditada por FEAP (Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas).

Miembro vocal de la Sección de niños y adolescentes de FEAP.

Especialista en Psicodiagnóstico con técnicas proyectivas y Rorschach.

Miembro de la Comisión Directiva y Docente en AECPNA.

¿Y los padres en la adolescencia de los hijos? La dialéctica adolescencia - envejecencia



Luisa Marugán Sáenz.*

...." Ser madre o padre es el mayor acto de coraje que alguien puede tener, porque es exponerse a todo tipo de dolor, principalmente de la incertidumbre de estar actuando correctamente y del miedo a perder algo tan amado. ¿Perder? ¿Cómo? No es nuestro ¿Recuerdan? Fue Apenas un Préstamo.

(Atribuido a J. Saramago)

Llegamos a la adolescencia, momento de la vida en que como al principio de su existencia, el adolescente se siente muy desvalido, invadido por sensaciones corporales y sexuales que le asustan y no sabe cómo manejar. Sabe que ha habido un recorrido, pero él antes tenía en quién mirarse, deseos de otros con los que se identificaba y le proporcionaban seguridad, ahora se siente extraño, en la búsqueda de una nueva identidad, de autonomía, de definición sexual. Tiene que vivir duelos relacionados con la pérdida del cuerpo infantil, de los padres de la infancia y de su identidad del niño que fue y que a veces se sigue manifestando, sin darse cuenta.

Siempre ha tenido a alguien que le diga lo que tiene que hacer, alguien que le guíe, no sabe cómo continuar, pero sabe que no le vale lo de antes. ¿Cómo hará para continuar la aventura de la subjetivación? ¿Tendrá que continuar solo? ¿Qué lugar tendrán las figuras de los padres?

Momentos de vacío, de dolor, de frontera entre la autonomía y la dependencia. Sabe que tendrá que ser el autor de su relato, y las páginas escritas de su vida, acudirán como signos a los que habrá de darles un sentido, pero le invade la incertidumbre. ¿Sabrá proseguir? ¿Tendrá palabras que le permitan seguir escribiendo su historia? De momento está extraviado, aunque añora y desea esas vivencias infantiles que le proveían de seguridad y la certeza de su ser, ahora parecen perdidas... pero nosotros sabemos que tendrá que hacer un trabajo psíquico de apropiación de lo infantil que le permita poder representar psíquicamente lo que le está sucediendo, transformando los lazos infantiles con las figuras parentales.

Las características de esta crisis ocurre en un estado de interdependencia con las relaciones intrafamiliares, con la sociedad y la cultura.

Durante este período crítico el comportamiento del adolescente se puede convertir en agresivo, impulsivo,

inestable. Manifestaciones como la rebeldía, la prepotencia, el desafío a la autoridad estarán presentes y serán producto de la fragilidad del yo, la intensidad de su vida pulsional y de las transformaciones intrapsíquicas que debe llevar a cabo.

¿Y a los padres cuando los hijos entran en la adolescencia qué les ocurre? Podemos formularnos una serie de preguntas...

¿Qué nos traen a la consulta? ¿La pregunta por la identidad es sólo del hijo?

¿Quiénes son como padres, cuando todo el entramado narcisista construido a lo largo de años ya no se sostiene?

Aunque los padres tengan conciencia de las características de este momento vital de sus hijos, aunque sean comprensivos, ellos pasan por este período con una gran cantidad de dudas, miedos, incertidumbres, celos, rivalidad junto con admiración, y alegría por el crecimiento de sus hijos....

Veamos cómo vienen con sus preocupaciones, a que los escuchemos, a veces incluso en la llamada telefónica, se percibe la intensidad de su agobio.

Cuando acuden a nuestra consulta vienen angustiados, con una gran sensación de impotencia, lo han intentado todo y ya no saben qué hacer. Nada parece ser suficiente para que ese hijo continúe su vida. Vienen con un desasosiego, quizás en parte derivado del difícil equilibrio en el que caminarán como funambulistas. Buscando el equilibrio en esa delgada línea que supone transitar entre la extrañeza y el reconocimiento de ese adolescente que entra en el espejo familiar con un guion no previsto, produciendo efectos en los padres, obligando a cambios inesperados y que ponen en riesgo la dinámica familiar.

Ellos aún ignoran que su sufrimiento no sólo se deriva del dolor o el enfado por su hijo adolescente por el que consultan, irán comprendiendo de qué se trata a través del abordaje diagnóstico junto con nosotros. Los aspectos de su propia conflictividad de ellos como hijos, como adolescentes que fueron y ahora como padres de ese hijo que nos traen y que están interfiriendo en su función de padres en la actualidad.

La consecución de las tareas de Filiación y Sexuación que el adolescente debe realizar para poder acceder a una subjetividad de pleno derecho no es tarea fácil y supondrá un recorrido complejo, que involucra a padres e hijos.

Intentaremos comprender el ENTRAMADO NARCISISTA y la dinámica que subyace a todo este malestar que escuchamos en un primer momento, en la extrañeza sentida de ambas partes del espejo familiar. ¿Quién soy? Se preguntará el adolescente, y los padres: ¿Quién es ese desconocido que tanto nos inquieta y qué representa? Tendríamos ahora que añadir otra pregunta ¿Quiénes somos como padres de ese adolescente que

nos interpela y cómo podemos acompañarle?

Esta extrañeza se deriva de la ruptura de lo transitado en la infancia, tanto para el adolescente como para sus padres y la dificultad de representación de este momento por el desbordamiento pulsional que supone para ambas partes. Así como el nacimiento implicó el advenimiento de un extraño, contenedor de lo "umheimlich" "lo no familiar", la adolescencia, hará retornar ese contacto a través de las novedades corporales y psíquicas que traen los jóvenes, que se traduce en esos sentimientos de extrañeza que se producen en ambas partes especulares.

Este monto de extrañeza va a depender de los lugares y relaciones mantenidos durante la infancia del adolescente y con aquellos que los padres han mantenido con su adolescencia y con sus propios padres. Veamos qué queremos decir y lo que subyace en la dinámica de este momento vital. Extrañeza que por otra parte es imprescindible para poder advenir a ser un Sujeto de pleno derecho.

La adolescencia de alguna manera consistirá en una retroacción, que si bien no repite lo sucedido en la infancia induce a una reviviscencia de las experiencias traumáticas precoces. Las carencias, insuficiencias de los primeros años, son reactivadas por el impulso de la pubertad, con el rebrote de la pulsionalidad.

Esto significa que, a partir de este momento, podemos colegir retroactivamente las inscripciones y traumas que permanecieron mudos y que en este momento adquieren significación y efectos patógenos. Como señala Kancyper "Aquello que se silenció en la infancia, aparece a gritos en la adolescencia". Pero posibilitando nuevas significaciones y transformaciones. Resignificando lo no elaborado o elaborado parcialmente en su infancia. Recordemos que el adolescente aún se está estructurando psíquicamente, lo cual convierte este momento en un momento prínceps para continuar a la vida adulta con un relato propio.

Vemos entonces que las relaciones del adolescente y sus padres no dependen tanto de la actualidad. Por un lado, depende de la prehistoria del sujeto que alude a la gestación, período en el cual los padres han volcado expectativas y se han forjado ilusiones que esperaban que se cumplieran. "His majesty the baby". Por otro lado, del entramado de lugares establecido en la infancia y en este momento con aquello que los padres han podido mantener de su propia adolescencia y con sus propios padres, representando por tanto una etapa de duelos, angustias, pero también de alegrías por el crecimiento del hijo, que a veces aparecen borradas frente a la aparición de la dificultad en la dinámica familiar, por aquellos aspectos no elaborados de su propia estructuración.

Las transformaciones corporales de los hijos reavivan sentimientos de naturaleza edípica, que deberán ser sublimados o reprimidos.

La adolescencia del hijo activará los movimientos

que han tenido respecto de sus padres, debido a la turbulencia que vuelve a resexualizar los vínculos edípicos. La presencia del hijo sexuado reactiva el complejo de Edipo de los padres. Éste sobredeterminará el del hijo y los fallos de elaboración pueden tener consecuencias de mucha importancia, pudiendo conllevar borramientos de la diferencia generacional, impidiendo la filiación, que es una de las importantes tareas de la adolescencia. El proceso de subjetivación e historización no puede efectuarse sin situarse el sujeto en relación a la diferencia generacional, a los movimientos identificatorios, a preguntarse por su origen, en un trabajo de apropiación, de afiliación.

Ese encuentro con el “otro” adolescente se vuelve un esfuerzo desmesurado a realizar y forzará a que los padres tengan que realizar un trabajo psíquico de su conflictiva e incluso de sus identificaciones preparentales.

Debido a la reactivación y resignificación de sus propias adolescencias, además de que coincide con menopausia en la madre y envejecimiento de ambos es que podemos pensar en la dialéctica Adolescencia-Envejecencia.

¿Qué significa esta crisis narcisista en los padres?

La conmoción generada por la pubertad en una generación, pondrá en movimiento a menudo con el desconocimiento de los protagonistas, viejas cuestiones sepultadas, secretos familiares a veces de varias generaciones, desmentidos, olvidados y desplazados a cuestiones actuales y proyectado en el hijo adolescente, no permitiéndoles verlo como sujeto y no pudiendo ser reconocido en su alteridad.

Vamos a reflexionar a través del caso de Pablo:

Unos padres consultan porque están desbordados por la adolescencia del hijo. Pablo, que tiene 14 años, es el mayor de tres hijos. Así dirán “Se nos ha ido de las manos”. Y nosotros al escucharlos pensamos cuál será ese miedo y cómo los involucra a ellos, como padres. ¿Qué lugar le habrán otorgado a Pablo en su fantasmática? Comentan que ha empezado a salir y se comporta de una manera que no reconocen. Se les volvió “un extraño” Fiestas, alcohol, tabaco, marihuana. “Miente”, “Tiene justificación para todo”. Nos ha hecho quedar mal en el colegio, problemas con los profesores. “Todo el tiempo, quiere llamar la atención”. No sabemos qué le ha pasado, él aprendió a leer a los cuatro años, tiene alta capacidad y ahora parece que no le interesa nada. Hasta hacía poco, él era demandante con ellos, ahora se aísla. “Me escribía notas”, “Mamá no te vayas”, dirá la madre con cierta nostalgia. Entonces no daba problemas, seguía siendo “El nene de mamá.”

Ha tenido encontronazos con los profesores, “Es un manipulador”, como toda persona inteligente, apuntará la madre.

Están decepcionados. A lo largo de las entrevistas

se repite la palabra “decepción”, que como veremos tendrá diferentes contenidos para cada uno de los padres. “No sabemos cómo ha salido así”, “Me ha decepcionado profundamente” dirá el padre. “No ha cogido ninguno de los valores que le hemos transmitido”, argumenta el padre, como si el tiempo de formación se hubiese terminado.

Como vemos por sus palabras hablan de él como un adulto, sólo tiene 14 años casi recién cumplidos y pareciera que ya es un adulto fracasado. “No tiene seguridad”, como si Pablo tuviera que seguir en el Yo-Ideal y continuar en ese lugar imaginario de proyección que el padre habría fantaseado con respecto a este hijo y ahora trasladada al siguiente hijo. “Él todo lo hace bien”, cumpliendo a la perfección su demanda.

Para la madre, “Su niño”, ya no la reclama, salió de ese lugar falo-narcisista en el que estaba ubicado, para convertirse en un desconocido.

Nosotros al escucharlos pensamos en la dificultad de Pablo de tener apoyo y contención con estos padres tan “decepcionados” por los ideales que han proyectado en él y ahora deben retirar y hacer el duelo correspondiente a esa pérdida, que les resulta tan dolorosa. No sólo por la preocupación, sino por todo lo que está en juego de ese entramado, que también deben elaborar, transitando por los duelos correspondientes.

Veamos qué dice Pablo:

“Yo estoy mejor que el año pasado y doy más importancia a los estudios. En el colegio tiene problemas de comportamiento. “No soy de los que piensan que tiene que callarse” “No entiendo la manera de pensar de ellos, ni las normas, ni su forma de pensar”. En casa me ocurre igual, “Tengo una manera muy diferente de pensar a la de mis padres”.

Al hablar de su familia, dirá que le exigen mucho, “Están encima y me agobian”. A veces pienso como si mis padres nunca hubieran sido adolescentes. Digo yo que también habrán tenido mi edad, aunque me hablan como si no. Todo lo han hecho perfecto, yo lo hago a mi manera”.

Al pedirle un dibujo libre, dibuja un grafiti, escribiendo la palabra “Owner”, palabra que describe lo anteriormente expuesto por él. A dueñarse de sí mismo, buscar su propio camino y su deseo, pasar de “Qué quieren de mí a qué quiero yo”

Historias Familiares

Al indagar en las historias familiares resulta que, en sus adolescencias, no hubo ningún movimiento como el que ahora viven con su hijo, ni oposición, ni rebeldía, no recuerdan nada especial.

Vivieron situaciones muy traumáticas que han sido olvidadas y que pasaron como si tal cosa. La madre tuvo un padre alcohólico, con muchas dificultades

familiares que acabó en un trágico desenlace. No lo recuerda como tan traumático, fue el año que sacó mejores notas.

El padre, recuerda que en su adolescencia su madre estuvo deprimida, él ahora también lo está, pero ahora él no lo recuerda como algo importante, pero sí al mencionarlo. “Yo procuraba no dar disgustos”.

Vemos cómo aquellas historias propias son proyectadas y esperaban que Pablo repita, “No dar problemas” y seguir comportándose como “de pequeño” o “como ellos” que pudieron vivir su adolescencia sólo parcialmente. “Esos sí eran problemas”. Recordemos su demanda : “Estamos desbordados” y “Muy decepcionados”.

Su hijo demanda adueñarse de sí. Ellos esperaban que su hijo se comportara a imagen y semejanza de ellos, no lo pueden acompañar en ese recorrido, no lo pueden ver en su alteridad, se debería comportar como ellos en su adolescencia. “ A él no le ha ocurrido nada”. Pero Pablo necesita adueñarse de “sí” y poder salirse de esa complicidad incestuosa gozosa que los envuelve, no permitiéndole construir-se, y continuar su aventura de subjetivación.

Como vemos, esta conmoción convierte esta etapa en un período de grandes turbulencias tanto para los padres como para el adolescente.

Veamos cómo se produce la dinámica. La pubertad, con el rebrote pulsional reactualiza de nuevo el deseo y el conflicto edípico, con la gran diferencia de que en este momento se torna realizable. El modo de organización que estaba bajo el signo de la represión de la pulsión vuelve a ser reinvestido, tuvimos que desexualizar a nuestros padres y ahora se vuelven a sexualizar, terminando con un renunciamiento al goce incestuoso sexual infantil en ambas partes especulares, permitiendo que Edipo destrone a Narciso.

Freud, en la “Metamorfosis de la Pubertad” dice así: ...”Contemporáneo al doblegamiento y desestimación de fantasías claramente incestuosos se consuma uno de los logros más importantes, pero más dolorosos de este período: el desasimiento de la autoridad de los progenitores, el único que crea oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua”.

Dos tiempos de nuestra constitución psíquica se reeditarán en la adolescencia, Narciso y Edipo tanto en el adolescente como en los padres.

Es en ese encuentro de los tres narcisismos, que, si está insuficientemente elaborado, se reabren heridas que no permiten continuar, y producen mucho dolor y sufrimiento, a veces irrepresentable. Su resignificación deberá permitir profundas reorganizaciones, retranscripciones, reescrituras que el adolescente realizará a partir también de nuevas experiencias de la realidad y que involucran tanto lo intra- psíquico como lo intersubjetivo en un importante trabajo de

simbolización.

En lo familiar cada uno deberá atravesar duelos en las dimensiones narcisística y edípica.

En el intento de separarse o diferenciarse del deseo del “Otro” familiar, en la búsqueda del propio deseo donde antes se ubicaban los imperativos parentales, podemos entender que el pasaje de “dejar de ser, sin ser aún”, como señala Marucco, produce un intenso desasosiego y dolor en ambas partes especulares. En ese punto la actitud de cercanía o distancia en los padres cobra un sentido especial.

Así como los padres fueron necesarios para la conformación de la conflictiva edípica, ahora son necesarios para que el hijo pueda acceder a la elección de objetos sexuales no incestuosos y cumplir con las tareas propias de este momento de su estructuración psíquica.

Ahora bien, esta nueva situación supone un gran dolor para los padres porque deberán de renunciar a la posesión del hijo, cuestión que involucra aspectos muy angustiosos porque interpela el lugar otorgado a ese hijo en su economía psíquica y les recuerda que el hijo no les pertenece.

Decía una madre a su hija, con gran dolor : ¿Por qué te has cortado el pelo así, si sabes que no me gusta? Vemos de qué forma se expresa en lo cotidiano esa sensación de que el cuerpo infantil pertenece a la madre. Ella decidía, ahora no puede entender cómo esa hija decide por ella misma mostrándole que es dueña de su cuerpo. Para esta madre, su hija debe seguir siendo la hija a la que se posee y por tanto se dirige, no a la que se acompaña.

Vemos entonces que lo puberal y la adolescencia del hijo plantea a los padres una exigencia de trabajo para poder otorgar representatividad a esta nueva situación, que se complica debido a la reactivación de sus adolescencias, coincidente con el envejecimiento.

Hablamos de Adolescencia- Envejecencia, que sería como hablar del encuentro de tres narcisismos : Padre- Madre- Hijo/hija.

Tanto a nivel de la conflictiva adolescente, como de la crisis parental, vemos que la incapacidad de ellos para elaborar su problemática frena y determina el proceso de subjetivación adolescente.

El objeto de apuntalamiento parental es una necesidad en este momento de la vida. Un objeto al que se pueda agredir y no dé muestras de haber sido destruido. En tal sentido toda autonomía precocemente acordada, es un acto de violencia ejercido sobre la vida psíquica del adolescente ya que le niega la posibilidad de un marco protético en este momento de máxima vulnerabilidad narcisista que requiere ser resignificada.

Los padres siguen siendo figuras de investimento y soporte narcisista . El adolescente necesita a las figuras parentales, que son figuras del presente y del

pasado, cuestión que conviene no olvidar en el trabajo terapéutico con ellos, padres e hijos. ¿Qué queremos decir? El mejor exponente será un texto de una adolescente de 13 años, que se titula, “Nunca Jamás”, dice así:

“Si alguna vez tuviera que irme de casa, cosa que no creo, no dudaría en irme a un sitio donde nadie me dijese lo que tengo que hacer, que no hubiese modas ridículas, y que no hubiese un modelo de persona a seguir. Que nadie te dijese cómo ser y menos aún qué tienes que crecer. Crecer es duro; y para ser vaga es una mierda. Pero a lo mejor no es que no he crecido, es que no lo quiero hacer, pero lo debo hacer en una cierta forma”.

“Nunca me escaparé de casa, pero cada noche, abandono mi casa para irme a un sitio donde siempre seré pequeña y donde nadie me diga cómo debo ser y que nada necesite explicación. Que las cosas sean así y punto. Pero... sólo duermo 9 nueve horas. Nueve horas me tendrán que bastar para vivir de esa forma, porque el resto del tiempo tengo que vivir siendo Estefanía, que tiene que vivir una vida humana y tendrá que aprender y enseñar cosas. Pero si algún día me dieran a elegir un deseo, desearía irme a ese país”.

Estefanía nos muestra en este texto, la difícil tarea de crecer, de tener que afrontar cambios para los que no se halla preparada, aunque tiene el deseo de apropiarse. “Que nadie le diga cómo tiene que hacer” “Un modelo propio” “No tener que ser como...se espera que sea. Poder salir de Qué quieren de mí a qué quiero yo. Pasaje del yo-ideal al ideal del yo.

Como nos muestra el texto, el adolescente tendrá que abordar de nuevo la separación-individuación, con la transformación de los lazos infantiles. ¿Qué significa transformar los lazos infantiles? Deberá abandonar parte de sus identificaciones ligadas a deseos infantiles y a la vez renunciar a la idealización de la que sido objeto.

Se enfrentará, como todo adolescente a dos tareas, por una parte, ha de alejarse del mundo de los padres y al mismo tiempo, tiene que interiorizar sólidamente rasgos de ellos y luchar con los fantasmas infantiles. ¿Significa esto que no necesita a sus padres? ¿Cómo involucrará a los padres este trabajo psíquico del hijo?

A continuación, comentaré algunos aspectos de la historia de los padres que nos permitan reflexionar sobre este encuentro de los tres narcisismos.

Los padres de Estefanía se conocieron siendo ellos muy jóvenes, adolescentes. Actualmente están separados, desde que tenía Estefanía seis años. El motivo de consulta: dice la madre: “Acompañarla en su proceso adolescente”, tiene “Actitud de ir en contra y le gusta mucho llamar la atención. Se inventa cosas, miente a los amigos. “Hace cosas trapicheando con el padre.” Al relatar la historia de Estefanía, que es hija única, la madre, se siente culpable porque “Igual no la atendí lo suficiente” aunque “Ha sido el objetivo de mi vida”.

Acude en este momento a la consulta porque “Igual se está haciendo grande”. En la prehistoria de Estefanía destaca la idea de que en la pareja “Ella lo era todo para el otro”, cuestión que parece repetirse en la relación que establece con Estefanía. Querer a un hijo no es lo mismo que poder investirlo como “otro”, no como una prolongación falo-narcisista.

En su historia personal vemos que es la mayor de varios hermanos y que hacía de “madre suplente”, mi madre era muy de reproches y me ponía muchas responsabilidades, tenía como una realidad de adulto.

El padre, un hombre con una personalidad “rara”, vive solo, fuera y casi no se relaciona con la familia. La comunicación con él es difícil, padece trastornos de tipo maniaco-depresivo. Una vez debido a un enfado con la madre desaparece durante un año y Estefanía siempre tiene miedo a que vuelva a ocurrir.

Durante el tratamiento, el padre no accedió a venir, sin embargo, era quien la traía a tratamiento, cuestión que fue muy relevante para ella, al colocarse en otro lugar que de cómplice de los “trapicheos”, en alianza simétrica.

Vemos que esta madre repite con su hija algo de su historia personal, no otorgándole a Estefanía un lugar de sujeto. Al preguntarle por la elección de objeto “Serlo todo” para el padre de Estefanía, ahora serlo todo para su hija y que su hija sea todo para ella. La adolescencia de la hija, “Se está haciendo grande” la sitúa en una crisis, que le trae su propia adolescencia, en relación con lo no elaborado de la relación con sus padres. La intervención de los padres de Estefanía es insuficiente, para acompañarla y ser las figuras que necesita en este momento para poder salir del País de “Nunca Jamás”

Si necesitamos padres para transitar por el complejo de Edipo, también en este momento de la vida los necesitamos para desexualizarlos y salir a la exogamia.

La adolescencia del hijo activará los movimientos que han tenido respecto de sus padres, debido a la turbulencia pulsional que vuelve a resexualizar los vínculos edípicos, que al sobredeterminar el del hijo, la no elaboración tiene consecuencias de gran relieve, pudiendo conllevar, como señala Kancyper, borramientos de la diferencia generacional, desafíos tanáticos y resurgimiento de seducciones parentales.

Lo puberal y lo adolescente de los hijos, como hemos descrito en el caso de Pablo y Estefanía despierta huellas de la vida de los padres y a la vez reaviva la huella de sus adolescencias y cómo resolvieron las investiduras con sus propias figuras parentales.

Como señala Rassial debido al cambio de lugar que exige, los padres pierden las referencias de su propio yo, que los ha acompañado desde sus adolescencias. Ese lugar protegido constituido al precio de compromisos y represiones secundarias se ve amenazado en su unidad y principios de funcionamiento.

Se impone un cambio de guion y además las funciones parentales se van a ver conmocionadas. Ser padre de un adolescente no es lo mismo que ser padre de un niño. El adolescente ahora no sólo necesita “ser mirado”, sino “escuchado”. Pablo lo reclama a través de un grafiti, OWNER.

Estefanía nos dice en su relato que no se siente con fuerzas para salir de ese lugar gozoso que tanto conoce y que ahora se muestra insuficiente, tendrá que transitar por los duelos que suponen la pérdida del país de “Nunca Jamás”, de la omnipotencia de ser todo para el otro, de perder lo que nunca se tuvo, para aceptar la castración, la finitud, poder acceder al mundo externo y a la elección de objetos exogámicos.

Vemos la necesidad que tienen los padres de un trabajo de reconstitución de ese yo, apoyándose en este momento en identificaciones que llamaremos pre-parentales, como hemos comentado y son remitidos a su adolescencia. Ahora pueden reencontrar aquellos deseos que antaño reprimieron y ahora escuchan procedente de otro, que es ajeno y propio a la vez. Sin embargo, se resisten y necesitan ser escuchados en su dificultad para ejercer sus funciones, porque están movilizados en sus propias conflictivas, que los hace sufrir y no relacionarse con su hijo, desde el lugar que le corresponde. Por otro lado, interrogados acerca de la función paterna y materna no pueden dejar de verse confrontados a la relación con sus propios padres.

¿Y en el plano de la relación de pareja?

Como dicen Marcelli y Braconier: “La adolescencia del hijo refleja como en un espejo la crisis parental.”

En el plano de la relación será el reencuentro, liberados del cuidado infantil de los hijos. Una pareja unida por una libido genital buena, no se verá cuestionada de la misma manera que unos padres frustrados que tenderán a colocar al hijo según la estrategia requerida por sus conflictos de pareja.

Vemos en el caso de Pablo, cómo sus padres quedan conmocionados en sus propios procesos psíquicos que les impiden realizar las funciones de soporte narcisistas y de figuras de investimento libidinal, necesarias para la resignificación narcisista y edípica en este momento de la vida del adolescente. La entrada de Pablo, como un “otro” extraño, que rechazan, él era un niño-perfecto. “No había nada que decirle” frente a la pregunta de ¿Dónde está mi hijo?, se contestarán, “Se convirtió en lo contrario”. De ser lo que era, a vago y macarra. El padre lo siente como un fracaso personal más ya que en este momento flaquea su posición profesional. ¿Cuál es el lugar de Pablo? Su madre frente a sus comportamientos, lo descalifica ¿Pueden sus padres en este momento ejercer sus funciones de soporte narcisista y de investimento que necesita para continuar la aventura de la subjetivación?

La demanda a nuestra consulta se realiza cuando la dinámica familiar no ha podido resistir la aparición de este personaje adolescente que se constituye en

“extraño”, instalándose la patologización del proceso que afecta a ambas partes: hijos y padres.

En este diálogo difícil entre el adolescente y sus padres, y en el que cada uno a su manera se siente desbordado, acuden a un tercero. Pero este no podrá más que ayudar a cada uno a descubrir sus determinaciones, no evitará un conflicto necesario y fundador, como apunta Rastall.

Pablo pide desesperadamente que alguien le ayude a salir del lugar de atrapamiento, de goce en el que se encuentra y sentirse Owner de sí mismo, para poder constituir su subjetividad.

Sus padres atrapados en su “Decepción” que da cuenta de sus fallos en la elaboración narcisística y edípica.

Estefanía, con su miedo a salir de esos lugares de “protección” “País de Nunca Jamás”, permaneciendo en funcionamiento dual que anulan su posibilidad de Subjetivación. Poder salir a la exogamia, salir de ese lugar de prolongación narcisista y poder.

Hijos y Padres, movidos por el deseo inconsciente de seguir en una posición gozosa en la que participan, en una repetición mortífera que no les permite diferenciarse, ni continuar.

Podemos decir que cuando la omnipotencia del Narcisismo cae a favor de la incompletitud, el hijo podrá continuar con su vida, sin las interferencias parentales que sostienen el síntoma y los padres salir de ese monto de sufrimiento excesivo.

¿Y nosotros cómo podemos intervenir?

Será a través de la “Doble Escucha” y la “Construcción de Enlaces”, como nos proponen Caellas, Kahane y Sánchez como estos padres se podrán retirar de la repetición narcisista que ha hecho síntoma en Pablo, pudiendo el padre salir de su condición de “decepcionado”, sufridor pasivo que no interviene y dejar el lugar de hijo a Pablo, sacándolo del lugar de falo materno para poder sentirse Owner, salir al exterior y seguir así constituyendo su subjetividad, construyendo su propio relato.

Y a Estefanía y su madre salir de la dualidad, para poder incluir al tercero que permita ese re-conocimiento desde el lugar de la alteridad, para poder acceder a ser un Sujeto con deseos propios y realizar las tareas propias de este momento vital.

Diríamos que podemos ayudar a que el dolor derivado de los fallos elaborativos puedan ser representados en la dinámica interna de estas familias, dando lugar a la posibilidad que cada uno pueda reconocer-se y re-conocer al otro, otorgando representatividad, en las tareas de ambos, hijos y padres.

Volviendo al poema del principio, para los padres sería poder poner palabras a ese dolor “extra” y a ese miedo a perder algo “tan amado”, pensando que ya no los necesita, despojándolo de ese lugar de proyección que

han otorgado a ese hijo/a, debido a sus conflictivas, para continuar con un reconocimiento de su alteridad y pudiendo acompañarlo en la conquista de su subjetividad.

Bibliografía

- Aulagnier P. "Construir-se un pasado" . APdeBA vol. XIII- Nº 3 -1991
- Caellas A. María, Kahane Susana, Sánchez Iluminada. "El quehacer con los Padres" De la doble escucha a la Construcción de Enlaces. Red. Edición.
- Dolto: "La causa de los adolescentes". Barcelona. Paidós ibérica.
- Freud S: "la metamorfosis de la Pubertad".vol.. VII. Obras Completas. Amorrortu.
- Freud: "Introducción al Narcisismo". Vol. XIV. Obras Completas. Amorrortu
- Freud: "La novela familiar del Neurótico ".Vol. IX . Obras Completas. Amorrortu
- Kancyper. "La Confrontación Generacional" Estudio Psicoanalítico. España. Lumen.
- Huerre Patrice, Renard Laurent. Parents et Adolescents, des interacción au fil du temps. Enfances Psy. Érès.
- Levinski David Leo : Adolescencia. Reflexiones Psicoanalíticas. Edit. Lumen
- Marucco Norberto. Cura Psicoanalítica y Transferencia . Amorrortu
- Rassial : El pasaje Adolescente "De la familia al vínculo social"
- Recalcati. Massimo. "El complejo de Telémaco". Anagrama.
- Tubert Silvia:" La muerte y lo imaginario en la Adolescencia" Madrid. Saltes

Sobre la autora:

*Luisa Marugán Sáenz

Licenciada en Psicología. Especialista en Clínica

Psicoanalista con formación acreditada por A.P.M

Psicoterapeuta acreditada por F.E.A.P

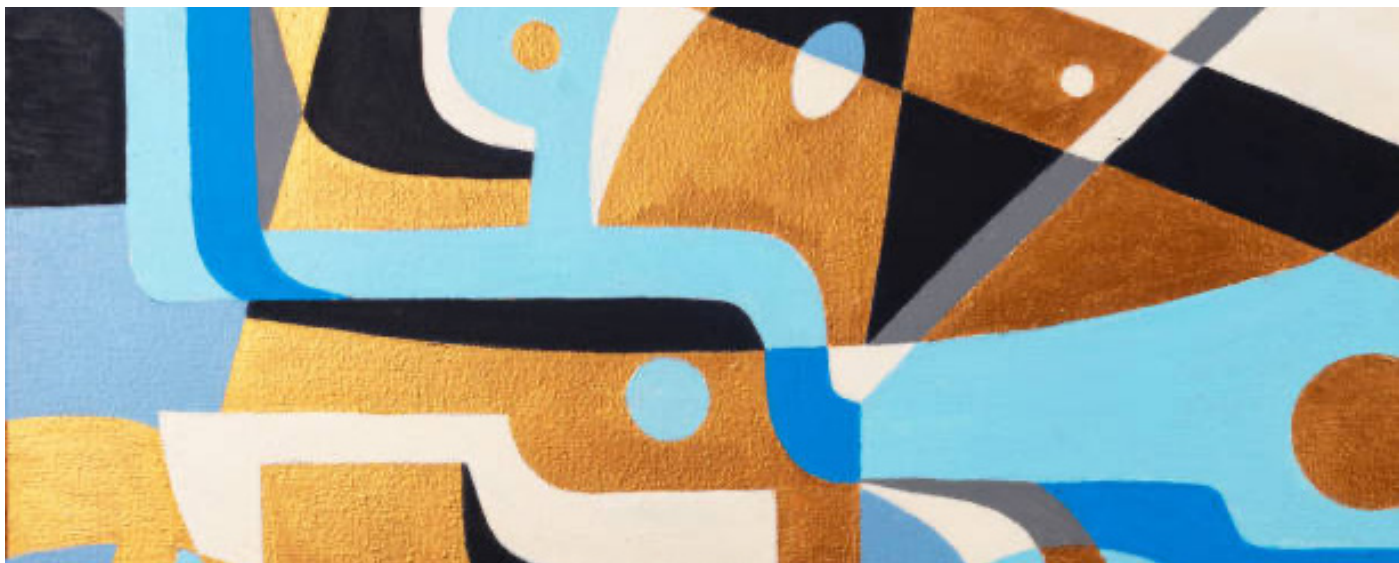
Miembro Fundador y Miembro honorífico de A.E.P.C.N.A

Docente colaboradora en el Máster de Psicoterapia de U.C.M

Docente de A.E.P.C.N.A. En el curso de Posgrado y en el máster U.E.M.C

Trabajo en consulta privada con niños, adolescentes, adultos y padres.

De la doble escucha a la escucha grupal. Trabajo con padres en la institución



*Ana Isabel Perales, Rodrigo Bilbao, Edith Bokler**

El trabajo con padres, eje de nuestra formación, tiene como fundamento las reflexiones que Ana María Caellas, Susana Kahane e Iluminada Sánchez despliegan en su libro *el Quehacer con los padres*. Una propuesta de abordaje que se desarrolla esencialmente en el espacio de una clínica individual: la pareja parental y el terapeuta. En nuestra experiencia la aplicación de la noción de la Doble Escucha y la Construcción de enlaces está presente en otros modelos psicoanalíticos de trabajo con padres, aún con sus singularidades y adaptaciones. Hablamos, por ej., de la práctica pública, con tiempos más acotados, o formatos grupales, dando respuestas más acordes a circunstancias sociales, económicas diferentes. Contamos con las experiencias de “*Grupos de padres*” en los Hospitales de Día infanto-juveniles de Madrid, de IMQ Amsa en Bilbao, o en los “*Grupos paralelos de padres*” llevados a cabo por el equipo de Eulalia Torre de Béa en Cataluña, o el “*Encuadre combinado*” de Paloma de Pablos, Juan González Rojas (AEIPPS).

Qué comparten y qué diferencia estas modalidades

Al igual que en el trabajo con la pareja parental, los padres llegan a un grupo con un gran sufrimiento, la más de las veces después de haber realizado un recorrido por distintos dispositivos de salud mental, muchas veces confundidos respecto de lo que les sucede a ellos y a sus hijos. Y si bien en ambos espacios se trabaja con las ansiedades, defensas, transferencias, etc., los tiempos y el modelo grupal en sí mismo dan cuenta de una constitución y despliegue transferencial diferente. Lo anterior no quiere decir que no existan

fenómenos de transferencia, pues como señala Freud (1912) la transferencia opera como motor en la cura analítica, pero no es propio únicamente del análisis, sino más bien le pertenece a toda dinámica humana a partir de “disposiciones innatas” para la “condición de amor” existente fuera del análisis también. Pichón-Rivière (2001) ya en la década de 1950 planteaba las diferentes dinámicas inconscientes que juegan en los trabajos grupales, a partir del surgimiento de “fantasías colectivas” acerca de lo que une al grupo (hospital, empresa, institución, etc.). Ahora bien, en un tratamiento grupal estas fantasías son necesariamente abordadas, “lo transferido serán fantasías incluidas en el establecimiento de los vínculos tempranos” (2001, P.193), lo cual sabemos no es específico de la relación terapéutica, sino del encuentro con un otro. La estructura interaccional del grupo “estimula la emergencia de fantasías inconscientes” (Ibid, p.194).

Nos proponemos mostrar el trabajo en grupo de padres desde la perspectiva del trabajo institucional en algunos Hospitales de Día. Los grupos no están concebidos como grupos de contención sin más, o psicoeducativo, sino como espacios de elaboración y reencuentro. Tanto desde la doble escucha como en la grupal trabajamos para llegar a una comprensión de cómo se fueron configurando los síntomas, y así acompañarlos en la toma de conciencia del atravesamiento transgeneracional que todo vínculo conlleva. Con ello esperamos poder detener situaciones regresivas invalidantes, la repetición sintomática legada a los hijos y el promover una mayor estabilidad en los vínculos familiares. En ambos encuadres

esperamos obtener una mejora de la relación padre-hijo, favoreciendo el pensar y la comunicación.

En el grupo la tarea es compartir las vivencias y funcionamientos psíquicos que trae la parentalidad. Ello supone un saber escuchar a otros (padres y terapeutas) para así elaborar los conflictos que aparecen en la relación con los hijos, asumiendo que en muchas ocasiones son *“producto de las carencias vividas por los padres en su infancia, y con el fin de promover una transmisión generacional menos traumática”*. Casi todos los padres del grupo comparten el estar marcados por relaciones intersubjetivas dificultosas con sus propios padres y figuras significativas.

La parentalidad que se expone y pone en juego para el trabajo de este grupo de padres, tiene como particularidad su atravesamiento- en ocasiones vivido como interferencia- por el Hospital de Día como institución, diferenciado del papel de las escuelas, colegios e IES. Es preciso no perder de vista, que la mirada sobre las dinámicas familiares en este contexto introduce un elemento de conflicto adicional. No sólo están en marcha las nuevas reorganizaciones con el hijo o hija, las modificaciones en los roles de la pareja parental, el intercambio identificatorio, etc. en el marco de la existencia de una patología grave (trastornos emocionales severos) que hiere lo más nuclear la relación familiar; sino que la intervención desde un equipo de Hospital de Día marca desde su componente simbólico de institucionalización y *“psiquiatrización”* una dificultad añadida.

El grupo de padres del HdD ofrece un espacio confiable, seguro para explorar experiencias y situaciones pasadas y presentes, que facilita entender la relación que hay entre ambas. Desde esta comprensión podrán activar o desactivar los comportamientos y mandatos construidos, aprendidos y repetidos a lo largo de la historia vital de cada uno. Este recorrer el pasado en compañía de otros iguales, inicia el camino para que el grupo pueda pensar la repetición, asomarse al efecto que conlleva en sus hijos y elaborar los aspectos conflictivos con sus propios padres, trasladados a sus hijos, desde las identificaciones y complementariedades que el grupo provee ampliando así los efectos terapéuticos. *“Se trasciende lo individual-familiar exogámico donde cada integrante del grupo puede dar nuevos aportes, visiones, modelos vinculares que transforman las estructuras individuales”*.

La capacidad de escucha del grupo abre la vía para la capacidad de escucha de esos padres a sus hijos. La doble escucha se convierte en una escucha amplificadora, múltiple pero que no pierde el espíritu esencial del trabajo con padres dándole un lugar predominante a las propias historias de estos padres, poniendo el foco en las manifestaciones de conflictos inter e intersubjetivos del niño, del adolescente y sus padres. En palabras de Caellas, Kahane y Sánchez García, este recorrido requiere de una escucha *“abierta, flexible, apoyada sólidamente en una teoría que orienta, en el caso particular del psicoanálisis con niños...”* (pg. 754).

Terapia de grupo de padres en los hospitales de día

En un Hospital de Día nos encontramos con niños patologías más graves que las que habitualmente acuden a las consultas privadas. Ello supone una mayor vulnerabilidad que generalmente conlleva una mayor dificultad en los cuidados parentales. Los trastornos mentales graves desestructuran en gran medida las dinámicas familiares. Sabemos que el nacimiento y crianza de un hijo reordena la dinámica familiar modificando los roles previos, en la búsqueda de dar un lugar físico y simbólico para el recién llegado. Si siempre hay conmoción, imaginemos la sacudida que supone en la relación familiar la llegada de un niño con dificultades graves. El edificio familiar se tambalea y necesita ser apuntalado. Como ya mencionamos cada uno de los padres llega con sus propias experiencias de vínculo y ese suele ser el modelo que padre y la madre poseen para establecer las relaciones con sus hijos. Una estructuración psíquica que tal vez les hubiera acercado a ser *“padres suficientemente buenos”* en un niño sin dificultades, se ve amenazada y desestabilizada por la patología del hijo. Y ello los lleva en ocasiones a respuestas patológicas, incomprensibles, dirigidas a un niño que no comprenden. Lo cual refuerza aún más patrones interaccionales distorsionados y escasamente adaptativos con los que el niño funciona.

La propuesta del trabajo con familias en algunos modelos de Hospital de Día es generalmente una propuesta grupal, abierta a ambos progenitores, al igual que la que reciben sus hijos. Es importante considerar los pasos que llevan a la indicación de un trabajo de terapia en grupo de padres. Resulta importante desde el inicio crear una alianza terapéutica que permitiera instalar una transferencia confiable que abarque a todo el equipo de trabajo. Partimos de la existencia de un modelo de comunidad terapéutica, donde la creación de un espacio asistencial grupal es el eje del tratamiento.

Al inicio la tarea de evaluación tiende a establecer una relación dual con el psicólogo y la psiquiatra participante. La entrada en el grupo es el tránsito hacia el resto del equipo. La modalidad intensiva del tratamiento en el HdD nos alerta como equipo el considerar la pertinencia o no de convocar a los padres a un trabajo de pareja de padres, o incluso individual. Existen también reglas de encuadre que aceptan la incorporación, o no, de tutores.

No sorprende que las primeras entrevistas anuncien un modo vincular que luego se desplegará en el grupo: padres o madres con vivencias persecutorias, o con dependencia emocional, o de desapego, que al reflejarse o contrastar en otros padres, favorece espacios de interpretación y de interpelación. El grupo hace las veces de facilitador, o actúa como catalizador, como proveedor. De esta manera, el grupo de padres recoge la confrontación con la ambivalencia y la agresividad de los padres frente al tratamiento, incluso frente a los terapeutas.

El trabajo grupal ofrece la oportunidad de entender en

el aquí y ahora las relaciones de objeto que estos padres establecen y los sentimientos que las acompañan. Entre lo compartido relatado al grupo y lo compartido escuchado por el resto de los padres y terapeutas se ponen en juego los afectos que los atraviesan. Nos encontramos con madres o padres arrebatados por los celos y la competitividad, otros por el silencio o las inhibiciones, aparecerán quienes manifiestamente dependen o están sometidos al dictado de una figura de dominio de la que no pueden escapar, se compartirán anhelos frustrados, y en los casos más graves se manifestarán sentimientos persecutorios graves, o desequilibrios y fragilidades que el grupo debe presenciar. Vivenciar “públicamente” estos afectos, fallos, desaciertos, logros es una tarea que pone a los terapeutas en una actitud de escucha activa para discriminar lo individual de lo grupal, permitiendo avanzar al grupo hacia una comprensión de sentido.

Reconocerse a sí mismos a través de la mirada de los otros integrantes del grupo da la oportunidad de significar de un modo diferente aquellas repeticiones invalidantes que se reproducían sin variación. Lo exogámico aporta una diversidad que les saca de la dimensión asfixiante en las que estaban instalados.

Qué sucede en el grupo

Hay catarsis, indiferencia, resistencias múltiples, confusión, repetición, desconexión, malestares intragrupales, cuestionamientos a los profesionales, a la institución, a los derivantes. Son padres que comparten el desasosiego, la frustración, la desesperanza, el dolor y las heridas. Ese compartir disminuye las vivencias de persecución y favorece el cambio, a través del intercambio. Comprender en compañía de otros padres signados por los mismos sentimientos de desconcierto, acompañados a la vez por la figura de uno o más terapeutas hace posible que comprendan mejor a sus hijos, que dejen de pensar en conductas para poder comenzar a hablar de los sentidos y sentimientos que están detrás de esas reacciones. Si todo va bien, comparten los pequeños logros y avances, y así las angustias de sus niños y las propias disminuyen o adquieren una medida más real. Cuando llegan por primera vez, parecen estar en una sala de espejos deformantes, donde cada realidad es única, agigantada, minimizada o descontextualizada. El trabajo en grupo les provee de una dimensión más tranquilizadora y aquietada de los fantasmas que les desbordan. Desde el *“cómo no me di cuenta antes”*, al *“ya supe desde la tripa que venía mal”*.

Entre otros padres es más difícil perder el rol de padres, dejar de pensar, aún con el dolor de hacer públicas sus dificultades e inconsistencias. Sabemos que las dificultades y patología de los hijos es el núcleo del trabajo. Abordar desde una dinámica grupal las dificultades psíquicas de los propios padres, es otra cuestión. En nuestra experiencia con el modelo que trabajamos el verdadero trabajo sobre las representaciones parentales lo aprovecharan los padres con mayor capacidad de introspección. En el marco del trabajo en el grupo de padres, la experiencia

compartida entre padres y terapeutas adquiere un carácter de revisión e intercambio de información sobre los movimientos de los padres y sobre la percepción subjetiva de la marcha de tratamiento, del vínculo con el equipo y de las angustias propias del contexto en el que se encuentran. Al no tratarse de un grupo terapéutico, al uso funciona muy bien como catalizador para contener las ansiedades que se movilizan en estos padres ante los cambios que empiezan a observar y a acontecer con sus hijos.

J. llega al grupo de niños en estado de alerta máxima. Sus vivencias persecutorias son desmedidas, su rabia, agresividad, tristeza y dolor descontroladas. Debemos diseñar un encuadre especial, para que pueda incorporarse muy lentamente a su grupo. J. y su madre se colocan en el lugar de los incomprendidos por las personas, las instituciones. Protestan y protestan. La tarea en el grupo de padres fue trabajar acompasadamente el vínculo madre e hijo para conseguir desvanecer una visión desconfiada del mundo, de características casi delirantes. Un mundo que siempre fue mostrado como un sitio hostil, plagado de enemigos. La transformación comenzó a ser posible cuando esta madre pudo establecer el suficiente lazo con los terapeutas y los demás padres para salirse de su “Jcentrismo”. Cuando pudo salir de una visión de túnel, que la colocaba en un lugar de “singularidad” absoluta en su malestar, con la consecuente sensación de soledad, compartida con su hijo. Cuando descubrió que su rabia, su enfado por acontecimientos vitales de la vida, eran asuntos que compartía con otros padres, y que su modo rabioso, paranoide de atravesarlos le habían dejado un efecto de miedo, con el cual perdió toda confianza básica. Cuando pudo comenzar a confiar en otros, en ella, en sus apoyos afectivos, J. también aprendió a confiar y a abrirse a otros sin temor a ser dañado. El grupo soportó pacientemente los desplantes y agresiones iniciales de la madre de J, acompañados del equipo terapéutico, hasta que ella pudo hilvanar trozos desperdigados de sus vivencias y trenzarlos a vivencias de otros padres.

Durante el proceso terapéutico en el Hospital de Día vamos a favorecer que los padres establezcan una relación transferencial con los terapeutas y con la institución que permita una alianza terapéutica que contenga desde el principio sus interrogaciones, su autoinculpación, o desconexión, o la búsqueda de culpables externos. Sabemos lo dificultoso que es predisponerlos y motivarlos para el cambio puesto que al tratarse de pacientes muy graves la fragilidad es enorme. La necesidad y la demanda de que el equipo terapéutico pueda hacer de contenedor de las angustias de cada uno de los padres es constante y el espacio del grupo recoge estas dificultades, constituyéndose como un espacio que aloja las múltiples escuchas y los múltiples enlaces que son, objetivo último del trabajo en grupo de padres.

Una tarea del Equipo terapéutico es aprender a conocer y diferenciar el niño de la familia que le acompaña. Debemos poder diferenciar, separar las proyecciones parentales que ocultan al niño para

conocerle realmente en sus potencias y capacidades yoicas. Luego de haberse establecido un esbozo de diferenciación podremos trabajar un entrelazamiento que favorezca interacciones más sanas.

Cómo lo hacemos

Un Equipo como el nuestro integrado por psiquiatras, psicólogos, psicopedagogos, psicomotricistas, educadores y enfermeros interviene tanto en la realización del diagnóstico, en la decisión de las estrategias terapéuticas más adecuadas como en su puesta en práctica. Acompañamos a los padres en la evaluación y devolución diagnóstica, y en todo el proceso del tratamiento hasta el alta, o incluso, más allá de ella.

El encuadre es el de un grupo abierto, de frecuencia semanal de una hora y media de duración, en donde intervienen entre 2 a 4 terapeutas. Mayoritariamente son las madres quienes acuden, si bien, muchas parejas rotan en su asistencia. Un grupo donde la heterogeneidad de los grupos es norma, compartiendo un espacio que en ocasiones es usado por sus propios hijos a los que en contadas ocasiones invitamos a participar. Con un encuadre conocido desde el momento de la firma del contrato terapéutico con normas, reglas de asistencia y una metodología que permite que cada cual vaya a su ritmo desde su inclusión hasta el alta.

Quienes asisten: padres, abuelos-tutores, pero no los tutores legales de residencias, a quienes se les ve individualmente en reuniones con todo el Equipo. La decisión en el caso de parejas de nueva formación sobre a quién se convoca, si el padre biológico, o la nueva pareja, se revisa caso a caso.

Singularidades de cada equipo en el trabajo con padres. Lo interdisciplinar

Tomando como referencia lo planteado por Ema Ponce de León y otros autores, cuando nos propusimos un encuadre grupal para el trabajo con padres asumimos como herramienta la interdisciplinariedad para poder trabajar en el territorio de lo psíquico y la intersubjetividad. Contábamos también con el “efecto terapéutico del ambiente institucional, la terapia ambiental” que implica la utilización de la experiencia de vida global, los abordajes múltiples y la utilización de la institución como instrumento terapéutico al modo de un sistema social en el que todos los miembros (pacientes y equipo terapéutico) se influyen recíprocamente. Ser psicoterapeuta infantil en una institución es una tarea compleja, por la multiplicidad de actores en la trama: padres, abuelos, profesores, escuela, médicos, centros de salud mental, gerencia.

Resulta interesante confirmar que el HdD atraviesa de alguna manera las mismas vicisitudes esenciales de nuestros pacientes: la construcción un Yo con capacidades adaptativas y la integración y discriminación yoica como meta de desarrollo. Hay tres aspectos que estos autores destacan de lo

interdisciplinar en el HdD que debemos tener en cuenta en tanto modifican la práctica psicoanalítica:

- Allí donde la comprensión dinámica llamaría a la abstinencia, la interdisciplina se juega en el “aquí y ahora” del vínculo.

- En cuanto a la *inclusión de la realidad externa* supone que las acciones del equipo o de sus integrantes se darán en todos los ámbitos implicados y no se restringen sólo a los tratamientos.

- Las *nuevas dimensiones de lo transferencial* incluyen las múltiples transferencias que se generan cuando interviene un equipo: las de los terapeutas hacia los pacientes y entre éstos o la de los integrantes de la familia hacia los distintos miembros del equipo o el equipo en su conjunto. El mundo interno de cada paciente y de cada grupo se pone en juego dejando el espacio terapéutico lleno de interferencias que si no son bien manejadas podrían llevar a respuestas disociadas o incoherentes.

Un Equipo que revisa constantemente su labor y analiza sus procesos contratransferenciales, brinda continencia y favorece procesos de discriminación especialmente respecto de las transferencias masivas que se observan en las familias de los pacientes más graves o frágiles.

Para ello es necesario contar además con un esquema referencial común, que surge de la experiencia compartida en reuniones diarias o semanales de todo el equipo y que se traduce en un accionar, un estilo, elaborado por todos e internalizado por cada uno. Esto define la pertenencia y la cohesión, a la vez que se traduce en la eficacia de las acciones. Sin embargo, debe ser suficientemente plástico y abierto a un constante cuestionamiento por parte de la realidad clínica. Es necesario que el equipo muestre una capacidad de descentramiento y conciencia de los límites de la propia disciplina, y que sea capaz de reflexionar acerca del propio funcionamiento, para evitar los riesgos de idealización, de caer en ilusiones grupales de completud y en estereotipias que paralicen la creatividad, al igual de lo que le ocurre a nuestros pacientes.

El interjuego de una doble escucha a una escucha grupal enriquece y complejiza aún más la tarea analítica, y muestra que allí donde predomina el trabajo de reflexión frente a la instrucción, o el consejo, la construcción de enlaces hace posible nuevos encuentros, nuevos efectos en los afectos. Es posible que la dimensión grupal, en ocasiones, no permita entrar con tanta profundidad en el detalle singular de cada pareja de padres, pero la experiencia compartida enriquece y reubica las vivencias de modo que cada madre o padre se acompaña y beneficia de un saber y descubrimiento “en común” que abre nuevas perspectivas de vinculación.

Bibliografía:

- Alcamí Pertejo, M. (1992) *Eficacia del Hospital de Día psiquiátrico infantil*. Margarita. Madrid: UCM.
- Caellas, Kahane y Sánchez García. *La doble escucha y la construcción de enlaces en el psicoanálisis con niños. El lugar de los padres*. Revista de psicoanálisis, ISSN 1135-3171, N°. 84, 2018.
- De Pablos Rodríguez, P; Pérez Martín, M y González Rojas, J (2007). *Tratamiento Psicoterapéutico a grupos familiares en riesgo Social. Clínica y Análisis Grupal, nº 98*. Dossier. El grupo intrapsíquico, interpersonal e intercultural. Madrid-Freud, S. (1912/2000). *Sobre la dinámica de transferencia* (1912). O.C. Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu editores. Ger Gómez, E. (2022) *Una experiencia en grupo de padres y madres, paralelo al de niños. versión On-line* ISSN 2340-2733. *versión impresa* ISSN 0211-5735. Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq. vol.42 no.142 Madrid jul./dic. 2022. Glasserman, M.R y Sirlin, M.E (1979). *Psicoterapia de grupo en niños*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pichón-Rivière, E. (2001). *Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ponce de León, E. (2005). *El psicoanalista y la interdisciplina en la clínica de niños y adolescente*. *Revista Uruguaya De Psicoanálisis, 100*, 375-392. ISSN 1688-7247 (2005). Revista uruguaya de psicoanálisis.

*** Sobre los autores:**

Ana Isabel Perales es Psicóloga sanitaria, psicoanalista. Miembro del cuerpo docente y de la Junta Directiva de Aecpna (Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes).

Edith Bokler, Psicóloga sanitaria, Psicoterapeuta psicoanalítica, Miembro del cuerpo docente y de la Junta Directiva de Aecpna.

Rodrigo Bilbao R., es Psicoanalista E.L.P., Doctor Universidad Complutense de Madrid, Psicólogo Clínico.

El deseo de hijo y la trasmisión psíquica



*Beatriz Azagra**

En *Introducción al Narcisismo* (1914) Freud plantea que “el individuo cumple con una doble función en tanto que es para sí mismo su propio fin, pero también es parte de la cadena generacional a la que pertenece y por la cual se va transmitiendo la vida psíquica de generación en generación”.

Se transmitirá por un lado lo que se constituye, y por otro, acontecimientos no superados que han quedado en el inconsciente de los antepasados.

En *Tótem y Tabú* (1913) Freud ya proponía que “los procesos psíquicos siguen desarrollándose de una generación a la siguiente. De no ser así, cada generación debería comenzar sus conocimientos de la vida desde cero”.

“Hemos ido demasiado lejos, dice, en este supuesto. Quizá debimos conformarnos con aseverar que lo pasado puede persistir conservado en la vida anímica que no necesariamente se destruirá”... “pero lo que tenemos derecho a sostener es que la conservación del pasado en la vida anímica es más bien la regla que no una rara excepción” (Freud, 1929).

Expone una cuestión fundamental ¿Cuáles son las vías y los medios de los que se sirve una generación para transmitir estados psíquicos a la siguiente?

No contando con la comunicación directa y la tradición, Freud busca la respuesta en las palabras de Goethe en el *Fausto*: “lo que has heredado de tus padres adquiérelolo para poseerlo”. Esta es la clave de la transmisión.

Transmitir es irremediamente vivir, dejar una huella...

En psicoanálisis el término transmitir hace referencia tanto a los procesos, las vías y los mecanismos mentales que son capaces de operar transferencias de organizaciones y contenidos psíquicos entre distintos sujetos, especialmente de una generación a otra.

Es aquí donde el entramado propio de la situación edípica sirve para que alguien quede ubicado, con un lugar, en la cadena de generaciones.

El ser humano es fruto de esa cadena, quedará filiado o no según se relacione con quienes le anteceden en un orden simbólico, donde se le prestará al recién nacido el mejor instrumento o la mejor herencia, el lenguaje... las palabras que le permitirán de lo viejo hacer lo nuevo, aguantar la ausencia del objeto, la angustia de muerte.

El ser humano forma parte de una cadena, no puede salir de ella, desde que nacemos recibiremos las huellas de generaciones pasadas a la espera de poder hacer algo con ellas que nos diferencie de nuestros antepasados.

¿Qué se transmite para que el orden simbólico actúe? La transmisión ineludiblemente será de una falta.

Aunque el deseo de un hijo pudiéramos relacionarlo con el deseo de inmortalidad en un hombre y en la mujer de un deseo de completud fálica, es por la castración que la mortalidad se hace presente y el deseo inconsciente puede surgir.

La novela familiar (Freud 1909) pues, tiene que ver con los avatares de la castración de uno mismo y del otro, castración que será imprescindible para que la transmisión del deseo circule. Será entonces la falta la que habrá de transmitirse para que cierta continuidad entre generaciones pueda operarse evitando las identificaciones masivas.

Nombramos la falta y no queremos decir la ausencia del objeto, sino de “algo que se ausente de su presencia misma” (Hassoun, 1997). Aquello que hará que la satisfacción fálica no sea completa, que el deseo tenga lugar, que el hijo no lo sea todo para la persona que ocupe el lugar de función y viceversa por la acción de la ley paterna.

Transmitimos y somos depositarios de un nombre, una historia de nuestra familia, nuestro pueblo y de nuestra civilización..., de un lenguaje que pone de manifiesto la experiencia de lo imposible. Este lenguaje actúa como estructura de separación, con la aparición del lenguaje se tramita la ausencia del otro, y esta será una premisa para la humanización. Esta pérdida es una experiencia de límite y este será en sí mismo generador de deseo. (Azagra, B. 2019).

Según plantea Recalcati, en el Complejo de Telémaco (2014) “El encuentro significativo entre padres e hijos está marcado por la ley de no todo es posible, por un lado, el hijo encuentra en sus padres lo incómodo del límite, de la ley, de la Ley de la palabra que impide el goce incestuoso, y por otro lado el hijo gracias a esa ley recibirá desde la marca de la castración el derecho a desear y así será heredero legítimo de sus padres. Por lo tanto, organizará su sistema deseante marcado por la falta.

La maternidad y paternidad no son aspectos ni culturales ni biológicamente determinados ya que comprometen a lo psíquico y a lo corporal.

Es diferente querer tener un hijo que tener un deseo de hijo. Según el diccionario de psicoanálisis de Rolan Chemama (1996) el deseo de hijo es un deseo “inconsciente como todo deseo, que recae sobre un objeto de consistencia real, que es el cuerpo del hijo”.

“Querer tener un hijo” nos hace pensar más en un deseo consciente de “tener o de traer al mundo un hijo”. Deseos conscientes e inconscientes que en muchas ocasiones formaran parte de un mismo lugar.

Muchas personas, en la cultura occidental, cuando llegan a la edad adulta y cuando las identificaciones ya se pusieron en marcha se preguntan si quieren tener un hijo o no. El paso del deseo de tener hijos al deseo de hijo interroga como sujeto a quien se lo plantea y le cuestiona su lugar en el mundo. Le introducen en lo complicado del sistema deseante y de la imbricación entre lo social y lo intersubjetivo, entre la estructuración psíquica y el dominio de lo biológico...

Venimos al mundo en un cuerpo sexuado, pero nacer en un cuerpo no explica nada... el deseo

sexual, la elección de objeto, la identidad sexual y la masculinidad y feminidad no se deduce de la biología, sino que se derivan de la historia relacional de cada uno de nosotros, hombres o mujeres, y comienzan en el nacimiento y con el encuentro con otro.

Los padres, si están en la vida de sus hijos, les transmiten lo que es ser hombre o mujer, lo masculino o femenino.

La pregunta sobre el deseo de hijo está en los principios del psicoanálisis y atravesando toda la cultura, el psicoanálisis no está para decir lo que es un hombre o una mujer, sino cómo llegó a serlo.

No habla estrictamente de la estructuración de hombres y mujeres, sino de la construcción de la feminidad y de la masculinidad, afirmando que todos los seres humanos combinan en sí características femeninas y masculinas, de modo que la feminidad y masculinidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto.

S. Tubert (1993) plantea “que tanto masculinidad como feminidad resultan de una operación simbólica de división, que crea lugares vacíos que cada uno puede ocupar y a los que se adscriben caracteres o rasgos contingentes... masculinidad y feminidad no son puntos de partida, sino de llegada,” nunca suficientemente asegurados, que se estructuran a través del paso por distintos momentos importantes en la vida que fuerzan la identidad, la constitución del deseo y todo el proceso de identificaciones.

Así pues, hombres y mujeres podrán transitar por esos lugares vacíos y desde ahí enfrentar su deseo. Tener un hijo siempre es fruto de una decisión derivada de un deseo. Y si se tiene o no tendrá unas implicaciones importantes para la persona que tome esa decisión sea hombre o mujer.

Las funciones materna y paterna están condicionadas por las historias de cada uno con sus padres y con la historia de la pareja. La función materna se encargará desinteresadamente, como un pararrayos de proteger al bebé, con sus cuidados e inscripciones, prepararle para entrar en el mundo y la función paterna representa la ley y la realidad, el que impone la prohibición, pero dependerá de que quien ocupe el lugar de la función materna la acepte o no.

Funciones materna y paterna que no necesariamente serán ocupadas por mujeres y/o hombres respectivamente, también son lugares o posiciones que cada uno ocupará según sea su historia deseante.

El deseo de hijo es una mezcla del deseo de inmortalidad, del deseo biológico, deseo de amor y de transmisión.

Tradicionalmente hemos pensado que para que el deseo de hijo se dé, es necesaria la necesidad de un deseo que no sea anónimo, que las funciones materna y paterna se jueguen a partir de esa necesidad... función materna que dará cuenta de los cuidados con

un interés particularizado y paterna en tanto nombre del padre que posibilitará la existencia del deseo.

Teniendo en cuenta que el deseo de hijo es del dominio del inconsciente, se derivará del vínculo que cada persona establece con sus padres y se desplegará y denunciará que un orden social particular, pero ese orden social ha cambiado y se han producido nuevas formas de familias y por lo tanto nuevas formas de parentalidades.

La familia se constituye alrededor de una ley y cada miembro se une a la misma. En la actualidad las familias transmiten el debilitamiento de esta ley, pero no por ello dejan de ser familia entendida como el espacio de transmisión y de causalidad psíquica. Instaura una continuidad psíquica entre generaciones cuya causalidad es de orden mental y se manifiesta por la transmisión a la descendencia de disposiciones psíquicas que lindan con lo innato” (Párraga, H, 2017).

Como dice Roudinesco en el libro “La familia en Desorden (2013) “la familia contemporánea (aparentemente en crisis)... se comporta bastante bien y asegura el paso de las generaciones” lo cual asegura la transmisión psíquica.

Estas nuevas formas de familias nos anuncian la pérdida del dominio de lo biológico pasando a un intercambio de las funciones que hasta ahora estaban muy diferenciadas, a una declinación de la función paterna, y a la democratización y liberalización de vínculos familiares.

El deseo de hijo está muy unido al deseo de transmisión, de filiación. Lo singular de padres biológicos, adoptivos, familias monoparentales, padres que acudieron a la reproducción asistida es que cada uno de ellos estructuran una red en la que cada niño adquirirá la transmisión de lo transgeneracional en el vínculo intersubjetivo, madre, padre o padres heterosexuales, homosexuales, solos o en pareja.

Para tener un hijo, hoy día, el género no es lo más importante, la familia se constituye como ese lugar donde se aprende a cuidar, a confiar y nutrir y a la vez somos cuidados y estamos sostenidos para poder crecer con un orden fundamental.

Hombres y mujeres actuarán no solo por la herencia ni por lo biológico que impone un código genético, ni por la determinación de pertenencia a una especie, sino por un saber aprehendido y transmitido por la cultura, lo que posibilita la subjetivación individual en la forma de combinar simbólicamente el deseo.

Puede ser que el deseo de procrear haya sido sustituido por el deseo de acoger al hijo, de inscribirlo en un nuevo orden. Esto nos enfrenta a infinitas formas de posicionarse frente al hecho de desear y de tener hijos.

¿Existen nuevas formas de desear ser padre o madre?
¿Hay deseo de hijo que esté más allá de las formas de ser padre -madre en el mundo de hoy?

Seguramente sí y generalmente no es un problema, pero habrá que tener en cuenta que cuando los hijos son tenidos para satisfacer al narcisismo, para que sean el objeto de goce... implican una dosis de sufrimiento para un tercero enorme.

En estos tiempos, tanto para los padres que pueden tener hijos sin problemas como para los que no parece que todo es posible, que la transmisión de la falta es complicada. Quizá sea necesario ponerle un poco de freno al goce, esto también afecta al hecho de desear tener hijos pese a lo que sea... si hay problemas para tenerlos, bien por infertilidad, porque el deseo es de un hombre o mujer solos, de una pareja homosexual... es necesario pasar por el duelo del hecho de no poder tener hijos..., no pasar directamente a “todo es posible”, y poder enfrentar así el duro camino que se tiene por delante, tanto para la renuncia como para la ardua tarea de conseguir ser padres.

En general cuando se desea un hijo hay que tener presente que es un ser con vida propia que está por venir, si ocupa el lugar de la negación de la falta corre el riesgo de ser un trofeo narcisista. Se tienen hijos, para poder perderlos, afrontando la herida narcisista que eso supone, y que así puedan tener su propia vida. Si el hijo es un “milagro”, (por las razones que sean) y no se cuenta con ello, el paso por la castración será muy difícil y los hijos estarán ocupando un lugar insostenible para su existencia.

Aunque un niño sea concebido de forma natural, o concebido con la ayuda de la ciencia, adoptado, en un hogar homoparental o heterosexual... los padres deben pasar por un proceso de subjetivación, se deben apropiarse de la forma en que ellos quieren ser padres.

El proceso de transmisión no se basa solo en quién transmite y qué se transmite, sino que cobran importancia los modos en que el receptor recibe el legado de la transmisión. Según reciba la herencia así podrá metabolizarla y hacerla suya o no, dejando evidencia de lo nuevo que incorporará o desechará.

Lo enigmático, lo que no puede ponerse en palabras (porque los padres tampoco lo saben y no saben que lo están transmitiendo), las marcas del deseo sexual no reprimido, de las pasiones... de los otros que el niño pequeño registró, pero no pudo tramitar tendrán unos efectos en el futuro. Cada historia particular, con sus determinaciones inconscientes sostiene escenas edípicas de las que se derivara la falta y la castración. El deseo de hijo tiene que ver con el ser, con la historia personal de cada uno de los que lo desean.

Seguramente más allá de otras consideraciones el deseo de tener hijos sobre todo es un deseo de acoger, transmitir, casi siempre aquello de lo que no fuimos conscientes pero que nos constituye y que hace que descubramos en nuestros hijos a nuestros abuelos, biológicos o no, que ellos nunca conocieron. “El abuelo habla y el nieto escucha”... (Fernández, C. 2019), los padres hablan al hijo de los abuelos y abuelas que no conocieron y que fueron importantes

para ellos., o transmiten inconscientemente modos de ser , de pensar o de enfrentar la vida. Ahí está el tesoro de transmisión.

Deseo de transmitir, en palabras de Ángeles Mastreta en un poema titulado “La sangre que heredamos”,

“Porque la sangre que heredamos no es nada más que la que traemos al mundo, la sangre que heredamos está hecha de las cosas que comimos de niños, de las palabras que nos cantaron en la cuna, de los brazos que

nos cuidaron, la ropa que nos cobijó y las tormentas que otros remontaron para darnos vida. Pero, sobre todo, la sangre se nos teje con las historias y los sueños de quien nos ve crecer”.

Bibliografía

Caellas, A. M^a, Kahane, S. y Sánchez, I. (2010) *“El quehacer con los padres. De la doble escucha a la construcción de enlaces”*, HG Editores.

Chemama, R. (1996) *“Diccionario de psicoanálisis”*, Buenos Aires, Amorrortu.

Fernández, C. (2019) *“Melancolía. Clínica y transmisión generacional”*, Barcelona, Ediciones Xoroi.

Freud, S.

(1909, 1980) *“Novela familiar del neurótico”* Buenos Aires, Amorrortu Editores

(1913, 1980) *“Tótem y tabú”*, Buenos Aires, Amorrortu Editores

(1914, 1980) *“Introducción al narcisismo”*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

(1929, 1980) *“El malestar en la cultura”*, Buenos Aires, Amorrortu Editores

Hassoun, J. (1996) *“Contrabandistas de la memoria”*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Recalcati, M. (1914) *“El Complejo de Telémaco”*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Roudinesco (2013), *“La familia en desorden”*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Tubert, S. (1988) *“La sexualidad femenina y su construcción imaginaria”*. Ediciones El arquero.

Tubert, S. (1993) *“Demanda de hijo y deseo de ser madre”*. Debate feminista, 8

Artículos:

Azagra, B. (1919) *“Pero ¿qué le pasa a mi madre? Implicaciones de la maternidad en la clínica infantil*. En Clave psicoanalítica, nº 14

Párraga, H.(2017) *“De la prohibición al goce en la familia actual: algunas consideraciones teóricas”*, revista Katharsis, N23.

[Ver aquí](#)

Sobre la autora:

*Beatriz Azagra Cabrera es psicóloga clínica, psicoterapeuta y psicoanalista.

El padre contemporáneo. Entre Edipo y Héctor



Gabriel Ianni*

Nuria Sánchez-Grande**

I - Introducción

Los contextos sociales por los que atraviesa el sujeto nos obligan, hoy y siempre, a constantes reformulaciones teóricas. La producción de subjetividad es de orden histórico, social y político y alude a los modos con los que cada sociedad determina las formas en las cuales un sujeto se constituye como ser social y se inserta en el mundo y en la época en la cual le ha tocado vivir. Define, por lo tanto, qué es un hombre, qué es una mujer, qué es un padre, una madre, un hijo, una hija... Y estos enunciados cambian en la medida en que cambian los paradigmas que nos rigen. En este sentido, la subjetividad es epocal y exige ser definida permanentemente.

Por ello, para entender al sujeto contemporáneo, el psicoanálisis debe nuevamente abrir sus puertas a una transversalidad extramuros que lo ilumine y lo enriquezca. Necesita hacerlo para poder ahondar en las complejidades de los nuevos vínculos, en las nuevas formas de familia, en las nuevas formas de amar, para comprender las temáticas vinculadas al género o los efectos que la tecnología tiene en nuestra subjetividad. Debe redefinir algunos de sus enunciados teóricos para poder dar cuenta de la diversidad clínica que hoy nos interpela.

Es imposible que podamos pensar y abordar la clínica actual sin poner a trabajar la teoría en aquellos puntos que, como bien decía J. Laplanche (1987), la teoría

chirría. Puntos en la teoría y también en la clínica, que si bien nos provoca incertidumbre - en la medida en que nos despoja de certezas tranquilizadoras - nos impulsa a buscar nuevas respuestas ante el cúmulo de interrogantes que se generan. *Poner a trabajar la teoría* en un intento de poder dar cuenta de las transformaciones que estamos viviendo y que nos permita avanzar en nuestro anhelo constante de adentrarnos en las complejidades que nos presenta la sociedad actual.

El objetivo de este trabajo es reflexionar sobre las condiciones en que se desenvuelve la paternidad. Hablar de *padre* supone hablar de una construcción mental compleja en la que su ejercicio no tiene por qué estar ubicado en una sola figura, ni ser exclusivamente desempeñado por un hombre. Es una función afectiva, de enorme trascendencia psíquica y determinada por cada contexto histórico. Es una función simbólica - ejercida tradicionalmente por el padre - pero que puede ser encarnada por la madre, o por figuras significativas de la familia o de la sociedad e incluso por instituciones. A quién ejerce esa función, en psicoanálisis, lo llamamos *padre* (y por extensión hablamos entonces de paternidad). No obstante, en esta presentación queremos centrarnos en dos aspectos que consideramos centrales: la declinación de la función paterna en la actualidad y el lugar que los hombres, y por ende los padres, tienen en la sociedad contemporánea.

II - ¿Paterfamilias?

Partimos de la idea de que una familia no la constituye una pareja estable, sino que la constituyen al menos dos generaciones con cierta estabilidad en el ejercicio de sus funciones. Esto quiere decir que en la medida que haya un adulto capaz de cuidar a un niño, y un niño sea capaz de ser cuidado por un adulto, tenemos una familia. De esta manera, *familia* significa alguien que respalda y alguien que se siente respaldado; con la asunción de asimetrías y de responsabilidades. Para que exista una familia que humanice es imprescindible que se estructuren los roles de tal manera que permita que aquel que respalda sea quien se sienta responsable de la supervivencia física y emocional del hijo, que subjetive al hijo, es decir, que lo inserte en esa cadena generacional tan necesaria para el desarrollo psíquico y mental del niño; que lo introduzca en un orden simbólico, en una cadena de filiación. Para que esto ocurra es imprescindible que los adultos ocupen el lugar de adultos, que los padres y/o madres que arman una familia ejerzan sus roles y funciones de manera responsable, respaldando y sosteniendo a su prole en los términos que las posibilidades de la vida les permitan. (S. Bleichmar, 2005)

Si el vínculo de pareja se caracteriza por un eje horizontal, de paridad y simetría, el vínculo familiar entendemos que debe caracterizarse por un eje vertical que vincule a padres y a hijos. No podemos pensar la familia sin articular una serie generacional que comprenda a la generación anterior y a la posterior, a los ascendientes y a los descendientes. Siguiendo a Lutereau (2024) podemos definir a la familia como un dispositivo de parentalización por un lado y de filiación generacional por otro.

Ahora bien, los cambios sociales, económicos y políticos afectan a la institución de la familia y lo viene haciendo a lo largo de la historia. En la sociedad post-patriarcal en la que nos encontramos, la figura del padre como *paterfamilias* está cuestionada y con ello quedó seriamente dañada la función paterna transformando la naturaleza misma de la familia y de los vínculos familiares.

Algunos historiadores ubican antecedentes de este fenómeno ya en la Revolución Francesa con la caída y muerte del rey y el desprecio a todo aquello que supusiera poder y autoridad, al anhelarse una sociedad que pasara de un sistema de funcionamiento verticalista a uno fraternal, como tan bien lo ilustra el lema *Liberté, Égalité, Fraternité*; también en la Revolución Industrial, con la incorporación del padre en las fábricas - y por ende dejando de ser modelo para su hijo aprendiz; y en las revueltas estudiantiles y sindicales del Mayo Francés, una primavera de 1968 que supuso además la renuncia del presidente Johnson, el asesinato de M. Luther King; el atentado contra Dutschke y las manifestaciones estudiantiles en toda Alemania; el ensayo de la libertad en Praga... movimientos sociales que para muchos historiadores y sociólogos supuso dejar clara la incompatibilidad de un gobierno personal o autoritario con las estructuras

de una sociedad con mentalidad democrática.

Al equiparar autoridad con autoritarismo se dañó la figura de autoridad, contribuyendo a la destitución del lugar del padre. Posteriormente, los estudios de género y los feminismos movieron las piezas de un tablero que creíamos inamovible, poniendo en cuestión los roles sociales que resultaron vigentes durante siglos.

La destitución del lugar del padre supuso el ensombrecimiento de lo masculino, cuando no un desprecio hacia los varones. La masculinidad quedó adjetivada y enmarcada en una narrativa que la asocia con machismo, violencia, patriarcado, privilegios, opresión, desigualdad, toxicidad... una narrativa que parece haber convertido a la masculinidad en el mal de todos los males. Lo masculino hoy se considera algo a sacrificar, por obsoleto y pernicioso. Mientras las mujeres, tras siglos de lucha, están logrando situarse en el lugar que les corresponde conforme a su dignidad y a sus derechos, los hombres parecen estar más desubicados que nunca.

Esta presión social ha provocado que muchos padres hayan desertado de su papel de valedores de la autoridad, cuidadores de la familia, maridos y progenitores responsables. Los cambios provocados en la sociedad han dejado un paisaje social prácticamente irreconocible, generando novedades ciertamente confusas, como el papel del hombre en la sociedad actual. Y es que, en ese loable intento por conseguir la igualdad entre los sexos, sin darnos cuenta, hemos difuminado, cuando no aniquilado las diferencias existentes entre hombres y mujeres. En el empeño en conseguir la igualdad entre los sexos hemos borrado sus diferencias. En pos de conquistar la libertad y despojarnos de la tiranía se simetrizan los estamentos sociales y también los familiares.

Una consecuencia de ello es que hoy los hombres se sienten perplejos y confundidos, perdidos en un universo que los ha despojado de referentes, debiendo entonces abjurar de aquellos modelos anteriores que los definían como hombres y como padres, rompiendo un enlace generacional que no merece ser transmitido ni conservado; generando una incertidumbre por la dilución de aquellos modelos sociales que han sostenido nuestra forma de funcionamiento social y cultural durante generaciones, cuando determinados ideales, roles y funciones que creíamos ciertos se han tambaleado.

Hoy, los hombres, los padres de nuestros hijos, para ser aceptados y no ser vapuleados deben someterse a la corrección política y funcionar *maternalmente*. La función paterna que el psicoanálisis siempre consideró fundante de lo psíquico ha caído en desuso, transformando de este modo, la estructura íntima de la familia contemporánea.

Al declinar la función paterna la dinámica familiar pasó de estar regida por un eje vertical que condicionaba los vínculos entre padres e hijos, a un modelo horizontal de fraternización y gratificación. Hoy, ya no son más

los padres quienes dicen NO a sus hijos, ahora son los hijos los monopolizadores del NO.

Ninguna época ha dedicado tanta atención a la relación entre padres e hijos como la nuestra. Ninguna otra época ha tenido padres tan atentos ni tan informados en la crianza de sus hijos; sin embargo, ninguna época ha tenido hijos que se parecen cada vez más a príncipes despóticos a quienes los padres deben ofrendar sus innumerables servicios. Más que nunca, hoy, los niños son la encarnación misma de *His majesty the baby* (Freud, 1914). Una consumación de anhelos narcisistas a la que nadie quiere renunciar.

La afectuosa proximidad que caracteriza a los nuevos vínculos entre padres e hijos acaba favoreciendo una proximidad entre iguales que extravía todo sentido de verticalidad. Una simetrización en el vínculo de los padres con los hijos que deja a los niños huérfanos de referentes. Una simetrización en los roles familiares que implica un desdibujamiento de la diferencia generacional, alterando así la diferencia simbólica que distingue a los hijos de los padres. Hoy, los hijos reivindican la misma dignidad que sus padres, los mismos derechos, las mismas oportunidades. La indeclinable voluntad de los hijos supone, de este modo, la máxima desautorización de las funciones parentales. Hoy, las familias funcionan la más de las veces como un clan fraterno, desdibujando roles, funciones y diferencias

Horizontalidad y simetrización generacional que no es ajena a muchas de las problemáticas infantiles con las que nos encontramos en nuestras consultas, ni tampoco es ajena a muchas actuaciones adolescentes que tanto nos alarman.

La *evaporación del Padre* (Recalcati, 2014), el ensombrecimiento de lo masculino ha llevado a la familia a un estado de homogeneización dentro de ella, donde los padres, angustiados, o bien por temor a convertirse en progenitores “autoritarios” que coarten la libertad de sus niños, o bien por la angustia de perder el amor de sus hijos da, como resultado, un discurso pseudo-democrático que lo único que hace es borrar los límites entre generaciones. Paradójicamente cuando un padre asume el lugar de ejercicio de autoridad, encarnando la función paterna, ¿goza acaso de la admiración y aprobación de su mujer? O, por el contrario, ¿al evocar la imagen patriarcal es despreciado y descalificado?

La actual confusión entre autoridad y autoritarismo hace que cualquier intento de orden se considere un atentado contra los niños. “Nuestro tiempo, enfatizando de manera unilateral los derechos del niño, acaba por ver con recelo cualquier actividad educativa que asuma la responsabilidad vertical de su formación” afirma Recalcati (2015).

De este borramiento de las diferencias generacionales se deriva el exceso de sobreprotección y complacencia en la relación con los hijos, a los que siempre hay que decir que sí, evitando cualquier conflicto sobre el que

se pudiera gestar el temido desamor, el miedo de los padres a perder el amor de sus hijos y el temor a que aparezca la sombra del padre violento. Antes los hijos temían a sus padres, hoy son los padres quienes temen a sus hijos.

Esta transformación de la vida familiar está provocando que, en nuestras consultas, veamos cada vez más hijos desorientados. Como fruto de esta horizontalidad, hoy tenemos más hijos narcisistas que se comportan como reyes de una familia que está al servicio de sus deseos. El *niño-ídolo* ha suplantado al *padre-padrone* que rigió durante generaciones el sistema familiar. Cae de esta forma el valor del esfuerzo y de la postergación, necesarios para conseguir logros en la vida. Los padres de hoy en día fallan en la transmisión de un sentido gratificante de la vida vinculado al esfuerzo y a la responsabilidad.

La familia actual, en definitiva, termina siendo efecto de dos desdibujamientos, de dos borramientos: el de la diferencia sexual y el de la diferencia generacional, piedras angulares del *corpus* teórico del Psicoanálisis. Equiparación, simetrización, homogeneización y horizontalidad parecen constituir los paradigmas sociales que rigen nuestra sociedad, y, por ende, son ideales y valores que buscan definir nuestra subjetividad.

Adiferenciado lo que ocurría en generaciones anteriores, el sufrimiento de una familia ya no lo encontramos en que los hijos temen no poder satisfacer los ideales parentales, sino que lo encontramos en padres que temen no ser buenos padres; lo encontramos en padres temerosos de no ser amados por sus hijos, y también lo encontramos en padres que temen no ser aceptados ni amados por sus parejas. Habiendo pasado de un modelo vertical a un modelo horizontal, difícilmente podamos ubicar a los adultos implicados en el lugar parental y a los niños difícilmente podamos ubicarlos en el lugar de hijos. Esta configuración da por resultado niños no filiados, es decir, niños des-afiliados (Lutereau, 2023), es decir, niños que no están insertos en una cadena generacional filiatoria; donde nada en ellos parece remitirlos ni enlazarlos a las generaciones anteriores, ni a un linaje, ni a una historia ni a una fantasmática familiar.

¿Cómo lo observamos en la clínica?

Los padres de Carlos llevan varios años consultando a profesionales tras la preocupación de la profesora de infantil. Durante ese tiempo, su hijo de 6 años ha recibido varios diagnósticos: retraso madurativo, trastorno del desarrollo y posible autismo. Carlos es el hijo problema, parece EL problema. Es el segundo hijo, tiene una hermana tres años mayor por la que también se podría haber consultado, pero para los padres hasta la llegada de Carlos, “no había ningún problema”.

En las primeras entrevistas, los padres se muestran desorientados y confundidos, “hemos ido a los profesionales como títeres”. Se han centrado en ser unos buenos informadores sobre su hijo y en buscar la

mejor ayuda posible, pero en los tratamientos recibidos se ha obviado pensar en ellos y con ellos. Desde el inicio se hace evidente como niegan la implicación de la fantasmática parental. Ellos mismos dicen: "nuestro hijo ha madurado, nosotros no hemos madurado con él". Luis, el padre de Carlos se muestra impotente y perdido. No sabe cómo ser padre de su hijo. No sabe cómo ser padre de un hijo varón. Marta, su mujer, lo mira con desdén. La problemática de Carlos comienza a ser evidente: ¿cómo crecer como hijo cuando el padre está desautorizado social y familiarmente?

Los padres de Carlos no saben cómo acercarse a su hijo. En muchas de las sesiones su hijo deambula o juega solo, deja a sus padres y a su hermana jugando tranquilamente y les dice, desde la distancia: "lo hacéis muy bien". Si él no está, todo anda bien.

En la familia de Carlos se confunden los lugares de los adultos y de los niños. Los adultos están como niños y los niños intentan ser adultos. Así se evidenció el día en el que el padre y el hijo se pelean por una silla en la que se quería sentar el padre. Carlos se lo intentó impedir. Al sentarse en esa silla buscaba colocarse a la misma altura de la madre. Previamente, venían jugando en sesión a un juego de mesa en el que ganaba quien se llevaba una ficha, aludiendo a un trofeo edípico por el cual competían padre e hijo. La dificultad de los padres para gestionar la rivalidad y la agresividad se hace palpable. El padre se encuentra solo ante un hijo que se tira sobre él con un abrazo tan fuerte que deja de ser afectuoso y toma tintes parricidas. La madre, mientras se pelean, mira la escena desde fuera, cínicamente divertida. Enseguida su mirada cambia y desaprueba la actitud de firmeza que Luis tiene para con su hijo. Luis ya no sabe qué hacer. Padre e hijo quedan atrapados, impotenzados, confundidos.

III - Edipo y Héctor

El Edipo es la tragedia del deseo, es la experiencia de una pérdida a partir de la cual cada quién se constituirá como sujeto. Es también una vía de filiación que convierte a un niño en un hijo a través de simbolizar la diferencia entre generaciones (Lutereau, 2023). Edipo, en tanto implica confrontación y rivalidad entre un hijo y su padre, encierra un secreto trágico: el parricidio.

La aniquilación simbólica del padre es una verdad ineludible y universal en la relación de los hijos con sus padres. Todo hijo supone, de hecho, la superación del padre, su muerte simbólica. Winnicott, (1972) señala que el crecimiento es un acto agresivo, dado que crecer implica ocupar el lugar del padre, pero también señala que los adultos, al mismo tiempo deberán *sobrevivir*. La trágica novedad de nuestro tiempo es que los hijos no tienen a quien «matar», no tienen contra quien rebelarse ya que los adultos implicados ya no cumplen su función.

Para intentar comprender la paradójica situación en la que se encuentran los padres que desean ejercer eficazmente su función paterna en la actualidad, L. Zoja (2018) nos relata una escena en el Canto VI de la *Ilíada*

cuando Héctor regresa a su hogar para despedirse de Andrómaca y de su pequeño hijo antes de partir a la guerra. Héctor es fuerte y valiente y está decidido a dar su vida por sus seres queridos. Para protegerse en la batalla por la defensa de Troya lleva una armadura y un yelmo le cubre la cabeza. Su hijo Astianacte le contempla desde la cuna: asustado por esa figura irreconocible en su armadura de bronce, rompe a llorar. Héctor responde quitándose el yelmo y muestra su rostro para despedirse de su hijo con ternura antes de dar la vida por su pueblo y por su familia; pero antes de partir toma a Astianacte en brazos, lo alza al cielo y le pide a Zeus que haga de él un hombre mejor que su padre.

«El gesto de Héctor», es un gesto simbólico que implica, para el hombre y padre contemporáneo, *despojarse de su armadura*, es decir, de su fortaleza, de su seguridad, de su agresividad, para mostrar su lado más humano, más amable, más afectuoso, tierno e intimista.

Lo relevante en la figura de Héctor es que logra aunar las facetas de guerrero, y padre. Héctor consigue transitar lo que hoy podríamos llamar la paradoja del padre contemporáneo. Cumple con las exigencias familiares - que le empujan a exponer su rostro desnudo, y mostrarse tierno y vulnerable - y también cumple con los imperativos de la sociedad que le obligan a combatir, y ser fuerte y protector. Su gesto es sencillo pero conmovedor, ya que nos recuerda que las características asociadas a la masculinidad -como la valentía o la fuerza- adquieren valía precisamente al combinarse con otras como la ternura y la consideración.

El gesto de Héctor constituye la gran novedad del padre actual; ya que supone un delicado y complejo equilibrio que los hombres deberán aprender mediante el propio ejercicio de su paternidad. El padre contemporáneo, para ejercer su función paterna, -función fundamental tanto para la constitución de lo psíquico como para ordenar la jerarquía de lo familiar-, deberá integrar la fortaleza de la armadura y al mismo tiempo dar lugar a la ternura y a la sensibilidad.

El hombre, para ser parentalmente competente, deberá realizar un ejercicio de equilibrio entre su fortaleza y su delicadeza. Pero para ello necesitará ser valorado y reconocido por la sociedad como lo que son: hombres con derecho al ejercicio de una masculinidad plena y equilibrada. Para ello nuestros *héroes* deberán ser valientes, pues siendo fuertes y ejerciendo su autoridad, habrán de tener el valor de enfrentarse a la corrección política actual que solo les considera adecuados si se comportan como una *vice-madre*, como una *madre-bis*.

Siendo tiernos y afectuosos deberán enfrentarse a sus fantasmas del pasado, a una cultura de generaciones precedentes donde las muestras de cariño eran signo de debilidad.

Al fin y al cabo, la tarea fundamental de la familia es acoger para que luego, de ella, se pueda partir. El

regalo más grande que los padres pueden hacer es donar la libertad, siendo capaces de dejar que sus hijos se alejen, que se vayan, que ya no les necesiten, sacrificado así toda propiedad sobre ellos.

En el momento en el que la vida crece y quiere ser libre más allá de los estrechos confines de la familia, la tarea de un padre es dejar marchar a sus hijos, «saber perderlos, ser capaces de abandonarlos». Como señaló el propio Recalcati en otra de sus obras: la «hospitalidad sin propiedad» es lo que define a la madre; mientras que la «responsabilidad sin propiedad» es lo que define al padre (M. Recalcati, 2018).

En la consulta nos encontramos con hijos que se ven afectados por la ausencia de un acto filiatorio que los inserte en una cadena generacional; con padres – la más de las veces híper presentes, pero con la imposibilidad de dar lectura, desde su propia fantasmática, al sufrimiento de sus hijos, dejando a los niños a la deriva. Nos encontramos con patologías más graves a la espera de ser entendidas por otro que se sienta convocado por el mensaje del sufrimiento del niño. Ahí cobra sentido nuestra labor en la clínica con niños y adolescentes, y con sus padres. Es parte de nuestra tarea clínica abordar la implicación psíquica, fantasmática de los padres, a pesar de su insistente borramiento y negación.

Solo así, los hijos podrán seguir su rumbo. Para ello es imperativo restituir, en nuestra praxis, las diferencias que nos constituyen en tanto humanos.

Para el establecimiento de la vida es preciso partir del reconocimiento de que las diferencias nos enriquecen y nos complementan, pues los seres humanos, hombres y mujeres, afrontamos la realidad desde puntos de vista diversos, con sensibilidades y prioridades diversas... el otro, en tanto otro, es profundamente distinto y su diferencia debe merecer mi respeto y mi reconocimiento como un *igual-diferente*. ¿Aceptamos acaso hoy las diferencias o, por el contrario, las negamos bajo el lema de que todos somos iguales?

Todo encuentro entre un hombre y una mujer, entre un padre y una madre, es nutriente y enriquecedor cuando ambos están dispuestos a abandonar sus corsés mentales, cuando están dispuestos a romper con estereotipos del pasado y crear juntos un espacio de unión y participación en beneficio de ambos y, en consecuencia, de los hijos (M. Ceriotti, 2019).

No debemos olvidar que para que Héctor asuma su fortaleza y muestre su lado tierno y vulnerable, necesita de una sociedad y de una Andrómaca que lo ame y lo valore. Sólo así, *el gesto de Héctor* adquiere plena vigencia; solo así Héctor puede alzar a su hijo sobre su cabeza y dirigirlo a Zeus, deseando un porvenir para su hijo. Porque después de todo, la función paterna no se caracteriza solamente como aquel gesto que prohíbe, que corta, que limita, que separa... también consiste en ser el puente que une al hijo con la vida pública de compromiso y responsabilidad, guiándolo más allá del horizonte cerrado de la familia, introduciéndolo en

la complejidad del mundo social, y operando como propulsor de la emancipación y de la creatividad de sus hijos, donde ellos podrán luego encarnar los valores de fortaleza, ternura y potencia heredados y transmitidos generacionalmente.

Bibliografía:

- Badinter E, (1993) *XY, la identidad masculina*. Alianza editorial.
- Bleichmar S, (2005) *La subjetividad en riesgo*. Topia editorial.
- Calvo Charro, M (2020) *El secreto del hijo*. Nueva revista.net
- Cerioti, M. (2019) *Masculino. Fuerza, eros, ternura*. Rialp Ed.
- Cerioti, M. (2024) *Erótica y materna. Viaje al universo femenino*. Rialp Ed.
- Freud, S (1914) *Introducción del Narcisismo*. Amorrortu Ed.
- Freud, Sigmund (1925) *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. Amorrortu.
- Graco Castillo, G. (2009) *Héctor, el héroe de Troya*. Selector
- Homero, *La Ilíada*. Plutón ediciones
- Ianni, G.; Sánchez-Grande N. (2022) *Día internacional de la familia*. Necochea digital
- Laplanche, J. (1987) *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Amorrortu Ed.
- Lutereau, L. (2021) *Clínica de la filiación*. Conferencia en AECPPNA
- Lutereau, L. (2023) *Deseo de padres. Deseo de hijo*. Seminario en AECPPNA
- Lutereau, L. (2024) *El hijo deseado*. Letra Viva ed.
- Recalcati, M (2014) *El complejo de Telémaco*. Anagrama
- Recalcati, M (2015) *¿Qué queda del padre?* Xoroi ediciones
- Recalcati, M (2017) *El secreto del hijo*. Anagrama
- Recalcati, M. (2018) *Las manos de la madre*. Anagrama
- Winnicott, D (1972) *Realidad y Juego*. Gedisa editorial
- Zoja L, (2018) *El gesto de Héctor: Prehistoria, historia y actualidad de la figura del padre*. Taurus Ed.

Sobre los autores:

*Gabriel Ianni

Psicoanalista

Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Internacional

Presidente y Docente de AECPPNA

**Nuria Sánchez-Grande

Psicóloga. Psicoterapeuta

Miembro de la Comisión Directiva y Docente de AECPPNA

La familia



Elena Traissac López*

*“¿Cómo explicarle... [amigo lector]
que la actualidad no es otra cosa
que intentar saber algo del pasado
para volver interesante la verdad del presente,
en tanto porvenir del deseo?”*
Germán García¹

El título de este trabajo pronunciado con un ligero movimiento de mano y una voz ronca nos sumerge en una película de mafiosos. El significante familiar juega con esa doble acepción: algo conocido o siniestro. La ficción del cine puede llevarnos al error de pensar que la familia perfecta, esa en la que cada integrante ocupa su lugar, existe. Un buen ejemplo es la película *Familia* del director Fernando León de Aranoa quien relata en el film un intento fallido de dar sentido a ese desgarrador incurable de la existencia que está en el origen de cada uno. Una familia idílica donde lo importante son las funciones no los personajes, un velo de ficción creado para soportar la ausencia de relato o la escritura cerrada que proporciona una familia que con certezas nos cuenta quienes somos. *Llegar a ser* por fuera de la familia implica escribir de otra manera lo que otro escribió.

Somos hijos de una ficción de época que nos ofrece ciertas representaciones sobre el amor, las relaciones y la muerte. En cada generación, nuevas formas de familia, sumadas a las expansiones sociales y económicas, han tenido cabida. Este dispositivo cultural ha demostrado que resiste a todos los cambios históricos. ¿A qué se debe la fuerza de su permanencia?

El psicoanálisis es *hijo* del fracaso médico. En la Viena del siglo XIX las pacientes acuden a Freud cuando su parálisis no respondía a causa neurológica y el médico tradicional solo podía afirmar *usted no tiene nada*, sin la modestia de añadir *nada que yo pueda tratar con mi marco teórico de saber*. Freud tuvo la sensibilidad de escucharlas y descubrir lo que en esencia es el psicoanálisis: abrir un espacio donde se le ofrece al sujeto la posibilidad de desplegar su palabra. No ofrece un modelo preconcebido sobre cómo ser hombre o mujer, y tampoco según el tema elegido, sobre cómo ser padre o ser madre.

Si a nivel personal creemos que hay un ideal y que éste responde a los imperativos sociales de la época que nos haya tocado vivir, el sufrimiento estará garantizado cada vez que el sujeto no alcance el ideal de paternidad, de trabajo... que cada cultura promueve. Aquello que no se adapta a lo que dicta el discurso establecido suele constituir motivo de consulta.

Con este trabajo pretendo reflexionar, en dos momentos históricos el siglo XIX y el instante actual, acerca del contexto social y cultural que envuelve la familia y el recorrido personal que hay que hacer

1 García, Germán: “Para orientarse” revista El Murciélago, N°2 Mayo 1990, Anáfora Editora, Bs.As. Argentina.

para hallar un camino desde el quién eres hasta quién quieres ser, pregunta esta última que apunta hacia el deseo.

Cada época produce subjetividades distintas. El tiempo desgasta los engranajes teóricos si los pensamos exactamente igual que pensábamos las relaciones familiares, sociales y culturales en los tiempos de Freud. Desde un real cultural distinto me adentro en nuestro siglo con una prudente actitud reflexiva. Los psicoanalistas hallamos en la clínica nuevos interrogantes con los que se encuentran tanto el propio sujeto como la sociedad en general.

1. La familia en el siglo XIX. Contexto social y cultural

En las culturas arcaicas desde el momento del nacimiento cada sujeto heredaba también un modo de ser, una profesión, en definitiva, una especificidad que le ligaba a su historia familiar. En el contexto temporal del siglo XIX Zaretsky afirma: “*El psicoanálisis cambió para siempre la forma en que la gente corriente de todo el mundo se entiende a sí misma y a los demás² (...) La clave consiste en verlo como la primera gran teoría y práctica de la vida personal. Por vida personal quiero significar la experiencia de tener una identidad distinta de nuestro lugar en la familia, en la sociedad y en la división social del trabajo³*”.

En los años 30-40 del siglo XIX, esta circunstancia que recoge Zaretsky no era tan fácil de observar, cambia la forma de vivir y la forma de producir, pero el destino individual estaba conectado con el de la familia. Solamente a finales de siglo, en los años 80-90, van a surgir nuevas formas de vida y nuevas formas de experiencia cotidiana que van a hacer imposible que el destino individual esté determinado por el familiar. “*Antes, la familia era el locus principal de producción y reproducción. La identidad de la persona dependía del lugar que ocupaba en la familia. En el siglo XIX surgió la posibilidad y el objetivo de una vida personal distinta de la familia e incluso ajena a ella (...) En el período denominado Segunda Revolución Industrial, nuevos espacios y medios urbanos proporcionaron puntos de referencia a partir de los cuales los individuos pudieron construir imaginativamente identidades extrafamiliares⁴*”.

“*La identidad personal pasó a ser un problema y un proyecto para los individuos, en contraposición a algo que les había sido dado por su posición en la familia o la economía⁵*”. La idea de proyecto es una palabra muy importante para el viaje hacia la vida adulta. Un

adolescente tendrá que ordenar lo heredado durante la infancia y crear un proyecto propio. La historia es el pasado historizado en el presente, conlleva cambios de actitud y de relación con el propio cuerpo y con los otros. Transitar nuevos pasajes para encontrar una significación al Edipo infantil, una suerte de trabajos psíquicos⁶ que no se dan en orden cronológico, sirven al adolescente para configurar su identidad individual, sacándole de la identidad dada en la infancia -igual que nombra Zaretsky- pero éste se refiere a una identidad que viene dada en lo social y en lo económico. Al cierre de estos trabajos psíquicos el adolescente y futuro adulto colocará lo familiar en un lugar no prioritario para poder decir *esta familia es No Yo*. La figura del *amigo íntimo* actúa como un articulador, un objeto transicional⁷ que ayuda a mitigar el dolor de separarse de los padres. Aparece la escritura del *nosotros, ser con*. Reconocer la alteridad del otro, ser admirado por el otro en la diferencia. La categoría del *nosotros* es una inscripción psíquica.

La familia es el vínculo primordial donde tiene lugar la inclusión del recién nacido en un primer núcleo social. Para el psicoanálisis esta operación mediante la cual un niño se convierte en hijo es un proceso simbólico y no un acto biológico o natural. Es el soporte donde se van a realizar dos operaciones fundamentales en la constitución de un sujeto: la alienación y la separación.

En el siglo XIX los procesos de desfamiliarización⁸ responden a la separación de la unidad individual y familiar que hasta ese momento habían estado ligadas.

En la consulta clínica el proceso de separación acontece cuando una persona puede abandonar a los padres de la infancia logrando una transformación del vínculo, aceptando que de ahí en adelante se vivirá con más soledad, con más orfandad, perdiendo el manto protector materno y paterno, pero también algo del sometimiento y la dependencia respecto de ellos. Pagar su condición deseante con esta pérdida le permitirá diferenciarse. La subjetividad se asienta en un *deseo de ser*. Siempre habrá falta, pero esa falta abre la posibilidad a ser.

Desde el punto de vista del psicoanálisis, la familia más que un hecho antropológico o social, es una novela que cada sujeto escribe en su inconsciente. Es el ámbito donde se insertan los individuos en la filiación. Un relato nos une a los otros representativos, un producto subjetivo, la novela familiar⁹.

En el siglo XIX tienen lugar profundas transformaciones.

2 Zaretsky, E. (2004) Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis. Siglo XXI. pág 17.

3 Ibidem pág 19.

4 Idem pág 19.

5 Ibidem pág 20.

6 Rodulfo, R. (1992) “El adolescente y sus trabajos” .Estudios clínicos. Paidós. Psicología profunda.

7 Nota: al modo de objeto transicional tal y como describe D. Winnicott.

8 Zaretsky, E. (2004) Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis. Siglo XXI.pág 20.

9 Freud, S. (1909) La novela familiar del neurótico En: S. Freud Obras Completas, Tomo II. Biblioteca Nueva.

Freud es espectador de enormes cambios y eventos que acontecieron en ese tiempo. En *Los caminos de la terapia psicoanalítica*¹⁰ vislumbró otros abordajes diferentes al psicoanálisis individual para afrontar el sufrimiento humano derivado de los cambios del momento. En este siglo surgen modernos modos de producción, nacen los trabajadores pobres¹¹ y aparecen nuevos malestares sociales. Se produce por hambruna la masificación de las ciudades dando lugar a problemas de hacinamiento. Con respecto a la familia, tener hijos significa disponer de recursos económicos: cuanto más pobre es un hogar más trabaja la madre y más probabilidades de que acontezca el trabajo infantil.

Nuevas construcciones y medios de transporte como el ferrocarril vienen a cambiar la vida incluso la vivencia del tiempo, quedando ahora reducido al mismo para todos. La industria de la minería y el carbón transforman el paisaje urbano, se genera una imagen nostálgica de la campiña: volver al verde y luchar contra el capitalismo. Se respira una sensación de que el mundo se está deshumanizando. Al mismo tiempo, la sociedad ha encontrado la manera de llevar a cabo la subversión natural día/noche, desaparece lo que hasta ese momento compartían el campo y la ciudad. La iluminación artificial permite que haya lugares donde no existe la oscuridad total, parecida a la circunstancia social que vivimos actualmente de hiperconexión: lo oscuro en este caso es el límite difuso entre la vida pública y privada donde parece no existir un *tiempo sin iluminación*, de aburrimiento, de vacío, necesario para pensar en lo propio. En las casas de las pacientes de Freud hay iluminación artificial, algunas cosas no pueden quedar a oscuras, *simbólicamente el siglo las ha iluminado*¹².

El impacto de la revolución industrial y las migraciones del campo a la urbe tuvieron efectos incuestionables en la conformación de las nuevas familias. En el S.XIX existía una multiplicidad de sistemas familiares pero todos ellos sostenían un padre autoritario: un padre que dicta la ley a la que todos se someten, que ocupa el lugar de representante de Dios en casa. El padre tenía el lugar central. Uno de los pilares tomados como filosofía de vida del momento era pensar que no funcionaba bien una sociedad que no dispone de un tipo de jerarquía o de orden. Es un siglo donde van a darse luchas feministas y sindicales muy importantes. En el contexto del Reino Unido de los años 80-90 comienza a darse una modernidad cultural. La cuestión importante es la pregunta: ¿es posible tener una vida diferente a la que han tenido tus generaciones predecesoras?

En este tramo de la historia cultural y social se vive un momento de confianza, a diferencia del momento actual donde impera la incertidumbre. *“La confianza es la experiencia fundante de la vida psíquica que se adquiere del nacimiento en los vínculos materno y familiar y en los grupos de pertenencia. Kaes expone cuatro garantes importantes que aseguran la confianza: la religión ante la angustia de muerte, la ley que nos protege de lo arbitrario, la cultura que nos sostiene en la capacidad de representar el mundo, y la ciencia que nos protege frente a la ignorancia. Cuando estos garantes fallan, engendran la cultura de la desconfianza”*¹³.

En *Psicología de las masas y análisis del yo* Freud trata acerca de las relaciones del sujeto con las formaciones colectivas. Emplea el término lazo¹⁴. El origen del concepto de lazo social lo encontramos en el sociólogo francés Durkheim que se interroga acerca de la conciencia colectiva como elemento de cohesión social. Concluye Freud en el texto antes mencionado que en las raíces del sufrimiento que padecemos todos los humanos uno de los factores más importante reside en los vínculos ya que *“pueden ser entendidos tanto en su calidad de lazo cuando ofician la mezcla pulsional tanto en su calidad de cadena cuando operan en su contra”*. En toda situación familiar aparecen las dos categorías.

2. La familia en la hipermodernidad

Las relaciones entre la sociedad y los sujetos ya constituidos nunca son lineales, lo social y lo subjetivo coexisten con fronteras muy porosas. Esta idea, la presencia y la función de lo social dentro del sujeto, ha sido estudiada en psicoanálisis bajo diferentes denominaciones.

Breve recorrido por el contexto social actual: -La fragilidad es un elemento de nuestro tiempo junto a la incertidumbre. Una de las maneras de borrar un malestar es *a-ti-borrar*, llenarnos de objetos.

-Existe una seducción mercantil, un consumo que no deja espacio para el deseo, una glotonería de lo nuevo impulsada por *el quiero más* que convierte rápidamente en obsoleto aquello que se acaba de adquirir. Este funcionamiento mental dificulta la permanencia necesaria para que algo se constituya en objeto libidinal. La vida bajo la urgencia de la prisa.

-Es de buen gusto alojarse en bunkers de indiferencia¹⁵. Una visión utilitarista del mundo nos refleja como individuos aislados haciendo patente una desconexión

10 Freud, S. (1919) Los caminos de la terapia psicoanalítica En: S. Freud Obras Completas, Biblioteca Nueva.

11 Hobsbawm, E. (2009) La era de la revolución 1789-1848. Cap. El trabajador pobre. Crítica. Buenos Aires. Pp 205-221

12 Maura E. Seminario Contexto cultural e histórico del psicoanálisis. 2022.

13 Jaroslavsky, E.A. La incidencia de la hipermodernidad en las estructuras familiares y en las patologías actuales. Revista internacional de psicoanálisis de pareja y familia Issn 2105-1038. Nº 25-2/2021. Avances en psicoanálisis de pareja y familia en el mundo actual.

14 Freud, S. (1920) Psicología de las masas y análisis del yo. En: S. Freud Obras Completas, Biblioteca Nueva. pág 2563

15 Korman, Víctor. Sociedad y Clínicas contemporáneas. Jornadas del Nou Espai Obert. 2018.

intergeneracional que disminuye nuestras posibilidades de un saber hacer con el malestar.

-El incuestionable avance de la ciencia, por ejemplo, *las nuevas tecnologías reproductivas*, cuestiona lo que parecía irrealizable. Se traspasan límites antes infranqueables dando un espacio hasta ahora inédito al deseo individual.

-Los avances tecnológicos implementan una posibilidad de conexión con el mundo, en ocasiones enriquecedora pero también provocan situaciones que nos interrogan como sociedad, todo se supone en un “*ya ahora*”, sin tiempo de espera y se dan límites difusos entre lo público y lo privado. Desde el psicoanálisis, los medios digitales no son lo cuestionado, reflexionamos acerca de los usos que se hacen del objeto: como defensa y proyección ¿son un medio para expresar o por el contrario son un medio favorable para favorecer la desconexión de nuestras emociones? La tecnología favorece ese estar sin estar, un vaciamiento psíquico sin que nadie sostenga o calme con la palabra.

-Las nuevas configuraciones familiares están caracterizadas por la diversidad. Cae el estereotipo familiar hombre-mujer para dar paso a nuevas situaciones familiares: parejas homoparentales y monoparentales entre otras. El matrimonio ha dejado de ser un requisito, hasta el mismo acto sexual no es un requisito para tener hijos con el avance que posibilita la ciencia. La paternidad o maternidad no comienza ni se garantiza con el nacimiento de un hijo. Su función no se reduce a ser progenitor, sino que es un ejercicio esencialmente social: padre y madre son nombres, roles, son lugares y funciones. Las familias con padres del mismo sexo conmueven conceptos psicoanalíticos de identificación o plantean interrogantes para la salida edípica. En encuentros clínicos con otros profesionales de la salud he asistido al siguiente debate: si los dos progenitores son del mismo sexo, ¿cómo se va a identificar un niño? Esto supone una idea normativizante de las identificaciones y desconocer que se producen de las maneras más variadas. Si la diversidad fuera la única forma de identificarse, por qué de familias heterosexuales hay hijos homosexuales.

Transformación de la estructura familiar y de los modos de vinculación: La estructura y dinámica familiar del siglo XXI se encuentra en profundo proceso de crisis y acelerada transformación, alterando así la manera de constituir nuestra propia identidad como personas. Considerada antes como inmutable y eterna, ahora se desvanece. Se extinguen los vínculos estables. La afirmación *juntos hasta que la muerte nos separe*, ya no resulta creíble. Las parejas sellan tratos mientras duren, transitorios. Compartir la contraseña de Netflix se ha convertido en todo un compromiso. Zygmunt Bauman, sociólogo polaco, llama “*el amor líquido*”¹⁶ a la fragilidad de los vínculos humanos en la sociedad del mundo

globalizado regido por el miedo a establecer relaciones duraderas, más allá de las meras conexiones. Utiliza la fluidez de lo líquido como metáfora para describir la especial característica de los lazos en la sociedad y la familia actual: “*Los fluidos, dice, se derraman, salpican, chorrean, se vierten, gotean, inundan, a diferencia de los sólidos, y dejan al individuo en una situación de inédita soledad*”. Las modificaciones en la dinámica familiar aumentan la provisionalidad de las uniones y la inestabilidad de los vínculos. ¿La imprevisibilidad de la sociedad y la familia actual es compatible con la estabilidad, la permanencia y el tiempo que requiere cualquier proceso de crecimiento?

Las modificaciones en la dinámica familiar conllevan modificaciones en la crianza de los hijos: El rechazo en los padres de una autoridad previamente vivida en la historia personal como autoritarismo, desplaza el énfasis a la libertad del niño. En la consulta clínica se observa además un riesgo de infantilismo en los padres que buscan en los hijos la fuente de aprobación. Su actitud y conducta con los hijos responde a necesidades propias, buscan que sean ellos quienes les confirmen que actúan bien y que son buenos padres. Este reclamo narcisista está en el origen de muchas de las dificultades para poner límites. La desorientación se transmite como inseguridad, encontrando así a padres instalados en un estilo permisivo de educación. La falta de un marco estable de referencia promueve en los niños respuestas inmaduras, angustiadas, dependientes y tiránicas.

Los padres se sienten inseguros en sus funciones porque socialmente los cambios son rápidos y tan intensos que los referentes de la generación precedente no les sirven de guía en el presente, se consideran anacrónicos y/o poco funcionales. La desorientación sustituye en muchos casos el ineludible trabajo conjunto de la pareja de padres por búsquedas en Google, revistas o entidades mediáticas que no exigen el esfuerzo de un cuestionamiento: el saber puesto fuera.

3. La familia y la salud psíquica. Algunos ejes para pensar

En el siglo XIX las formas de vida desfamiliarizadas, las configuraciones de la vida sexual, de la relación sexo-género van a producir formas de vida y experiencias culturales nuevas, pero también van a producir formas de nerviosidad¹⁷, sobre todo en el caso de las personas desfamiliarizadas que van a tener sus propias neurosis en un sentido psicoanalítico. Cada vez más hay un creciente interés en observar y hablar con los pacientes vivos. El siglo XIX sigue creyendo en la distinción normal-patológico. Esta clínica tiene que ver con la mirada y con la observación por parte del médico que es quien tiene el saber. La gran novedad de Freud en este tiempo es el paso de la mirada a la escucha, dando lugar a la palabra para el tratamiento y para la cura.

16 Bauman, Z. (2012) Amor líquido. Fondo de Cultura Económica.

17 Freud, S. (1908) La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna. En: S. Freud Obras Completas, Tomo II. Biblioteca Nueva. pp 1249-1261

Más cercano a nuestro tiempo recorro a un concepto enunciado por Winnicott para rescatar el término de salud psíquica como sinónimo de la madurez propia de cada edad¹⁸. Cuando hablamos de salud, hablamos de la madurez de acuerdo con la edad. La salud y la madurez entran, no sólo el crecimiento personal sino la socialización. Esto significa que una persona adulta sana y madura¹⁹, en términos de Winnicott “*es aquella capaz de identificarse con la sociedad, sin tener que sacrificar excesivamente su espontaneidad personal o, dicho de otra forma: el adulto sano es aquel capaz de atender sus necesidades personales, sin dejar de aceptar cierta responsabilidad respecto al mantenimiento o la modificación de la sociedad tal como él o ella la encuentra*”. Dice Winnicott “(...) *En bien de la madurez, es necesario que los niños no maduren precozmente, no se establezcan como individuos cuando, de acuerdo con su edad, tendrían que ser relativamente dependientes*”. Tolerar la inmadurez propia de cada momento del desarrollo es en las condiciones de la sociedad y de la familia actual muy costoso. La frase *cuanto antes mejor*, referida al aprendizaje de los niños, parece ser una brújula que orienta nuestras vidas. Hay un concepto clave en psicoanálisis que es el de elaboración y ésta requiere trabajo y tiempo.

Para abordar el papel de la familia en el desarrollo psíquico del niño, resulta especialmente clara la forma en la que la psicoanalista Margaret Mahler entiende el crecimiento temprano en el ser humano²⁰. Esta autora describe el desarrollo psíquico como el proceso de gestación o engendramiento extrauterino del sujeto psíquico y social. Establece que el nacimiento biológico y el nacimiento psicológico del ser humano no coinciden en el tiempo. En el primero, el parto, vemos a dos seres separados, el niño y la madre; es un acontecimiento observable. Por el contrario, el nacimiento psicológico, es decir la constitución del sujeto psíquico y social, es un proceso interno, intrapsíquico de lento desarrollo. Solo si se dan las condiciones necesarias se accede a la condición psíquica de adulto, entendiendo por *adulto* a un individuo que se siente sujeto de su propio deseo, inserto en una genealogía y miembro activo de la cultura y de la sociedad que le ha tocado vivir, que recibirá como un legado al que podrá aportar su propia contribución.

4. La parentalidad: Un horizonte

Este término hace referencia a un recorrido psíquico: los padres, es decir las personas que asumen esa función, han de realizar ese proceso que requiere pensarse a sí mismos, tanto en relación a sus propios padres como a

su descendencia. Acceder a la parentalidad no es solo un acto de deseo o de voluntad, requiere un recorrido, un trabajo emocional interior. Los desarrollos en torno a la parentalidad describen tres ejes²¹: el ejercicio de la parentalidad, aspectos jurídicos y legales de ser padres (orden simbólico); la experiencia afectiva de la parentalidad, ser padres a lo largo del ciclo vital (orden del psiquismo); y la práctica de la parentalidad, las tareas cotidianas que implica la función parental (orden de la cultura).

5. Clínica psicoanalítica:

La escuela: Cuando hablamos de la familia, pensamos en un entramado y en una jerarquía de relaciones que subyacen y condicionan la relación directa y particular de cada uno de ellos con el hijo. Aquí se encuentra, entre otras instituciones o grupos, el espacio de la Escuela. En 1920 surgen las dos corrientes más importantes del psicoanálisis con niños: la corriente Kleiniana y la de Anna Freud. Zaretsky alude al conflicto entre ambas psicoanalistas y añade: “*En Berlín, Klein había sido una de las primeras en practicar el psicoanálisis con niños, cuyos síntomas manifiestos solían ser problemas escolares*”²². Melanie Klein, en 1927 publica *El psicoanálisis de niños y principios psicológicos del análisis infantil*. Aporta un fundamento básico que continúa hasta nuestros días. Enlaza la represión, no sana, de la sexualidad infantil con las dificultades del aprendizaje. Al principio fue muy criticada. Expone que a los cinco años termina la resolución edípica, si ésta no ha sido resuelta no será posible aprender. El desarrollo del principio de realidad, base del pensamiento científico, depende de la temprana decisión que el niño debe tomar entre el principio del placer y el principio de realidad. Klein destaca la importancia que tiene que el niño pueda aceptar las frustraciones (castración). Un niño instalado en el principio de placer no puede acceder al conocimiento. Sus actuaciones y la vivencia de los padres como omnipotentes ejemplifican este hecho.

En nuestro tiempo, Isabel Luzuriaga apoyándose en el psicoanálisis postula en su libro *La inteligencia contra sí misma*²³ que tras la inhibición intelectual que se da en niños físicamente sanos, operan procesos inconscientes muy activos e intelectuales, cuya finalidad es mantener al niño aislado, tanto de la comprensión de la realidad objetiva, como de la de su propio mundo interior, y esto debido, a que a veces, la percepción inteligente de ambos mundos le causan conflictos y con ellos ansiedad y sufrimiento psíquico. Reflexiona sobre cómo debe ser el uso sano de la inteligencia: “*Toda neurosis implica un ataque contra la capacidad intelectual de la*

18 El concepto de individuo sano extraído de la conferencia pronunciada en la división de psicoterapia y psiquiatría social de la real asociación médico-psicológica, 8 de marzo de 1967.

19 ibidem

20 Mahler, Margaret. (1975) El nacimiento psicológico del infante humano. Ed. Marymar.

21 Houzel, D. (2004) Los retos de la parentalidad. En L. Solís-Ponton (Ed) La parentalidad. Desafío para el tercer milenio. México D.F: Ed. Manual Moderno

22 Zaretsky, E. (2004) Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis. Siglo XXI .pág 376.

23 Luzuriaga, Isabel (1998) La inteligencia contra sí misma. El niño que no aprende. Biblioteca nueva.

persona que la padece, e impide que dicha capacidad funcione normalmente. Afecta a las relaciones con uno mismo y del mundo de los objetos".²⁴ Da énfasis a los sistemas de defensa respecto el funcionamiento de la inteligencia, estas defensas las llama *el funcionamiento de la contrainteligencia*, vemos que lo que pasa en estos casos es que "la inteligencia se dedica a la tarea de destruirse a sí misma, con el fin de no conocer aquellos contenidos que le resultan en extremo dolorosos"²⁵.

El trabajo con familias: En nuestro trabajo como psicoanalistas siempre tenemos en cuenta la singularidad de cada uno de los consultantes que recibimos. En el trabajo con niños y adolescentes de manera muy particular, además, ubicamos esa consulta en el contexto familiar y social en el que ese niño está inmerso. Quizá esta vía de trabajo, que no quede fuera la delicada trama que une patología individual con estructura familiar, nos ayude a salir de la sobremedicalización, cuestión que nos convoca a todos los que trabajamos con niños y adolescentes. El síntoma diagnosticado es un lugar de identificación, lo cual lejos de ayudar a abrir la subjetividad la amordaza con la etiqueta, y en segundo término suele aparecer la solución rápida para aplacar el síntoma, la medicalización. El gran reto de la psicopatología, diagnosticar la enfermedad sin patologizar la singularidad. ¿Por qué parece que somos el último recurso que solicitan? Nos piden pautas y soluciones rápidas, pero en nuestra profesión el mantra de que el cliente siempre tiene la razón choca de bruces con los planteamientos psicoanalíticos, ya que son precisamente las razones del consultante donde se sostiene su sintomatología. Ceder al imperativo mercantil *dame lo que te pido*, responder a la demanda de quien acude a nuestra consulta, no haría más que acallar las causas inconscientes de su padecimiento.

6. Conclusiones

Partimos de la idea confirmada en este apartado de que lo psíquico es lo social subjetivado, lo social está en el sujeto y el sujeto está en lo social. Se trata entonces de relaciones hipercomplejas entre dos entidades heterogéneas. Esta alteridad es fundante del sujeto. Lo que nos constituye como seres humanos son los vínculos que nos historizan en una cadena genealógica de pertenencia y de transmisión tanto de una herencia material como cultural y simbólica. La pregunta que nos guía es qué es lo estructural de una familia, más allá de las modalidades que tenga. La fuerza de la permanencia de la familia, que era un interrogante en la introducción de este trabajo, radica en que como efecto del discurso encarna las leyes simbólicas que fundan los lazos sociales. En este sentido, el psicoanálisis tiene una perspectiva estructural que permite sobrepasar los límites estrechos de la condena moral y de una perspectiva que ignore los riesgos que suponen las nuevas configuraciones familiares porque afronta estos desafíos escuchando la singularidad de cada persona en sus vínculos con otras cuando constituyen

una familia. En esta nueva era del capitalismo, la familia ha ido experimentando una disminución progresiva que implica la aparición de nuevas configuraciones familiares surgidas ante el debilitamiento de la *imago* paterna. Los cambios vertiginosos obligan a redefinir conceptos que hasta ahora nos parecían obvios como son maternidad, paternidad y filiación, esto solo es posible si adaptamos el mensaje de Freud a esta sociedad que fundamentalmente se rige por procesos de autogratificación.

24 ibidem pág 17

25 ídem pág 17

Bibliografía

- Bauman, Z. (2012). *Amor Líquido*. Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S.(1909) *La novela familiar del neurótico* En: S. Freud Obras Completas, Tomo II. Biblioteca Nueva.
- Freud, S.(1919) *Los caminos de la terapia psicoanalítica* En: S. Freud Obras Completas, Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1920) *Psicología de las masas y análisis del yo*. En: S. Freud Obras Completas, Biblioteca Nueva.
- Fromm, E. (1984) *El miedo a la libertad*. Paidós.
- García, Germán: "Para orientarse" revista El Murciélago, N° 2 Mayo 1990, Anáfora Editora, Bs.As. Argentina.
- Hobsbawm, E. (2009) *La era de la revolución 1789-1848*.Cap.El trabajador pobre. Crítica.
- Houzel, D. (2004) *Los retos de la parentalidad*. En L. Solís-Pontón (Ed) *La parentalidad. Desafío para el tercer milenio*. México D.F: Editorial Manual Moderno.
- Jaroslavsky, E.A. *La incidencia de la hipermodernidad en las estructuras familiares y en las patologías actuales*. Revista internacional de psicoanálisis de pareja y familia Issn 2105-1038. N° 25-2/2021. Avances en psicoanálisis de pareja y familia en el mundo actual.
- Luzuriaga, Isabel (1998) *La inteligencia contra sí misma. El niño que no aprende*. Biblioteca Nueva.
- Mahler, Margaret. (1975) *El nacimiento psicológico del infante humano*. Ed. Marymar.
- Maura, E. Apuntes de clase. *Seminario Contexto cultural e histórico del psicoanálisis*.2022.
- Rodulfo, R.(1992) "El adolescente y sus trabajos". Estudios clínicos. Paidós. *Psicología Profunda*. Solís-Pontón y otros (2006). *La Cultura de la Parentalidad*. Ed. Manual Moderno.
- Winnicott, D. (1993). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós.
- Winnicott, D. (1993). *El hogar nuestro punto de partida*. Ed. Paidós.
- Zaretsky, E. (2004) *Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis*. Siglo XXI.

Sobre la autora:

*Elena Traissac. Psicoanalista en consulta privada desde hace 25 años. Directora del centro *Alburquerque Centro de Psicoterapia* en Madrid. Docente en el Posgrado de Aecpna y en el Máster en Psicoterapia Psicoanalítica niños, adolescentes y padres (Universidad Europea Miguel de Cervantes). Psicoterapeuta acreditada por FEAP. Miembro de FEPP. Coordinadora de la Biblioteca Paula Más de Aecpna.

Mail: psicologosalburquerque@gmail.com

Adolescencias, parentalidades y filiación



Ileana Fischer*

“Tener un hijo no significa convertirse en padre o madre”
Lebovici, 2002

Según Lebovici (2002), la parentalidad es un proceso psíquico que se diferencia de la reproducción biológica y de la noción antropológica de parentesco. La parentalidad es un acto de investimento libidinal y deseante del hijo, de la función de crianza a la que es convocado el adulto y al vínculo que se establece entre ambos. El trabajo psíquico de construcción de parentalidad organiza las dinámicas vinculares en una familia y el entramado representacional del adulto. Esta construcción se liga a la operación de filiación como un acto de doble vía.

Siguiendo el pensamiento de Silvia Bleichmar, parto del supuesto necesario de que para la constitución de un sujeto se requieren dos funciones independientes del género: la narcisizante y la sexualizante, dado que todo humano que nace requerirá de la puesta en acto de aquello imaginizado anticipatoriamente por el otro de la parentalidad para constituirse en sujeto. Estos actos humanizantes son efecto del enlace complejo de tramas deseantes, fantasmáticas y discursivas (Blestcher, 2020. p. 101). Desde esta perspectiva consideraré al par parentalidad-filiación como un conjunto de operaciones de índole deseante y simbólica que consisten en la ilación entre una generación que antecede respecto de la siguiente como acto de transferencia mediante el cual la segunda queda incluida dentro de un linaje.

En esta línea diré que la filiación se establece en un lazo de asimetría en el que el adulto realiza un acto de reconocimiento deseante del hijo como semejante

en su condición de sujeto y como alguien distinto a sí, y a quien inscribe en la genealogía mediante un trasvasamiento amoroso que contiene las claves para que el hijo pueda apropiarse de este lugar y de la herencia recibida mediante procesos identificatorios. La filiación parental es una operación de doble vía dado que habrá un tiempo fundamental en el que el hijo deberá ratificarla con el ligamen a lo familiar como parte del contrato narcisista primario. Esta última operación se articulará con el proceso de historización que deberá realizar todo adolescente como tránsito necesario al acceso al mundo de la exogamia y a la construcción de un proyecto futuro caracterizado por los lazos de afiliación al mundo de la exogamia. Historizar corresponderá a las tareas de simbolización y reescritura de aquello vivenciado y recibido como herencia, dado que no hay una apropiación pasiva de lo recibido.

Entonces, y para sintetizar esta primera aproximación, observamos cómo el par parentalidad-filiación instituye un orden simbólico. Establece el derecho de un hijo a ser reconocido en sus necesidades biológicas y libidinales como un ser diferenciado. Y establece las condiciones para inscribir a la descendencia en una cadena de transmisión histórica.

Interrogantes sobre la filiación

Desde el punto de vista histórico se han puesto en acto modos diversos del establecimiento de los lazos de la parentalidad que nos recuerdan el carácter no

natural del vínculo entre padres e hijos. Entonces, en este momento quisiera introducir algunos interrogantes acerca de la operación de filiación. ¿No será conveniente considerar múltiples operaciones de filiación sucesivas y no solo aquella que se realiza con la llegada del niño a la familia? ¿Podemos pensar que las transformaciones del hijo, en las etapas de su constitución, requerirán también renovar las alianzas? Ejemplo de ello es el efecto en los padres del conjunto de cambios que ocurren en la adolescencia, que producen un encuentro con lo ajeno y generan sensaciones de desconocimiento que se manifiestan en frases como: “No lo reconozco, no parece mi hijo. ¿Cuáles serán los movimientos necesarios que permitirán dar lugar a la diferencia, habiliten a la apropiación de lo extrafamiliar y garanticen la pertenencia contenedora y apuntalante de lo familiar como plataforma de pique y despliegue de la tarea de desasimio de la autoridad parental? Como dice Rodulfo (2012) “la primera sacudida de la que se quejan muchos padres y otros que no lo son es la de las jerarquías estremecidas, más todavía si se trata de hijos adolescentes”. Con la adolescencia de los hijos los lugares cambian.

Retomemos algo de lo dicho previamente sobre la filiación y ampliemos un poco más para ir estableciendo las conexiones entre esta temática y el tiempo de la adolescencia. Antes definimos la filiación como un modo de inscripción de lugares asimétricos en lo intrafamiliar que exceden lo reproductivo y el acto de nacimiento, y que determinan el establecimiento de un vínculo de parentalidad con otro sujeto al cual se lo reconoce en su alteridad y se lo inviste como hijo mediante operaciones simbólicas y deseantes conjugadas con fantasías inconscientes y anhelos de perpetuación y trascendencia a partir del reconocimiento de incompletud ontológica (Blestcher, p. 102). Estas operatorias tienen lugar con la consideración de relaciones de asimetría necesarias entre el adulto y el niño. Esta asimetría en lo sexual, lo simbólico, la responsabilidad y el poder que permite reconocer al adulto las necesidades de este otro semejante en tiempos constitucionales y a su vez prohibir la apropiación del cuerpo del niño como lugar de goce (Bleichmar, S. 2014, p. 14).

El territorio de las adolescencias como tiempo complejo de metabolización intrapsíquica e intersubjetiva se enraza en el entrecruzamiento de múltiples discursos de época que dejan como impronta una identidad singular en las producciones de subjetividad. La caída o puesta en cuestión de ciertos discursos políticos sostenidos en el verticalismo radical y las asimetrías de poder ha promovido modificaciones en las relaciones familiares entre padres e hijos. Escuchamos habitualmente frases vinculadas a describir la pérdida de autoridad parental y la horizontalización de las relaciones paterno-filiales. Enunciados como estos invitan a interrogarnos desde nuestro campo disciplinar acerca de sobre qué se fundan estas afirmaciones dado que tal vez ellas sean efecto de cierta captura imaginaria de la cuestión y pierdan de vista que las asimetrías y la autoridad se podrían haber desplazado hacia otros aspectos de las configuraciones vinculares

en la familia en el tiempo adolescente. Me refiero a que es posible pensar que las confrontaciones generacionales se den en términos de inscripciones discursivas más que en cuestiones domésticas. Por ejemplo: veganismos, la lucha por el medio ambiente, la relación con el placer, las diversidades sexuales, la lucha por el derecho al aborto, etc.

Otras cuestiones que nos atañen vienen de la mano de los avances de la tecnología que habilitan novedosas maneras de acceder a la descendencia, por un lado; y las nuevas formas de ejercicio de parentalidad introducen diversas modalidades de hacer familia, por el otro. Facundo Blestcher (2020) plantea que en la actualidad se pone en tensión la parentalidad hegemónica a causa de la visibilización de la multiplicidad de formatos parentales, cuestiones que alborotan el conjunto de creencias tradicionales acerca de los sistemas de parentesco y el enlace entre filiación y deseo.

Sea cual sea el formato de familia del que hablemos, es necesario situar que en un grupo llamado familia sus integrantes se enlazan según lugares y funciones diferenciadas: unos, propios de la parentalidad y otros, propios de los hijos. Cuando nos referimos a padres e hijos estamos enunciando un lazo en el que posicionalmente unos anteceden a otros y tienen a su cargo funciones que conciernen al ejercicio de la crianza y de la asignación de un lugar en el ámbito familiar. En este punto, es necesario subrayar que para devenir hijo se requieren actos y operaciones psíquicas complejas que son efecto de entramados fantasmáticos deseantes e identificantes, del mismo modo que ser padres.

Lo anterior nos sirve para ubicar que la relación de filiación no es un hecho natural, sino que requiere de una puesta en acto sostenida en lo simbólico. Sea cual sea la cultura, el advenimiento de un hijo es de carácter simbólico y deseante.

Un adolescente en la familia

La adolescencia se caracteriza por los trabajos psíquicos que deben ponerse en marcha a raíz de los cambios puberales y del empuje de la pulsión sexual, que exige nuevos modos de tramitación y modificaciones en el entramado intersubjetivo.

Los cambios corporales

de los hijos desdibujan las fronteras que diferenciaban a los grandes de los chicos. El advenimiento de la sexualidad genital destituye a los padres como únicos concedores del goce sexual y portadores exclusivos de un discurso válido sobre las cuestiones centrales de la vida juvenil. La necesidad de visitar, de modo simbólico, el tiempo infantil para desarrollar la tarea de historización impulsa la curiosidad y las preguntas sobre el origen propio y el familiar. Es tiempo de resituarse y de releer el pasado para construir un sentido histórico singular que permita construir un proyecto futuro. La llegada de la adolescencia en la familia exige al grupo

confrontarse nuevamente con un extraño familiar. Como mencioné previamente, es frecuente escuchar a los padres decir: “No lo reconozco”, “No sé qué le pasa”, “Hasta el año pasado no había problemas y ahora no cuenta nada”, “Siempre se ocupó de sus estudios y ahora está todo el tiempo en la cama con el celular”, “Quiere llamar la atención, pero no entendemos qué pasa” o “En esta familia le damos todo”.

La adolescencia es un tiempo de revista de los lazos filiatorios y de nuevas alianzas con el mundo exogámico. Operaciones de historización y pasaje serán necesarias.

El tránsito y la conclusión de la adolescencia requiere múltiples des-enlaces. Desenlazarse del grupo familiar como único portador de saberes y certezas para enlazarse/afiliarse a nuevos grupos y así construir un nuevo “nosotros” extrafamiliar.

La articulación de las operaciones de filiación y afiliación son centrales en el devenir adolescente. La construcción de nuevas grupalidades pone a trabajar

las exigencias del primer contrato narcisista poniendo en marcha la reelaboración de la herencia simbólica. Dicha tarea es parte del trabajo de historización adolescente cuya finalización se caracteriza por la desacralización de los orígenes. La singularidad del desenlace también dependerá de que los padres cuiden la experiencia subjetivante del hijo, tanto en su función interdictora como apuntalante. De esta manera, el desasimiento de la autoridad parental incluirá aquello que tiene precedentes y lo neocreado sin precedentes.

Bibliografía

- Bleichmar, S. (2014): Las teorías sexuales en psicoanálisis. Qué permanece de ellas en la práctica actual. Buenos Aires. Argentina. Paidós.
- Blestcher, F. (2020): Parentalidades disidentes: subjetividades y vínculos fuera del closet. En Fischer, I. (comp.), (2020). De vínculos, subjetividades y malestares contemporáneos. Buenos Aires. Argentina. Editorial Entreideas.
- Lebovici, S. (2002). En L. Solís Pontón, Parentalité, défi pour le troisième millénaire. Paris: PUF. (Coll. Le fil rouge) Chapitre 1, dialogue.
- Rodolfo, R. (2012): Padres e hijos en tiempos de retiradas de las oposiciones. Buenos Aires Argentina. Editorial Paidós, p. 35.

Sobre la autora:

*Ileana Fischer, psicoanalista argentina graduada en la Universidad de Buenos Aires, Maestranda de la Universidad de la Matanza, Profesora titular de los posgrados en psicoanálisis de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, profesora en AECPPNA, Fundación Buenos Aires y otras instituciones. Autora y coautora de numerosas publicaciones psicoanalíticas de libros y revistas académicas.

Escuela y familia ante la infancia y las preguntas que no se hacen



*Albertina Galiano**

*Marta Serrano***

Resumen

¿Cómo experimentan padres y madres hoy día su función parental? ¿En qué medida las contingencias socioeconómicas están condicionando el desarrollo de la misma? ¿Cuáles son los motivos de sufrimiento más recurrentes y de qué modo se nombran cuando se consigue formular una demanda? ¿Qué se espera de la relación de ayuda, tanto por parte de las familias como de los dispositivos de atención?

Desde nuestros contextos de intervención –la escuela y el ámbito comunitario– tratamos de abrir una reflexión más allá del síntoma considerado “disruptivo” en el aula o en la familia para proponer una escucha ampliada que incluya la subjetividad e intersubjetividad de los consultantes, en sus aspectos conscientes e inconscientes, presentes e históricos.

ΨΨΨΨΨΨ

En el momento actual, por lo que venimos apreciando en las instituciones cercanas a la infancia en las que nos movemos, la estructura organizativa en el ámbito doméstico está en proceso de cambio. Nuestra impresión es que se reduce el círculo de familiares que se vincula habitualmente con el niño y faltan referentes de la familia extensa como abuelos, tíos o primos. La responsabilidad queda relegada a los padres/madres, que deben organizarse por sí mismos sin mucho apoyo familiar.

Por otro lado, las situaciones de progenitores separados y con custodias compartidas se hacen más frecuentes,

así como las familias monoparentales, lo cual dificulta el reparto de tiempos y tareas, y en ocasiones el llegar a acuerdos en relación a la educación de los hijos/as. La red de apoyo familiar, aunque no asegura una crianza sin dificultades en todos los casos, es sin duda una fuente de confianza, y una ayuda inestimable.

Desde nuestros escenarios socioeducativos no concebimos un único modelo de parentalidad, sino que nos hemos encontrado con muchos tipos de ellas, dependiendo además del nivel socioeconómico al que nos refiramos.

En el caso de familias procedentes de otros países las problemáticas que habitualmente conlleva el cuidado de los hijos se agravan por el desarraigo económico, cultural y emocional al que se enfrentan al alejarse de sus lugares de procedencia y de sus vínculos primordiales, todo ello unido a la situación de desempleo, de precariedad económica y a la dificultad para adaptarse a un idioma y culturas muy diferentes.

En este tipo de familias, al carecer de recursos económicos que les permitan optar por actividades extraescolares de las que otros niños/as sí se benefician, la oferta de móvil y pantallas en edades tempranas nos parece que está siendo más frecuente como actividad de ocio o como alternativa de desahogo para los propios padres y madres.

Los espacios de juego libre en la calle son escasos, y dentro de la casa tampoco hay mucho sitio para moverse libremente, por lo que el móvil facilita mucho las cosas, con las consiguientes consecuencias indeseables. Hay poco sitio y poco tiempo y la conciliación familiar es complicada.

Muchas veces las familias reciben una información sesgada por parte de los medios de comunicación, de diferentes entornos sociales, e incluso del propio centro escolar respecto a las bondades del aparato tecnológico como elemento enriquecedor del desarrollo cognitivo del niño y de la niña, obviando sus efectos contraproducentes. En los últimos tiempos, sin embargo, se está cuestionando el uso de estos dispositivos en la primera infancia, sobre todo en países con un mayor desarrollo cultural, y se apuesta por el juego en la calle o en espacios amplios, creativo, tangible y relacional, rescatando prácticas antiguas que parecían en desuso, y revalorizando su aportación al desarrollo del lenguaje y la comunicación, especialmente en estos primeros años. Como señala **Beatriz Janin** (2018), para que se constituya el lenguaje, el niño necesita de palabras dirigidas específicamente a él, que provengan de un semejante investido por el niño de manera privilegiada, no de una máquina.

El nacimiento de un bebé es hoy en día, con frecuencia, una decisión muy pensada y planificada, por lo que pesa en ella en gran medida el deseo de los padres, convirtiéndose, en muchas ocasiones, en un obstáculo que interfiere con las verdaderas necesidades del niño.

Encontramos familias con expectativas elevadas respecto a los hijos que les encaminan a preparar un escenario que no frustre las tendencias del infante en lo que se refiere a hábitos alimenticios, de higiene o sueño, y que le sobreestimula con incontables actividades extraescolares. *“Mi obligación es educarle para que estudie y saque buenas notas”*, decía el otro día una madre, de forma dramática, al ver fracasados todos sus empeños. Este exceso de planificación paterna-materna puede atosigarles, restarles posibilidades de autonomía o bien depositar en ellos una serie de toma de decisiones que son excesivas para su desarrollo madurativo, y que pueden tener consecuencias muy indeseables.

Los parámetros a que debe ajustarse el desarrollo del niño y de la niña, en el momento actual, parecen “exigir” una adecuada y variada alimentación, un adecuado descanso, una capacidad de espera que implique no molestar a los demás, un adecuado y precoz desarrollo del lenguaje que deriva en infinidad de ocasiones en apoyos de reeducación logopédica desde sus primeros años de vida... La educación del menor parece un tema que imprime “premura” y poco margen de maniobra, y que concede pocas alternativas para la diversidad y la diferencia, así como para la aceptación de todo aquello que no pase por alcanzar un “éxito” muy entrecorrido.

Desde el escenario escolar se insta a las familias a ayudar a sus hijos e hijas con los deberes, y casi se les responsabiliza de que no adquieran aquellos aprendizajes que se consideran propios de su nivel de escolarización, en el tiempo esperado. La impaciencia se contagia, y la prisa que se imprime al centro escolar por parte de la administración educativa, muy preocupada por estándares y rankings de centros, repercute en una prisa con la que se presiona a los padres para que los niños/as no se “retrasen”. Ello les sobrecarga de deberes en casa y de actividades de reeducación o apoyo extraescolar, y les quita tiempo para un ocio verdaderamente libre y creativo. Pareciera que el deber doméstico es “hacer bien la tarea” de forma que al llegar a la escuela ambos agentes puedan “dar la lección” como es debido: los niños demostrando que “se han aplicado” en casa, y los padres que han desempeñado adecuadamente su papel, consiguiendo la esperada implicación de los hijos.

La premura para el logro de un crecimiento precoz y sin fisuras en la infancia a la que nos venimos refiriendo se aprecia ya desde la escuela infantil, en la que desde los primeros meses-años del niño/a se revisan exhaustivamente ítems evolutivos cuyo puntaje negativo, en ocasiones de forma demasiado apresurada, alarma a las familias. Parece fallar la estimulación preventiva, fundamental en esta etapa educativa, previa a la escolaridad obligatoria: la Educación Infantil como compensadora de desigualdades sociales, culturales, económicas y también relacionales. En lugar de considerar al menor como un ser en desarrollo, al que hay que acompañar, pareciera que debiera presentarse ya como una criatura acabada y acorde con los parámetros esperados por el entorno. Ni siquiera la generación que ha nacido y crecido en pandemia ve contempladas adecuadamente las peculiares circunstancias que han podido afectar sus primeras vivencias y experiencias vitales.

En familias que proceden de otros países, por ejemplo, nos encontramos que falta una valoración positiva suficiente de su lengua y culturas de origen; muy al contrario, en ocasiones se les carga de culpa por el desconocimiento del idioma y el uso de la lengua materna en casa.

Al igual que mencionábamos antes en relación al juego, es fundamental resaltar la importancia de la comunicación afectiva padres-hijos en el idioma

que les es propio, algo que con frecuencia se olvida en el escenario escolar, primando la forma sobre el contenido del lenguaje. Por ello no hay que dejar de recordar que el dominio de la lengua materna permite a los niños una escucha atenta hacia otros adultos cercanos y modelos de referencia, y les da ocasión de participar en conversaciones con los propios padres, o con otros familiares y amigos de su país natal, lo cual les enriquece no sólo lingüísticamente, sino también social y emocionalmente, y les permite acceder al **“Fondo de Memoria”**, como lo denomina **Piera Aulagnier (1989)**: la transmisión de las historias familiares, el anecdotario familiar, los padres como niños, los padres pasando por problemas parecidos, que son transmitidos a los hijos en un espacio comunicativo y enriquecedor fundamental.

Es importante entender y respetar el ritmo de aprendizaje de los padres del idioma español, así como su adaptación al medio, que no siempre es fácil. Así mismo, es importante también informarles adecuadamente del proceso de aprendizaje de sus hijos, facilitándoles la manera de ayudarles dentro de sus posibilidades, sin culpabilizarles. Ello supone no sólo proveerse de recursos personales (traductores, recursos socioeducativos...), sino sobre todo de tiempo y dedicación. Supone aceptar y dar valor a las familias desde su singularidad, e incluirles en el discurso de la escuela.

Hace unos años en un centro de Educación Infantil con alta población de niños de familias que procedían de países centroafricanos, fue un motivo de sorpresa general verlos cambiar la actitud cuando se les invitó a traer *CD* de música de sus casas, para reproducirlos en el aula. Incluso el niño más inhibido despertó ante unos sonidos que les eran tan familiares, y les hacían sentir que sus padres tenían cabida en el aula. La música siempre produce magia, y puede abrir puertas y permitir que circule el afecto entre los dos escenarios fundamentales en los que se mueve el niño: la escuela y la casa.

En los últimos tiempos aumentan de forma alarmante los retrasos en el desarrollo del lenguaje y la comunicación de los niños y niñas en sus primeros años de escolarización; al menos eso reflejan las estadísticas de población de alumnos con necesidades educativas especiales, lo cual, desde luego, podría abrir muchas líneas de debate. Obviando una reflexión con mayor nivel de profundidad, una de las hipótesis que se nos ocurre podría ser su posible relación con la sobreexposición a pantallas de forma demasiado precoz y demasiado intensa, y la primacía de la imagen sobre la palabra.

El auge de las redes sociales hace emerger la imagen de padres/madres “grabadora” que parecen ver a sus hijos a través del visor de un móvil, en el afán por compartir las vivencias con otros, con lo que el niño, la niña, quedan en situación de “objeto a exhibir”, observado desde la distancia, pero no como un sujeto con quien interactuar. Los espacios de dos/tres: padre-madre-hijo se diluyen, del mismo modo que lo hace la

privacidad, porque siempre hay otro que lo ve todo a través de la imagen del móvil. Quizá sea la forma en que los padres de hoy se defienden de una parentalidad demasiado solitaria.

De manera parecida, en ocasiones nos encontramos con padres y madres que permiten a sus hijos e hijas contenidos y prácticas tecnológicas por encima de su edad, quizá porque confunden su deseo de “hijo precoz”, adelantado a los demás, con el lugar real del niño o de la niña, siéndoles difícil reconocer una vulnerabilidad que les es propia por edad.

O bien estos otros padres y madres que asumen el cuidado del hijo como una obra de orfebrería de incalculable valor, y que convierten la tarea de ser padres en una empresa titánica, agotadora, que les hace ser incapaces de asumir los sinsabores y las dificultades propias del siempre complejo proceso educativo. Reconocemos en ellos confusión y desconcierto en muchas ocasiones: *“¿debo hablarle como a un niño, o como a un adulto? ¿Debo esperar que sea él el que tome decisiones fundamentales como son la retirada del biberón, del chupete, del pañal, la autonomía en la higiene o en el sueño...?”*. Aparece cierta inacción en esos padres que parecen buscar en un modelo “ideal” las recetas mágicas para una buena parentalidad, y que ante la frustración de no poder llegar a ese modelo ideal se doblegan ante una mirada restrictiva y patologizadora de la infancia, muy en boga en el momento actual. Dificultades éstas que parecen responder a un modelo social en el que “no saber” o “no poder” está altamente reprobado.

Pareciera que la **“madre suficientemente buena”**, **“de devoción corriente”**, que proponía **Winnicott (1965)**, ahora es reemplazada por la “madre (o padre) mejor-versión-de-sí-misma”, que si adquiere las “herramientas” necesarias va a conseguir una crianza sin dificultad alguna.

Nos preguntamos si esta posición narcisista de completud, que desmiente toda falta, toda duda –tan necesaria en un desarrollo saludable–, se ve retroalimentada por los modelos actuales de “instrucción” parental que promueven el aprendizaje de una serie de “competencias” como garantía del éxito educativo.

De este modo, apreciamos que el indispensable desarrollo de políticas de apoyo a las familias, alentado desde el Consejo de Europa para los Estados Miembros [Recomendación Rec (2006)19], se está materializando en nuestro país en la propuesta de programas “manualizados” de educación parental consistentes en la adquisición por parte de los progenitores de un listado de competencias (véanse, p.ej., las indicadas por Rodrigo y col., 2009), las cuales se evalúan a través de escalas normativizadas.

Son programas que tratan de definir el llamado “ejercicio positivo” de la parentalidad en base a acciones concretas, de adquisición inmediata y sujeta a voluntad, sin dar cabida a una dimensión histórica

que permita comprender por qué estos padres se comportan de ésta y no de otra manera.

Planteamiento muy diferente al psicoanalítico que, considerando la parentalidad como función –más allá de un sumatorio de acciones concretas–, permite incluir los distintos modos creativos en que cada familia traduce en el encuentro con sus hijos/as las funciones de *sostén* y *terceridad*. La familia se concibe no como una foto fija, “de manual”, sino como un sistema vivo, dinámico, de múltiples interdependencias, inserto en una cadena generacional, en el que los progenitores están atravesados a su vez por sus propias tramas edípicas y por las particularidades del contexto temporal y espacial que les ha tocado vivir.

Nos parece muy interesante la diferenciación que plantea **Eva Rotenberg** (2019) entre “*padres como si -padres falso self*” y “*función parental verdadero self*”. Recogiendo las palabras de la autora (ibid., p. 55), «*no es lo mismo nacer en una familia en la que los padres se sienten con un verdadero self, y los encuentros afectivos son libidinales, vitales, que aquellos otros generados desde encuentros con un falso self, donde los adultos, a partir de “identificaciones miméticas” copian supuestas acciones, que serían las que ellos dan por hecho que “eso es lo que hacen los padres”*».

Por otro lado, no parece aleatorio el empleo del término “competencia”, el cual, aunque incluye en su etimología (Vigo, 2013) la idea de compromiso con aquello que se hace, tiene también como acepción la rivalidad, el enfrentarse para ganar algo, aspectos lamentablemente muy presentes en nuestro sistema educativo y en la sociedad en general, donde se premia el resultado más que el proceso y la exigencia de inmediatez es cada vez mayor.

De nuevo hay que hacer una llamada a la paciencia, a saber esperar, a posponer algunas de las propuestas, por muy atractivas que éstas sean; a saber delegar en otros, con la flexibilidad suficiente para darse un tiempo los propios padres y los profesores, y dárselo también al niño. También a poder decir “esto no” sin remordimientos, en decisiones que les competen a ellos mismos más que a sus hijos.

Existe una presión importante en los colegios, tanto por parte de las familias como de los docentes, para que se realice una valoración y una detección temprana de las dificultades del niño, cuando hay sospecha de dificultades de aprendizaje.

Las expectativas de padres y docentes suelen ir dirigidas a encontrar una causa que explique dichas dificultades con el objetivo de que se pongan en marcha medidas que solucionen el problema con rapidez.

En el centro escolar se ofrece una respuesta esencialmente de tipo personal: apoyos por parte de los profesionales de Pedagogía Terapéutica y Audición y Lenguaje, Técnico de Integración Social... También se les suele animar en la búsqueda de apoyo externo de tipo reeducador, que ofrezca pautas para actuar en

casa. Seguramente esperan que con dichos apoyos el niño o la niña puedan recuperar un ritmo escolar que habían perdido, o que no habían llegado a alcanzar.

Parecen conformarse con etiquetas diagnósticas y dictámenes de discapacidad, probablemente porque lo consideran condición “*sine qua non*” para una adecuada atención a sus hijos, y el logro de esa esperada “recuperación”. A veces incluso reclaman de los pequeños un “esfuerzo mayor” para no quedar atrás. Seguramente porque al final aceptar la diferenciación y un programa individualizado sea un proceso difícil de asumir, tanto para los padres como para los maestros, y se suele tender a la normalización.

El proceso de valoración psicopedagógica desde un enfoque en el que se les convoca desde la intersubjetividad y la vinculación emocional, con frecuencia sorprende a las familias; acostumbrados a datos concretos y entrevistas dirigidas en los que casi se anticipan sus repuestas, preguntas abiertas que les invitan a pensar y recordar subjetivamente les pueden desconcertar. Es verdad que por lo general agradecen sentirse escuchados de una manera en la que no lo han sido antes. Unos más que otros se consiguen relajar y entrar en un diálogo más reflexivo y emocional y menos formal y predecible. Aun así, cuando tras la devolución de información posterior al proceso de valoración se trazan conexiones con lo expuesto en entrevistas anteriores o con lo observado en el niño/a, no siempre es fácil que lo recojan con tranquilidad y posibilidades de elaboración e interiorización.

Parecen esperar una resolución satisfactoria: aceptar que este niño o niña precise una “apoyatura” o cuidado especial, pero que sea cuestión de tiempo y esfuerzo dejar de necesitarla.

Nuestra impresión es que son capaces de esforzarse acompañando a sus hijos en sesiones interminables de apoyos, pero muestran una gran dificultad para hacerse preguntas sobre sí mismos o lo que les compete en relación a las dificultades que se presentan. En ese sentido las etiquetas diagnósticas taponan la pregunta acerca de la intersubjetividad en juego, y dan entrada a un tercero en quien depositar la solución del problema.

En los colegios, por otro lado, se presupone a las familias unas competencias algo irreales. Incluso en aquellas situaciones en que por una u otra causa se hacen evidentes las dificultades de los cuidadores principales para la contención y el cuidado emocional del menor, al centro escolar le cuesta asumir su tarea compensadora de dichas carencias. Del mismo modo, también parece costarles reconocer todo el valor que el vínculo docente-alumno podría tener en el proceso de aprender. Es una tarea difícil de abordar, y sobre la que habrá que seguir insistiendo en búsqueda de una mayor reflexión en grupos de docentes.

Finalmente, observamos que cuando el consejo orientador es una asistencia psicoterapéutica al niño y/o la familia fuera de lo escolar, los padres tienen serias dificultades para hacerse cargo de la necesidad

de ello, y pueden con facilidad considerarlo un “plus” de dudosa importancia, dirigiendo su mirada con más facilidad a una ayuda reeducadora centrada en lo escolar que a un abordaje de lo emocional-relacional subjetivante.

En el colegio la tendencia a día de hoy es a encasillar a los niños con tremenda facilidad en una serie de compartimentos que resultan dramáticamente restrictivos: los niños pueden presentar Retraso Global del Desarrollo si son menores de 6 años y no llevan el ritmo de los demás, Trastorno del Espectro Autista sin son rígidos y ritualistas, Trastorno Especifico del Lenguaje, a pesar de que procedan de entornos bilingües y de familias con desconocimiento del español; pueden tener Trastorno por Déficit de Atención Con Hiperactividad, si son muy inquietos, y Sin Hiperactividad si son muy pasivos... No se habla de niños que pasan por situaciones emocionales complejas, niños inhibidos, niños con bloqueos que pueden ser transitorios y pueden tener que ver con lo que sucede a su alrededor, niños que viven o han vivido situaciones traumáticas, niños muy poco estimulados o muy poco vinculados emocionalmente... La visión del momento actual es restrictiva y poco introspectiva. ¿Qué podemos hacer entonces?

En una interpretación libre de las sugerencias educativas que la autora Natalia Ginzburg aborda con enorme delicadeza en su libro “Las pequeñas Virtudes”, nos atrevemos a esbozar una serie de propuestas para tender puentes en el cuidado de la infancia:

El objetivo del trabajo desde las **instituciones psico-socio-educativas** debería ir en la dirección de acompañarles en la frustración que supone enfrentarse a las dificultades que se manifiestan en los hijos, y animarles a pensar qué convocan en ellos mismos dichas dificultades. Ayudar a docentes y familias a aceptar a los hijos/alumnos desde la diferencia, sin reproches, y a verlos desde su singularidad, y no desde el sometimiento a estándares.

En el **ámbito familiar** es importante ser capaces de dejar de lado lo escolar y proponer otros lugares en que los niños se puedan desarrollar en toda su amplitud, sin pretensiones.

En el **ámbito escolar** es urgente animar a los docentes a aceptar la diferencia y diversificar el aprendizaje, apostando por la creatividad: olvidar el libro de texto

y proponer otras alternativas que conecten en mayor medida con los intereses y fortalezas del niño, y que les animen a la participación y a una mayor iniciativa. Optar por aprendizajes que sean más funcionales y más en conexión con el entorno del alumno, más útiles y aplicables.

Y en ambos escenarios es fundamental acompañarles en la reflexión acerca del lugar de padres-docentes en la relación con los hijos, en lo que mueve en ellos y en el vínculo educativo, así como encaminarles en la búsqueda de un lenguaje común con las familias, desde la escucha y el respeto mutuos, que mueva más a hacerse preguntas que a buscar prontas respuestas.

Bibliografía

Aulagnier, P. (1991). Construir(se) un pasado. *Revista de Psicoanálisis APdeBA*, 13, 3, 441-497. (Orig. 1989).

Consejo de Europa: Recomendación Rec (2006)19 del Comité de Ministros a los Estados Miembros sobre políticas de apoyo al ejercicio positivo de la parentalidad. Web del Ministerio de Derechos Sociales, Consumo y Agenda 2030.

https://www.mdsocialesa2030.gob.es/derechos-sociales/familias/Parentalidad_Positiva/index.htm

En la misma página se publican una serie de Guías en torno a la Parentalidad Positiva: “*Parentalidad Positiva y Políticas Locales de Apoyo a las familias. Orientaciones para favorecer el ejercicio de las responsabilidades parentales desde las corporaciones locales*”, “*La Educación Parental como recurso psicoeducativo para promover la parentalidad positiva*”, “*Buenas prácticas profesionales para el apoyo a la parentalidad positiva*”.

Ginzburg, N. (1966). *Las pequeñas virtudes*. Madrid: Alianza Editorial.

Janin, B. (2018). *Intervenciones en la clínica psicoanalítica con niños*. Buenos Aires: Noveduc.

Rodrigo, M.J., Cabrera, E., Martín, J.C. y Máiquez, M.L. (2009). Las Competencias Parentales en Contextos de Riesgo Psicosocial. *Intervención Psicosocial*, 18, 2, 113-120.

Rotenberg, E. (Comp.) (2019). *Parentalidades. Interdependencias transformadoras entre padres e hijos*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Vigo, O. (2013). Polémica alrededor del concepto competencia. *UCV-HACER. Revista de Investigación y Cultura*, 2,1,122-130.

Winnicott, D.W. (2006). *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires: Hormé. (Orig. 1965).

Sobre las autoras:

*Albertina Galiano es psicóloga, orientadora educativa del Equipo de Orientación Educativa y Psicopedagógica de Villaverde-Usera, Consejería de Educación, Comunidad de Madrid. Miembro de Fórum Infancias Madrid.

**Marta Serrano es psicóloga del Servicio Municipal de Atención Psicológica y Educativa de la delegación de Infancia y Educación del Ayuntamiento de Getafe.

Una habitación impropia



Adriana Szlifman*

Pedro relata en una sesión que, al fallecer su padre, y llamar a sus conocidos para anunciar sobre su muerte tuvo un instante de duda: No sabía cómo presentarme. ¿Qué digo? ¿Soy el hijo o era el hijo de José?

Massimo Recalcati afirma en el texto *El secreto del hijo*, que la condición de hijo coincide con la de ser humano. Dice que “en la vida cabe la posibilidad de que no lleguemos a ser padres o madres, esposos o esposas, incluso podemos carecer de hermanas o hermanos, pero ningún ser que viva en el lenguaje, ningún ser humano, puede no ser hijo.”

Reflexionar acerca de la Parentalidad supone detenerse en sus dos términos, padres e hijos, en una relación asimétrica como característica definitoria. La afirmación del autor anteriormente citado me lleva a centrarme en cómo la yuxtaposición de elementos, ser humano-hijo, estando tan imbricada insiste, coexiste, entrapa, se impone, sobrevuela, se abandona, se rechaza, se disfruta, se goza, actuando como impedimento o como posibilitador del acceso a la paternidad.

A través de tres ejemplos, dos de ellos literarios, - una novela y una autobiografía en la que se vuelve a la casa materna-, y una viñeta clínica pretendo plasmar tres situaciones: la suspensión imaginaria de la condición de hijo como necesaria para acceder a la exogamia, la coagulación de la relación infantil, o la transformación

en un encuentro transicional, en que ambos términos recrean a ser lo que fueron con gozo y alegría, quedando nuevamente transformados ambos.

I Leonard. El inocente. Ian McEwan

Leonard es un joven inocente y virginal inglés que llega a Berlín en los años 1955 a trabajar en un proyecto de inteligencia. Allí conoce a su primer amor. Una mujer mayor que él, en una situación de separación conflictiva, siendo Otto un personaje importante en donde se juega la rivalidad y las fantasías parricidas. En Navidad decide volver a su casa, se siente diferente y transformado. Al llegar a la casa familiar relata con entusiasmo todas sus vivencias. La sensación del joven se va transformando, desapareciendo el sentimiento de potencia inicial. Leonard dice recibir solamente “preguntas superficiales”, hablando además de esa “chica con la que sales”, sin nombrarla. Se va apoderando una desazón producto de “que nada de lo que contaba despertaba curiosidad en ellos, Berlín empieza a perder fuerza.”

“Ahora la antigua vida familiar lo absorbía. De repente volvía a ser un hijo, no un amante. Era un niño. Este era su cuarto otra vez, y su madre se preocupaba por el estado de los calcetines. El segundo día de su estancia, se despertó temprano de una pesadilla en la que su vida en Berlín había parecido algo lejano en el pasado”.

Es en la intimidad de su dormitorio donde puede restablecer la mirada acerca de sí, diferenciándose de la de sus padres. A través de la escritura y la fantasía reaparece el estado de potencia, plasmado en la tinta azul.

“Debajo de una fotografía enmarcada del sexto curso del instituto de Tottenham 1948, Leonard se sentaba en el borde de la cama y le escribía a María con aquel bolígrafo. Corría divinamente, como si estuviera apretando sobre la hoja un rollo de tela azul intenso en miniatura...”

Lugar y tiempo de incertidumbres e interrogantes, tanto en la representación de sí mismo y del entorno. Momentos de diferenciación y confusión, que conducen al abandono del objeto parental, tanto como objeto y como modelo, que permita el afloramiento de una nueva trama identificatoria.

“Al cuarto día estaba ya más tranquilo. Podía contemplar las cualidades de María y esperar a verla dentro de pocas semanas. Había renunciado a tratar de hacer comprender a sus padres cómo había cambiado su vida aquella mujer.”

Recorre las calles de su pueblo y la mirada hacia el mundo adulto se torna crítica y desvalorizadora, hace ver como plantea Kancyper que el fin de la ingenuidad, la adolescencia, supone mirar a los adultos mostrándoles ciertos absurdos de sus conductas.

“Y Tottenham, y todo Londres, estaba sumido en un letargo dominical. La gente chapoteaba en la vulgaridad. En su calle las hileras paralelas de casas victorianas, idénticas y sin separación entre sí, eran la negación de todo cambio. Nada importante podía ocurrir nunca aquí. Lo que interesaba a sus vecinos era la perspectiva de alquilar o comprar un televisor”. Sus padres estaban ahorrando para comprar un televisor...

II. Juan

Juan acude a terapia, porque siente que no se valora lo suficiente. Esto se manifiesta en el rubor de su cara cuando tiene que expresar sus opiniones en público, y con la constante sensación de que es observado y criticado, afirmando que “antes de hablar se me nota lo inseguro que soy”. Las pocas opiniones que manifiesta son destruidas con una crítica feroz.

Juan construye un piso para vivir arriba de la casa materna con su familia. La mirada de su madre está siempre presente en él, se le ha transmitido que es muy importante lo que piensan de uno, repitiéndole constantemente “lo importante es lo que se ve. No hay que ser, sino aparentar”. Su madre suele corregirlo, y le dice si se tiene que afeitar o cortar el pelo.

Las sesiones transcurren online, donde en muchas ocasiones detrás de su discurso se escuchan los gritos de sus tres hijos pequeños, algunas veces solos. Juan no escucha el ruido, ajeno a la situación, que aparece como telón de fondo sin ser oída. Es molesta para mí,

pero no para él.

Al preguntar por lo que sucede, la descripción que realiza no lo compromete, no siendo para él un conflicto que le atañe como padre.

En una sesión relata un desborde que ocurre en el fin de semana. Juan venía planteando la preocupación por la falta de tiempo para poder organizar y compatibilizar el tiempo de trabajo y familia. La pareja había decidido que los niños pequeños tuvieran una habitación para el juego, los niños intentan jugar solos, y terminan desbordados. Las diferencias entre la mamá y el papá devienen que la primera mira con mucha angustia el desorden producido y el segundo cierra la puerta, “ojos que no ven...”. Cada tanto el cuarto se desborda de juguetes, así que decidieron habilitar el trastero para poder poner lo que allí sobraba: Decenas de Barbies, peluches y un sinfín de objetos. Ese fin de semana se propusieron abrir el trastero para deshacerse de muchos de ellos, y de repente toda la casa se invadió de los juguetes, impotente ante esa visión todos volvieron nuevamente a su sitio. Cerraron el desván.

Un cuarto infantil acéfalo. Curiosamente Juan nunca habló de su cuarto de infancia, pero sí de la mamá escuchando detrás de la puerta de su habitación. Aún hoy cuando estamos en sesión manifiesta la preocupación de que su madre esté por ahí.

III Theodor Kallifatides. Madres e hijos

Kallifatides nació en Grecia, pero migró muy joven a Suecia. El escritor decide ir al encuentro de su madre. “Los dos hemos envejecido y ha llegado el momento de hacer lo que siempre quise, escribir sobre ella”. Ambos son mayores y ambos padres.

Hay en el relato humor, afecto y nostalgia, sabiendo que este texto es un homenaje a la vez que una despedida. Reflexiona acerca de las preguntas que desearía hacerle a su madre, pero le es dificultoso cómo establecer este contacto, no ya como escritor y entrevistado, y concluye que “El hijo que hay en mí quiere estar con ella como antes, sin ningún propósito. Que nos sentemos en el balcón, que oiga yo sus quejas sobre el Gobierno o sobre la carestía de la vida y que ella me lea la taza.”

Al llegar, y encontrarse con ella, mira su cara, sus gestos, sus lágrimas y sabe cuál pregunta tiene que formularle, “¿Que huele tan rico mamá?” Y a ella se le ilumina su cara...

Desde el comienzo del encuentro todas las descripciones que el escritor realiza ponen el acento en el intenso vínculo entre ellos. Dice que sus juegos no eran osados, ya que temía morir antes que ella, no había que correr riesgos. Mantienen un acuerdo tácito de no hablar de aquello que no entienden, por ejemplo, nada menos de por qué de ser un niño que no se separaba de la falda de mamá, se fue a vivir tan lejos.

Se observa mucho placer cuando recuerdan- en realidad el escritor dice tomar prestado un recuerdo que no es suyo-, alrededor del juego del cabrito. "Es uno de sus recuerdos preferidos que desgraciadamente, no es mío. Le gusta mucho imitarme y contarme que de pequeño me negaba a comer cabrito echando mano de ese argumento, que la carne tenía barba".

A lo largo de su estancia, da muestras de lo que significa la vuelta al hogar materno, la sensación de que allí no tiene que hacer nada, si no mamá se enfada. Al dormir vuelve a ese cuartito medio oscuro, al que regresa un par de veces por año, "no es que de nuevo me encuentro a mí mismo, es que encuentro de nuevo mi casa."

En este hay una mesita en la que ha estudiado, necesita volver a verla, se asombra de lo pequeña que es.

Para finalizar...

Tres habitaciones.

Leonard vuelve a ella, sus pertenencias y recuerdos infantiles se ensamblan con sus fantasías adolescentes.

Bibliografía

Freud, S. (1908) *La novela familiar del neurótico*. Obras Completas. Buenos Aires.

Ed. Amorrortu

Kallifatides, T. (2020) *Madres e hijos*. Barcelona. Ed. Galaxia Gutenberg,

Kancyper, L. (2007) *Adolescencia. El fin de la ingenuidad*. Buenos Aires. Ed. Lumen

McEwan, I. (1995) *El inocente*. Barcelona. Ed. Anagrama.

Recalcati, M. (2020) *El secreto del hijo*. Barcelona. Ed. Anagrama

Sobre la autora:

*Adriana Szlifman. Psicóloga Clínica. Docente de AACPNA. Psicoterapeuta acreditada por FEAP. Miembro de FEPP.

Ilustración: Sergio Chudnovsky

Renunciar a ese niño y padres idealizados de la infancia no se hace sin sufrimiento.

Juan aún no construyó su habitación, por ahora es Impropia. Solo existe una mirada intrusiva, está sin habitar. Difícil ser padre, el cuarto está acéfalo, ya no entran juguetes, pero tampoco salen.

Theodor, entra y sale de la habitación, se retorna a un juego infantil entre él y la madre. Al finalizar el encuentro ya no son los mismos.

Su madre le dice: "Al final me he acordado de en qué día nació. Fue un sábado por la tarde noche.

T:¿Cómo lo has hecho?

Suspiró.

M:-Nadie me lo había preguntado antes".

Por amor al padre. Del trauma a la piedad

Verónica Buchanan

Qeja Ediciones. Colección Ensayo
Buenos Aires. 2024



Sobre el libro:

Este libro explora algunas formas de sufrimiento que caracterizan el tiempo en el que vivimos. Desde la soledad al delirio de masas, de la inquietud irritada al cansancio agotador por no poder hacer el trabajo del síntoma. Formas de sufrimiento que toman el tiempo de la reacción y la inmediatez, objetando la posibilidad del lazo con la ilusión de evitar el malestar.

Es también un libro que recorre, a través de esos sufrimientos, la obstinación de las formas en las que hoy se rechaza el malestar inherente a tener un cuerpo, habitar un mundo y vivir con otros. Todo este recorrido puede enlazarse con la pregunta por los efectos del rechazo a que otro, como padre, nos impacte. Sin huella, sin orientación ni borde, a merced de un dolor que nos vuelve insensibles. Es un libro que se pregunta por la insensibilidad que retorna cuando rechazamos eso tan molesto que es que otro nos deje su huella.

ψψψψψψ

En este conjunto de conversaciones devenidas escritura, Verónica Buchanan nos habla de su clínica y del amor. Lo hace en cuatro pliegues: el impacto, el padre, el cuerpo, la época. Es un escrito que se acerca al grito, entre lo íntimo y lo colectivo. Se gesta antes, pero anuncia lo actual. Lo actual como rechazo del impacto que permitiría una escritura.

posible. El cuerpo se eriza, pero no se agujerea, y el pánico es reacción al borde de la manipulación de una imagen sin consistencia, sin agujero. Es el amor al padre lo que impacta. Un padre, un decir. El que da miedo dejando una cicatriz, trocando el dolor en conflicto y síntoma. Sin embargo, en las consultas que recibimos nos encontramos frecuentemente con algo muy distinto. A costa de evaporación del padre queda una cicatriz: la información sin amor al saber, la segregación que aniquila sin pudor. Para no morir de vergüenza la autora encuentra una salida sorprendente en la piedad. A partir de su impacto frente a la escultura, donde una madre -virgen- sostiene a su hijo sacrificado, reversiona un término denso alejándolo de la devota obstinación odiosa y superyoica. Afirma que sostener lo perdido es no afectarse de una pérdida. Propone otra vertiente de la piedad nombrándola como un modo -femenino- de la afectación. Lo que hace que el amor, un amor en serio, sea agujero. Y es desde ahí que lo enlaza con el deseo del analista, impuro, el que se sostiene en lo perdido. Posición femenina enlazada al falo y a la falta en el Otro, operación necesaria en la época que entrama pulsión de muerte y componentes eróticos. Sin esa mezcla es imposible hacer entrar, no todo, en la transferencia. Sostenerse en lo perdido para ganar una vida que no se enrola en la soledad buscada ni el delirio de masas, sino que consienta a la aspereza de lo otro.

Tomasa San Miguel

Porsu ausencia, la sensibilidad se horroriza sin afectación

Sobre la autora:

Verónica Buchanan (1981), es Psicoanalista, Licenciada en Psicología. Realizó la residencia en psicología clínica en el Hospital B. Rivadavia, es Docente de grado en Psicopatología y de posgrado en la Maestría en psicoanálisis de la UBA. Publicó artículos en revistas especializadas y capítulos de libros.

Índice

Introducción

El impacto del padre

Feminismo y (ruptura del) lazo social

Un deseo impuro, la piedad

Epílogo

Tener una vida

La clínica con Winnicott. Elementos para un psicoanálisis contemporáneo

Juan D. del Olmo

Entreideas Ed
Buenos Aires. 2023



Sobre el libro:

¿Por qué Winnicott?, me preguntan a veces. ¿Por qué elegimos lo que elegimos? ¿Constantemente se justifica en el mismo motivo? ¿No habrá algo que se renueve, se agregue, nos mueva? Quizás estas páginas señalen algo de este derrotero. Me gusta creer que aquí se expresa con toda su fuerza la preposición que habita el título de este volumen: el entrecruzamiento entre nuestra (mi) clínica cotidiana con Winnicott, sin construir una escuela allí donde no hubo quien se postulara maestro –aunque muchos lo reconozcamos como tal–.

Este acompañamiento, después de 50 años en los que el mundo ha cambiado tanto, resulta posible y provechoso: la endeblez de las configuraciones subjetivas continúa profundizándose; el desamparo ha venido tomando diferentes formas, a veces encubiertas, conservando la misma eficacia. Impresiona como fundamental la invención y puesta en acto de dispositivos y prácticas de sostén, desde un quehacer político, institucional y sanitario, sin obviar la micropolítica presente en nuestra humilde y poderosa contribución como terapeutas.

En esta serie de artículos, propongo una lectura, una actualización de la letra winnicottiana en función de la clínica, siempre soberana. La aplicación de los procesos de maduración y las funciones facilitadoras a la conceptualización de los tratamientos con adultos,

la integración como eje del desarrollo –incluso de la función analítica en tanto elaboración de la afectividad propia–, y algunos nuevos escenarios de la práctica psicoterapéutica, constituyen algunos de los temas trabajados.

Sobre el autor:

Juan D. del Olmo. Licenciado en Psicología. Especialista en Psicología Clínica. Residencia y jefatura de residentes completa en Psicología Clínica / Salud Mental. Diplomado en Clínica Psicoanalítica Contemporánea.

Psicólogo de planta de la Sala de Internación de Salud Mental del Hospital General de Agudos Dr. E. Tornú.

Supervisor y docente invitado en residencias de hospitales públicos y privados de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Provincia de Buenos Aires.

Autor del libro “La clínica con Winnicott. Elementos para un psicoanálisis contemporáneo”. Editorial Entreideas, 2022.

Coordinador de grupos de estudio y de supervisión.

Práctica psicoanalítica en consultorio privado.

Índice

- Prólogo, por Mag. Alicia Levín
- Prefacio
- Introducción
- Ojalá pueda cuidarte
- Apuntes sobre la integración. Ensamble de notas
- Variaciones del sostén en la clínica psicoanalítica
- La falla, la falta y el vacío: estatutos clínicos en Winnicott, Balint y Killingmo
- Sostén e interpretación en el caso de “el hombre que corta”
- Que no sepan
- Lo que nombra. Acerca de las consecuencias de los actos de nominación en la integración psicósomática
- Elementos winnicottianos para una clínica de la contratransferencia
- Integración del rechazo en la contratransferencia. Notas de una internación psiquiátrica
- Los trabajos de la continuidad existencial
- Conceptualizaciones sobre el dispositivo de hospital de día: aportes desde los desarrollos de D. W. Winnicott
- Transferencia
- ¿De quién es el paciente? Avatares de la integración en la “dispersión de agentes responsables
- Trato y tratamiento en las instituciones de Salud Mental. Sobre usuarios y trabajadores
- Se abre al final

El hijo deseado. Psicoanálisis del niño y sus vínculos.

Luciano Lutereau.

LetraViva.
Buenos Aires. 2024



Sobre el libro:

¿Cuál es el origen psíquico del deseo de hijo? El hijo deseado es el hijo de un deseo, arraigado en una pareja que también puede estar representada por una persona.

Entre la época de Freud y la nuestra, muchas cosas cambiaron; sin embargo, el psicoanálisis puede todavía plantear preguntas fundamentales: ¿de qué modo un niño se convierte en hijo? Y también, ¿cuándo un niño se convierte en niño?

En tiempos en que la subjetivación y la familia están en crisis, cabe volver a pensar las ideas básicas de la constitución mental de la infancia y sus primeros vínculos, para plantear estrategias de intervención.

Este libro es la transcripción de un seminario dictado en Madrid. Este fue la ocasión para un desarrollo compendiado de las ideas de los últimos libros de Luciano Lutereau; en el curso de la exposición se articulan la claridad de la divulgación con el rigor metodológico de la teoría.

Sobre el autor:

Luciano Lutereau es psicoanalista, Doctor en Filosofía y Doctor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde trabaja como docente e investigador. Magister en Psicoanálisis y especialista en Psicología Clínica por la misma universidad. Coordina la Licenciatura en Filosofía de UCES. Miembro del Foro Analítico del Río de la Plata. Es autor de diversos libros, entre ellos, Histeria y obsesión (2013), Ya no hay hombres (2016), Edipo y violencia (2017), Más crianza, menos terapia (2018), Esos raros adolescentes nuevos (2019) y El fin de la masculinidad (2020).

Índice

Prólogo de Verónica Buchanan	11
Presentación de Gabriel Ianni	15
Primera parte:	
El origen psíquico de deseo de hijo	19
• Un niño, ¿es siempre un hijo?	22
• ¿Qué hace que un niño sea un hijo?	26
• El niño responde a la pareja parental	30
• Pareja conyugal y pareja parental	44
• Pareja y diferenciación	48
• El trabajo de la latencia	49
• ¿Adolescentes o niños con sexualidad?	59
• ¿Qué es una pareja parental?	62
• Origen del deseo de hijo	64
• El niño y su falo	67
• El niño como pareja	84
Segunda parte:	
El niño y sus vínculos primarios	93
• Modelos de crianza	98
• Cuestiones básicas de la crianza	109
• Sobre los padres destituidos	124
• Subjetivación, simbolización y trauma	133
Nota del autor	141

ACTIVIDADES PERMANENTES AECPNA

- Posgrado en Psicoanálisis con Niños, Adolescentes y Padres.
- Máster en psicoterapia psicoanalítica en niños, adolescentes y padres junto a la Universidad Europea Miguel de Cervantes.
- Ateneos clínicos (entrada libre)
- Seminarios - Conferencias - Mesas Redondas
- Actividades gratuitas para socios
- Talleres de supervisión clínica
- **Ciclos:** Cada año bajo un tema monográfico.
- **Revista:** Nace con el propósito de acercarnos a otros profesionales y público en general interesado en el psicoanálisis.
- **Cine fórum:** Dentro del marco formativo de la Asociación Escuela, se realizan encuentros para la reflexión – desde una óptica psicoanalítica - sobre la infancia y la adolescencia a través de la narración cinematográfica.
- **Biblioteca Paula Mas:** Disponemos de un fondo bibliográfico de temas afines a la formación que imparte la Escuela, al que pueden tener acceso alumnos, profesores y socios. Damos las gracias a todos los que, a lo largo de los años, han hecho crecer el fondo con sus donaciones. Muchos han sido los donantes, y, de esas aportaciones, las más recientes han sido las de Susana Kahane y las de las bibliotecas personales de Bernardo Arensburg, Soledad Paris y Ana María Caellas donadas por sus familiares.
- **Centro Hans.** Red de profesionales para la investigación y atención psicoterapéutica de niños, adolescentes y padres. Colaboran: Nieves Pérez Adrados, Carmen de la Torre, Marlene García, Marian Rosales, Celia Bartolomé, José Alonso Lusarreta, Rocío Mallo y Soledad Pozuelo. Coordina Nieves Pérez Adrados
- **Paideia:** Es una asociación para la atención del menor en situación de riesgo, que ha implementado un dispositivo para la atención psicoterapéutica a menores, iniciado bajo la supervisión de Francisca Carrasco, y la colaboración con **AECPNA**. Los alumnos y socios de **AECPNA**, según su formación, podrán acceder a colaborar bajo supervisión. Actualmente están supervisados por Carmen de la Torre y la coordinación está a cargo de Lilian Ospina.
- **Colaboración entre Instituciones:** **AECPNA** organiza dos jornadas anuales, una con **AMPP** y **ACIPPIA** y otra con **IEPPM** y **AMPP**. Son jornadas teórico clínicas que abordan temas de actualidad.

Para más información y actualización de todas las actividades, visite nuestra página Web y RRSS:

www.escuelapsicoanalitica.com



Si desea recibir periódicamente información sobre estas actividades u otras, enviar un e-mail con el nombre y la dirección de correo electrónico a:

info@escuelapsicoanalitica.com

Ψa

Dirección y Coordinación:

Iluminada Sánchez García
Freya Escarfullery

Diseño y Maquetación:

Alejandro López

ISSN 2659-6938

En Clave Psicoanalítica no se hace responsable de los puntos de vista y afirmaciones sostenidas por los autores de los trabajos.

www.escuelapsicoanalitica.com

Tel.: 91 770 21 92



